



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RRII
ESCUELA DE TRABAJO SOCIAL

“LE DI PARA ADELANTE”

Maternidades jóvenes en contextos de vulnerabilidad estructural



AUTORA: Soledad Cena

DIRECTORA: Dra. Ma. Evangelina Benassi

TESINA DE GRADO

Licenciatura en Trabajo Social

Noviembre de 2018

RESUMEN

La presente tesina gira en torno al sentido que tiene la maternidad en las experiencias de vida de mujeres jóvenes que transitan su vida cotidiana en contextos de vulnerabilidad estructural. El trabajo se centra en el relato de cinco mujeres jóvenes que residen en barrios ubicados en la periferia sudoeste de Rosario, específicamente en los barrios Plata, Mangrullito y La Cariñosa. Dichos relatos fueron obtenidos a través de la realización de entrevistas individuales semiestructuradas, desarrolladas en el Centro de Salud municipal “El Gaucho”, en los meses de Marzo a Mayo de 2018.

Los interrogantes que guiaron el recorrido versan sobre: ¿cuál es el sentido que adquiere la maternidad para las jóvenes?, y ¿cómo se configura subjetivamente dicho sentido, teniendo en cuenta los condicionamientos estructurales que enmarcan sus experiencias de vida? Así, parto de considerar su similitud estructural de posiciones, atravesada fundamentalmente por la condición de pobreza y la condición genérica en el marco de los sistemas capitalista y patriarcal, dando lugar a las voces y significaciones de las propias jóvenes. Además, sitúo el sentido que tiene la maternidad para ellas en relación a otras áreas de sus vidas, tales como sus trayectorias laborales y educativas, sus vínculos sociales, los imaginarios que nutren dichos vínculos, el uso de su tiempo, la distribución de las responsabilidades en relación a lxs niñxs, sus deseos y proyecciones a futuro.

Entre los hallazgos de mi trabajo, sitúo la complejidad que atraviesa a estas experiencias, poniendo el foco en la intersección que existe entre el mandato de maternidad obligatoria y la capacidad de agencia de las jóvenes. Así, puede decirse que el sentido que tiene para ellas la maternidad es oscilante, en tanto llegan a los embarazos sin que medie su voluntad y permanecen reproduciendo roles típicamente patriarcales asociados a estereotipos de género que son aprehendidos desde pequeñas; y a su vez, porque dicho sentido da carnadura a un eje sobre el que las jóvenes vertebran sus vidas, otorgándoles un lugar de pertenencia y brindándoles un ancla emocional que las impulsa a sostenerse en la vida.

AGRADECIMIENTOS

Cómo no agradecer, si nunca somos solxs y así lo sentimos. Agradezco a la Universidad Pública, Gratuita y Laica y a quienes le dan vida, por haberme contenido durante once años de mi vida en las aulas, los pasillos, las reuniones, las asambleas, el cursado, entre otras miles de cosas que me llevo conmigo. Sobre todo agradezco a quienes la queremos y defendemos. A la militancia y especialmente al Pampillón por el crecimiento compartido.

Agradezco al feminismo, a la sororidad que nos volvió a parir, porque sin duda soy más feliz desde que llegaron a mi vida. Agradezco que ya no estemos solas, que hayamos abierto los deseos y las cabezas y sobre todo agradezco que confiemos en nosotras.

A mi familia, a mis queridxs viejxs y hermanxs. A ellxs porque fueron la espalda que me permitió irme a estudiar y a vivir a otra ciudad y porque son un lugar al que siempre disfruto volver. Les agradezco sobre todo la confianza, el amor y la compañía.

A mis amigxs, mis socixs de esta vida, a lxs de acá y lxs de allá, por estar empujando la vida siempre para adelante, por compartirnos íntimamente y por el simple placer que nos da disfrutar juntxs. Les agradezco el aguante al corazón, la honestidad y la alegría que nos da bancarnos esta vida así, juntxs.

A mis compañerxs de Trabajo Social, que son lo más, por la certeza que construimos durante todo este tiempo de sabernos colegas, con toda la pertenencia que nos brindó este colectivo. Agradezco también a la profesión, al Trabajo Social, por la enorme humanidad y sensibilidad que conserva.

Agradezco especialmente a Eva (y a la pequeña Gema), por la guía, el empuje y por ese entusiasmo tan vital y contagioso. Por haberse brindado y dedicado con una generosidad enorme. Por haberme enseñado que la escritura es una forma muy genuina para expresarnos y acompañarme en este último tirón con mucha comprensión y respeto.

Así cierro este ciclo, agradecida sin dudas y también - recuperando una idea de Silvia Bleichmar (2008) que siempre me gustó mucho - con la confianza puesta en que es posible realizar una labor que sea realmente transformadora si a la vez nos resubjetivamos a nosotrxs mismxs, como seres humanos que somos, disfrutando del trabajo que realizamos y volviendo a confiar en que va a servir para algo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO I	
POLITIZANDO LA MATERNIDAD: LA “MUJER-MADRE” COMO CONSTRUCCIÓN CULTURAL	10
I.1. El sistema patriarcal y la función social maternal.	10
I.2. La mistificación de la maternidad: una construcción cultural.	13
I.3. El feminismo como crítica al sistema patriarcal y al mandato de maternidad obligatoria.	16
CAPÍTULO II	
LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA “MUJER-MADRE” EN ARGENTINA	22
II.1. Algunos antecedentes históricos sobre la percepción de la maternidad en Argentina.	22
II.2. La centralidad de la “mujer-madre” en la construcción del Estado moderno argentino.	25
II.3. La “mujer doméstica” durante el siglo XX.	29
CAPÍTULO III	
SER JOVEN Y MUJER EN CONTEXTOS DE VULNERABILIDAD ESTRUCTURAL	32
III.1. Transformaciones ocurridas durante el neoliberalismo en Argentina en contextos de marginalización urbana.	32
III.1.1. Transformaciones en los barrios de la periferia de las ciudades.	35
III.2. Juventud, proyectos de vida y mujeres en los barrios populares.	38
III.2.1. La maternidad adolescente como problema social.	42
III.2.2. Imaginarios detrás de los roles de género.	44
III.3. Sudoeste de Rosario: barrios Plata, Mangrullito y La Cariñosa.	46

CAPITULO IV	
EL SENTIDO DE LA MATERNIDAD PARA MUJERES JÓVENES DE LA PERIFERIA ROSARINA	51
IV.1. Las jóvenes: breve presentación.	53
IV.1.1. <i>Daiana.</i>	53
IV.1.2. <i>Celina.</i>	54
IV.1.3. <i>Carina.</i>	54
IV.1.4. <i>María.</i>	55
IV.1.5. <i>Natalia.</i>	56
IV.2. Trayectoria escolar.	57
IV.3. Trayectoria laboral.	59
IV.4. Relaciones sociales.	63
IV.4.1. <i>Relaciones de pareja y familia nuclear</i>	64
IV.4.2. <i>Las madres.</i>	69
IV.4.3. <i>Los padres.</i>	71
IV.4.4. <i>Entorno cercano.</i>	72
IV.4.5. <i>Amistades.</i>	74
IV.4.6. <i>La joda y las “andanzas”.</i>	75
IV.5. Cuidado y crianza de lxs niñxs.	78
IV.5.1. <i>Paternidades y distribución de la responsabilidad en tareas de crianza y cuidado.</i>	78
IV.5.2. <i>Crianza y cuidado.</i>	81
IV.5.3. <i>Redes de cuidado y Uso del tiempo.</i>	84
IV.6. Embarazos y sentido de la maternidad.	87
IV.6.1. <i>Embarazos y cuidados anticonceptivos.</i>	87
IV.6.2. <i>Aborto.</i>	91
IV.6.3. <i>Sentido de la maternidad.</i>	93
REFLEXIONES FINALES	95
BIBLIOGRAFÍA	99

INTRODUCCIÓN

“Me preguntaba cómo se arma una vida. ¿Con qué pequeños datos y grandes decisiones se va trazando ese retrato que, alguna vez, será lo que quede de esos años? ¿Piensan los hombres, las mujeres, en el dibujo de sus propias biografías cuando toman ciertas decisiones, determinadas vidas? ¿O sus vidas más que nada suceden, se transforman en su historia cuando ya son historia, cuando no hay mucho que se pueda cambiar salvo el relato? Me preguntaba: ¿Quién arma cada vida? Me pregunto sin saber la respuesta, sin saber si la respuesta me sirve de algo: sin respuestas”
(Caparrós, 2003:40-41).

En mi tesina de grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Rosario, me propongo como objetivo *reconocer el sentido de la maternidad en las experiencias de vida de mujeres jóvenes de barrios populares de Rosario.*

Mi interés por la temática surge a partir de un taller que coordiné en el año 2016, en el marco del programa Nueva Oportunidad con un grupo de mujeres jóvenes en el Centro de Salud municipal “El Gaucho”, institución en la que realicé mis últimos dos años de prácticas profesionales curriculares.

Inicialmente, el taller tenía como propósito construir colectivamente una “conciencia común” en relación a los derechos humanos, teniendo en cuenta la llegada de agentes represivos de la gendarmería a los barrios circundantes al Centro de Salud. Al ser las concurrentes en su mayoría mujeres, la charla nos fue llevando hacia otros temas que nos atraviesan cotidianamente, entre ellos, sus experiencias de maternidad. La mayoría de las chicas tenía hijxs y existía un consenso común en relación a las maternidades en tanto experiencia de contención para ellas.

“Ser madre te hace más guerrera”, dijo una de las chicas y las demás acordaron. Cuando escuché esta afirmación me costó compatibilizarla con mis ideas acerca de la maternidad, en tanto consideraba que era una experiencia que históricamente reforzó el rol doméstico y de sumisión de las mujeres. Además, siempre me resultó cuestionable – aún hoy - el imaginario social que repite aquello de que las mujeres nos “realizamos” como tales a partir de la experiencia de maternidad. Es por ello que la reivindicación de la maternidad como una fuente de fuerza personal me resultó, por lo menos, ruidosa. Algo me interpelaba y debía ser complejizado y analizado en mayor profundidad.

Fue así que, al dudar de sus afirmaciones y también de mis ideas, me dispuse a explorar mis propios prejuicios, situados en mi pertenencia de clase media, universitaria y en mi adhesión al feminismo, y analizar la complejidad y la diversidad de situaciones que

pueden encontrarse en las experiencias de maternidad de mujeres jóvenes que, en este caso, arman sus vidas en contextos estructuralmente atravesados por vulnerabilidades de todo tipo.

Algunas lecturas feministas (Lagarde, 2015; Badinter, 2011) ponen en fuerte entredicho a la maternidad como una experiencia de libertad y generadora de fuerza para las mujeres, ya que culturalmente suele imponerse la idea de “obligatoriedad” de ser madres, como único proyecto posible o como destino para las mujeres, recortándose así otras posibilidades de realización personal. Sin embargo, en consonancia con la perspectiva que proponen Di Leo y Camarotti (2013), en mi trabajo opto por otorgar un papel preferencial al relato de las jóvenes, a sus experiencias, a sus reflexividades y construcciones identitarias. Pretendo así desmenuzar las heterogeneidades existentes, sus distintos modos de actuar y sus posibilidades de individuación, producto de la interacción entre su capacidad de agencia y los condicionamientos estructurales. Según sostienen lxs autorxs¹ mencionados: “A diferencia de la relativa previsibilidad que otorgaban a las biografías sus vinculaciones con las instituciones en las sociedades salariales, en las actuales *sociedades de riesgo* los sujetos se encuentran, como nunca antes, “obligados a individualizarse” (Di Leo y Camarotti, 2013: 17). Es por ello que parto de considerar que, si bien en las experiencias de vida están vigentes estructuras de dominación que se encarnan en los cuerpos, también hay sujetos (y sujetas) que seleccionan y crean, con diversos grados de libertad y autonomía, sus modos de realización.

Así, mi hipótesis gira en torno a que *el sentido de la maternidad en las experiencias de vida de mujeres jóvenes de sectores populares oscila entre la tensión de ser una experiencia de contención ante la vida y, a su vez, de reproducción de las desigualdades*, en tanto dicha experiencia se configura subjetivamente como un mandato social que reproduce los estereotipos de género. En este sentido, sostengo que los estereotipos culturales socialmente hegemónicos en torno a la maternidad, tienen un lugar central en la configuración de las prácticas de las mujeres de sectores populares, en tanto delinean las mismas en relación a aquello que se supone “esperable” o “apropiado” y, por lo tanto, legítimo para las mujeres.

Teniendo en cuenta la tensión planteada anteriormente, en este trabajo me propongo indagar, además, cómo las mujeres resignifican la maternidad en sus experiencias, en tanto soporte vincular e identitario. Es por ello que mi propósito consiste en *captar la diversidad de situaciones en torno del sentido de la maternidad que subyace en el relato de las mujeres entrevistadas, en interacción con la similitud estructural de posiciones en la que se*

¹ Opto por utilizar el llamado “lenguaje inclusivo”, reemplazando el uso de la letra “o” por la “x”. Según la Revista La Tetera: “El llamado “lenguaje inclusivo” es una propuesta de modificación en la lengua española, que implica la creación de un género gramatical neutro. Surge de la creencia de que la coincidencia entre el género masculino con el “género no marcado” refleja los patrones de machismo existentes en la sociedad y, además (...) por la necesidad de dar visibilidad, lugar y origen en nuestra lengua a las personas cuyo género no encaja en el binario occidental hombre/mujer.” (Revista La Tetera, 2018)

encuentran. Teniendo en cuenta que las mismas cumplen con una cuádruple condición: son mujeres, son jóvenes, son madres y son pobres.

En consonancia con lo propuesto, en mi tesina opto por utilizar una *metodología cualitativa*, basándome en el *enfoque biográfico*. Según Güelman (2013), dicho enfoque consiste en el despliegue narrativo de las experiencias de vida de una persona con el objeto de elaborar un relato que permita mostrar el testimonio subjetivo, buscando dar cuenta tanto de los acontecimientos como de las valoraciones que dicha persona hace de su propia existencia. Esta elección se vincula con la pertinencia que supone recuperar el mundo de significaciones de las jóvenes, a la vez que vislumbrar los sentidos singulares atribuidos a la experiencia de maternidad en el contexto social en el que surgen.

Para ello, me remito a sus *trayectorias* de vida (Cipriati, 2013; Genolet et al., 2010), entendiendo por estas las vivencias subjetivas que las jóvenes reconstruyen retrospectivamente en sus relatos. En tal sentido, considero el contexto estructural en que viven, el cual configura un escenario social determinado marcado por la pobreza y las desigualdades de género, pero dando lugar a los significados propios que las jóvenes atribuyen a sus prácticas y experiencias maternas.

La elección de dicha metodología, como herramienta para reconstruir sus propios relatos de vida, responde a su potencialidad para producir datos acerca de las experiencias de los sujetos, indagando sobre sus percepciones, valoraciones, prácticas, significaciones y reflexiones en torno a sí mismxs y lxs otrxs (Güelman, 2013). En este sentido, para aproximarme al relato de experiencia de las jóvenes, realicé *entrevistas semiestructuradas*, en forma individual, a cinco mujeres de 15 a 25 años que tienen hijxs, las cuales viven en la zona sudoeste de la ciudad de Rosario, más precisamente en los barrios Plata, Mangrullito y La Cariñosa. El criterio de selección utilizado fue *aleatorio*, teniendo en cuenta la disponibilidad de las jóvenes que se encontraban por otros motivos en el Centro de Salud, su disposición a compartir su experiencia y que cumplieran con la condición de haber sido madres en un rango de edad comprendido entre los 14 y 25 años.

Así, el presente trabajo se estructura en cuatro capítulos, en los cuales busco aproximarme a la temática estudiada desde una perspectiva que va de lo macro a lo micro, es decir, de la recuperación de procesos macroestructurales para pensar la singularidad de la experiencia vivida por las jóvenes entrevistadas.

En tal sentido, el Capítulo I gira en torno a la reconstrucción histórica del modelo de “mujer-madre” en tanto destino asignado a las mujeres. Para ello recupero la funcionalidad política que dicha construcción tuvo y tiene bajo el paraguas del sistema patriarcal y, a su vez,

recupero la irrupción del feminismo como crítica revolucionaria a dicho sistema y, más específicamente, al mandato de maternidad obligatoria.

En el Capítulo II hago especial hincapié en la construcción histórica del modelo de “mujer-madre” en Argentina, realizando un desarrollo acerca de cómo se fue adjudicando la “función social maternal” a las mujeres². Aquí presto especial atención al período de construcción del Estado moderno, dado que es cuando se instala con nitidez lo que Nari (2004) denomina como “proceso de maternalización de las mujeres”, el cual consistió en la “progresiva confusión entre mujer y madre, femineidad y maternidad” (2004: 101).

El Capítulo III se centra en el análisis acerca de ser joven y ser mujer en contextos de vulnerabilidad estructural. Para ello, sitúo esa particularidad analizando el impacto que tuvo en los barrios populares las transformaciones ocurridas durante el neoliberalismo en nuestro país, haciendo pie en los procesos de marginalización urbana. Para tal fin, describo algunas dimensiones que hacen a la vida cotidiana de la población más pobre y me introduzco en la problemática acerca de qué supone ser joven y ser mujer en dichos contextos. En la descripción respecto de la reproducción de la vida en contextos de pobreza ubico con centralidad cómo se configura la dimensión emocional (Cipriati, 2013) en tanto lo considero un aspecto clave que me permite acercarme a los imaginarios y estereotipos patriarcales existentes, incluida la maternidad como destino. Al finalizar este capítulo, e introduciendo el Capítulo IV, realizo una descripción de los barrios en los que viven las jóvenes entrevistadas.

En el Capítulo IV - podríamos decir que el corazón de mi trabajo - me propongo analizar el sentido que tiene la maternidad para cinco entrevistadas que cumplen con la cuádruple condición de ser mujeres, jóvenes, madres y pobres. Para ello establezco una vinculación de sus narraciones con algunos aspectos que considero estructurales y opto por poner en relación el sentido que le otorgan a la maternidad con otras áreas de sus vidas, tales como: la educación y el trabajo, las relaciones sociales, el uso del tiempo y la distribución de las responsabilidades, los cambios ocurridos en sus espacios de ocio y recreativos. A su vez, doy cuenta de cómo ocurrieron sus embarazos y de los deseos y anhelos que proyectan hacia el futuro.

Por último, en el cierre de mi trabajo, realizo algunas conclusiones acerca de los interrogantes planteados inicialmente y reflexiono acerca de la complejidad que atraviesa a las experiencias de maternidad de mujeres jóvenes en contextos de vulnerabilidad estructural.

² Cabe aclarar que mi consideración de “mujeres” refiere principalmente a mujeres cis, es decir, a personas cuya identidad de género coincide con su género sexual (genitalidad).

CAPÍTULO I

POLITIZANDO LA MATERNIDAD: LA “MUJER-MADRE” COMO CONSTRUCCIÓN CULTURAL

Volvamos a los comienzos: historizar la maternidad como proyecto pretendidamente “natural” para las mujeres. Me pregunto, ¿dónde podemos rastrear el origen de la maternidad como “destino” asignado a las mujeres? ¿Data de tiempos “inmemoriales” o es posible ubicar un momento histórico en Argentina en que comienza a gestarse cierta idea de maternidad? ¿La “mujer-madre” es una condición natural y, por tanto, neutral para nuestra sociedad o fue una construcción necesaria en pos de un proyecto político determinado? ¿Cuáles son las continuidades en torno a esa idea de maternidad que permanecen en el imaginario social actualmente? ¿Cuál es la funcionalidad política de la maternidad? ¿Qué lugar ocupó el feminismo en la deconstrucción de la “mujer-madre”? ¿De qué forma las mujeres han resignificado sus experiencias de maternidad? ¿Dónde se ubica el deseo de las mujeres en todo esto?

Estos interrogantes guiarán el desarrollo del presente capítulo, en el cual abordaré la función que cumple la maternidad en torno al sistema patriarcal y la irrupción del feminismo³ como crítica a tal función, desde un desarrollo teórico en el primer caso, e histórico en el segundo, alrededor de la construcción de la maternidad como proyecto pretendidamente “natural” de las mujeres. Este primer capítulo pretende identificar el paraguas político que recubre la experiencia de maternidad de las mujeres en su nivel más general y arquetípico, buscando politizar su génesis.

I.1. El sistema patriarcal y la función social maternal.

Parto de considerar que el sistema patriarcal constituye el paraguas político bajo el cual se nutre la idea de “naturalidad” de la función social maternal como destino para las mujeres. Para comprender su funcionamiento es necesario, primero, diferenciar el sexo del género, y clarificar la diferencia entre orientaciones e identidades sexuales. Esto es fundamental ya que constituye la base sobre la que se articula la dominación del patriarcado.

³ En mi trabajo de tesina opto por hablar de feminismo en singular, a los fines explicativos de mi objeto de análisis. Sin embargo, cabe aclarar que existen una multiplicidad de expresiones dentro del movimiento, por lo que sería más correcto hablar de feminismos en plural.

En este sentido, mientras que el sexo refiere a la genitalidad de las personas (en términos fisiológicos), el género define atributos culturales (masculinos y femeninos) que se encarnan en combinaciones tan diversas como personas hay en el mundo. En este sentido, los atributos femeninos involucran la contención, lo doméstico, la nutrición, la comprensión, la sensibilidad, la recepción y las emociones. En cambio, los atributos masculinos refieren a la potencia, lo público, la acción, el poder, el liderazgo y la racionalidad.

Ser hombre, mujer, travesti, transexual, transgénero, travesti, intersex o queer, son identidades de género y nunca deben ser confundidas con la genitalidad, dado que la identidad refiere a la autopercepción que la persona tiene de sí misma. Tal identidad puede ser atribuida por costumbres que asocian la genitalidad a un género determinado (como suele suceder con la mayoría de las mujeres y los varones cis, quienes hegemonizan el modelo binario patriarcal), o bien pueden ser producto de la exploración y elección de la persona durante el transcurso de su vida. Por otra parte, cabe mencionar la existencia de diversas orientaciones sexuales, en tanto atracciones eróticas y afectivas, las cuales pueden ser homosexuales (lesbianas y gays), bisexuales y/o heterosexuales.

En el orden patriarcal, los atributos de género antes mencionados son proyectados como mandato en función de la genitalidad: lo masculino se atribuye a los varones y lo femenino a las mujeres, ligando la genitalidad al género y estableciendo la heterosexualidad como norma a cumplir (lo que se denomina “heteronorma”). En este sentido, el patriarcado diferencia y establece vínculos de poder entre lo que se engloba simbólicamente como masculino y femenino. Es, más precisamente, un sistema opresor sobre lo femenino que funciona como un dispositivo diseminado en hechos y prácticas sociales arraigadas muy profundamente en la sociedad en la que vivimos (Burgos Fonseca, 2017).

Este sistema se sostiene en la exclusión de todas aquellas orientaciones sexuales e identidades de género que desobedecen el binarismo varón/mujer y la heteronorma. Así, se establece una división moralizante⁴ de la sociedad, a partir de la cual se edifica toda una larga serie de desigualdades de género que se reproducen mediante violencias de distinto tipo: económicas, políticas, sociales, simbólicas, físicas, sexuales y psíquicas. Se trata de un sistema que, mediante sofisticados mecanismos de premios y castigos, tiende a encarrilar todo lo que desafía este orden binario heterosexual, en el que mantiene predominio la masculinidad patriarcal. Así, en términos arquetípicos, el varón heterosexual ocupa el lugar de máximo privilegio y ejerce poder sobre la mujer y sobre las demás orientaciones e identidades sexuales antes mencionadas.

⁴ “Moralizar” según la Real Academia Española significa “Reformar las malas costumbres enseñando las buenas.”

Los mecanismos de dominación del patriarcado toman concreción en una infinidad de áreas que regulan los intercambios sociales. En lo que respecta a la posición de las mujeres, es posible afirmar: que existe una desigual participación en el acceso como ciudadanas plenas en espacios decisorios de todo tipo; que en el mercado laboral sostienen los trabajos considerados “solo para mujeres” (habitualmente asociados a tareas de cuidado, educativas o de asistencia) o perciben salarios menores a los varones por igual trabajo; que se las confina al ámbito doméstico permaneciendo en la función de servidumbre al interior de las familias, o se las sobrecarga con dobles o triples jornadas laborales, no reconociendo el trabajo doméstico como un trabajo; que quedan reducidas a la maternidad en sus proyecto de vida; que quedan postergadas de sí mismas en tanto continúan ocupándose del cuidado y el bienestar de otrxs; que se las inferioriza a través del sentimiento de culpa; que se las obliga a ejercer su “ser mujer” de acuerdo a los “conductas deseables” que este sistema les tiene reservado.

Para la ideología patriarcal, la maternidad aparece como destino para las mujeres, estableciéndose como norma a ser respetada. Una maternidad que trae consigo ciertos atributos de lo femenino tales como la pasividad, la comprensión, el cuidado, la suavidad en las formas de expresión, la delicadeza, la abnegación, el servicio, etc. Así, la función social de las mujeres consiste en ser “seres para otros” (Lagarde, 2015), lo cual supone: brindar atención, cuidados y protecciones, y además hacerlo de manera amorosa. “Ser para otrxs” implica una no priorización de la vida, del cuidado, los deseos y la salud, propias. De esta forma, “Se espera que el amor de la madre sea incondicional, que la mujer madre sea toda ternura y dedicación” (Genolet et al., 2010: 15). Por lo que salirse de los moldes de lo que se considera una “buena madre” (Genolet et al., 2010), necesariamente implica autoconcebirse y ser sancionadas como egoístas. En relación al egoísmo, Lagarde (2013) sostiene que:

“Es las más grande prohibición que se hace a las mujeres y está inserta en las mitologías, ideologías, religiones y en todo lo que conocemos como el sentido común. El egoísmo está en lo opuesto de ser altruistas, dadoras, cuidadoras, que son características contenidas en el ser para los otros. A la mayor parte de las mujeres se nos ha educado toda la vida en la prohibición de ser egoístas y además con una valoración negativa del egoísmo en las mujeres. (...) Para prohibirnos el egoísmo se han construido muchos mecanismos de contención (...). Se trata de mecanismos coercitivos, de castigo al egoísmo de las mujeres y tienen la función de control político de las mujeres. El más grande de estos mecanismos es el de la culpa.” (2013: 177)

En este sentido, es necesario que la mujer ejerza su función maternal cumpliendo con lo que Mabel Burín (1987) denomina el “ideal maternal”, el cual consiste en:

“un dispositivo cultural que ofrece un modelo de desempeño del rol materno que actúa tempranamente en la constitución psíquica de las mujeres y que instituye valores, prescripciones y prohibiciones para quien será mujer madre: actitud de tolerancia, paciencia, abnegación, sumisión y altruismo, dejando excluida las actitudes de ira, hostilidad, miedo y cualquier rasgo de egoísmo.” (1987: 41)

Otra condición necesaria de la función social maternal es el llamado “deseo maternal”. Las mujeres no solo deben ser madres, según esta ideología, sino que también deben desear serlo. Existen múltiples ámbitos de socialización que educan patriarcalmente a las mujeres para que se constituyan en deseantes de “su” función social. De esta forma, la línea que distingue el mandato y el deseo de maternar se hace muy fina, dado que “En el mundo patriarcal se especializa a las mujeres en la maternidad” (Lagarde, 1993: 365) y esa especialización aparece aprehendida como deseo por las mismas. Se instaura así un imaginario respecto de la maternidad que, mediante un aprendizaje de género adquirido a lo largo de la vida, es naturalizado y lleva a las propias mujeres a atravesar la experiencia de la maternidad de manera mecánica. Es decir, sin que medie la voluntad y la reflexión.

Lo peculiar de este sistema es el alto nivel de sofisticación que lo sostiene, por la sutileza con que se despliega. Al encontrarse anclado tanto en las prácticas e intercambios sociales, como en los cuerpos y subjetividades de las personas, sus mecanismos no siempre son advertidos como opresores. Y es aquí donde el encuentro entre la capacidad de agencia de las personas y los mandatos de la estructura patriarcal adquieren riqueza para mi trabajo. En tal sentido, lo que puede dilucidarse como un mandato de género, a partir de un trabajo de historización y de reflexión, no siempre es vivido e identificado como tal. Sin embargo, las mujeres elaboran múltiples estrategias a partir de las cuales resignifican o dan sentido propio a tales mandatos, moviéndolos de lugar.

I.2. La mistificación de la maternidad: una construcción cultural.

Es posible rastrear en nuestra sociedad un universo de significaciones en torno de las mujeres, que ubican el ejercicio maternal como el acto por excelencia de “realización” y “completud” del ser mujer. Se trata de una idea de mujer asociada a ciertos atributos de la femineidad, íntimamente ligados a nuestras posibilidades anatómicas de gestación. Es

importante mencionar que estas afirmaciones no son ahistóricas ni neutrales. Por lo tanto, desnaturalizar las experiencias de maternidad como destino para las mujeres, implica poner las cosas en su lugar y profundizar acerca de la historia y las tensiones que atravesaron a dichas experiencias. Al respecto, Genolet et al. (2010) consideran que:

“Es importante diferenciar lo que entendemos por reproducción y lo que significamos como maternidad. El primer término responde a un hecho biológico que se localiza en el cuerpo de una mujer, pero en tanto se trata de la generación de un ser humano no es puramente biológico, sino del orden de la cultura; así, la maternidad es una función social, no un fenómeno natural. (...) Tanto la organización familiar como el cuidado de los niños y su crianza se van modificando en respuesta a los cambios en la organización de la producción. El rol de la mujer, tal como lo entendemos hoy en día, es un producto histórico.” (2010: 11)

Por lo tanto, para poder diferenciar lo cultural de lo biológico es necesario rastrear los orígenes del imaginario social que significa “positivamente” a la mujer a través de su función social de maternaje. En tal sentido, de acuerdo a lo que expresa Nari (2004):

“Nos interesa la maternidad en tanto fenómeno del orden de lo cultural, cuyas dimensiones materiales y simbólicas, objetivas y subjetivas, se encuentran en constante interpenetración. Un fenómeno que es resultado de ideas y prácticas sociales, al mismo tiempo que se constituye en configurador de aquellas dimensiones. No es la reproducción como fenómeno natural o biológico lo que nos preocupa, sino los comportamientos, las actitudes, los valores y los sentimientos sociales que han sido históricamente naturalizados y biologizados (por ejemplo, el instinto, el deseo, el amor, maternales).” (2004: 17)

Es posible observar cómo la asociación de la maternidad con lo natural - y por ende, con lo inmutable - no responde a una supuesta devoción amorosa de las mujeres (justificada con atributos místicos a partir de una condición biológica), sino que la función de la maternidad llevó y lleva implícita una posición de pasividad de la mujer a nivel social. En este sentido, cabe pensar cómo se trama la compleja articulación de los cuerpos en la cultura (Genolet et al, 2010): el ejercicio de la maternidad debe estar anclado en un rol deseante y la pasividad que requiere un cuerpo gestante es una pasividad de orden biológico, en tanto es necesario que la salud corporal y fisiológica esté en sintonía con las necesidades propias de un embrión en plena gestación. En este caso, “la autonomía del sujeto femenino se encuentra limitado en su singularidad cuando su cuerpo pasa a ser el lugar de origen de otro ser humano.” (Genolet et al., 2010: 12). Esto se complejiza cuando las mujeres atraviesan esta

experiencia sin que medie su voluntad, “debiendo” resignar su desarrollo en otros ámbitos de la vida, dada la dedicación que terminan asumiendo por adjudicación cultural en las tareas de crianza y de cuidado de lxs niñxs.

Si bien el período gestacional puede constituir una elección, es necesario analizar de qué forma y por qué esta condición se hace extensiva a un nivel simbólico y social, teniendo fuertes repercusiones en las experiencias de vida de las mujeres. Así, resulta pertinente diferenciar la función protectora que cumple un cuerpo gestante en tanto condición biológica para que un embrión se desarrolle de manera saludable, respecto de aquella función protectora a nivel de crianza y cuidados sociales que se adjudica a las mujeres. Esta última es recubierta bajo un halo de “naturalidad” que lleva implícita una posición de pasividad de las mujeres en otras áreas de la vida.

Es por ello que cuestionar la “naturalidad” que la ideología patriarcal atribuye a la función maternal de las mujeres, es condición necesaria para detectar qué sucede en la intersección entre el deseo y el mandato. En este sentido, Genolet et al. (2010) plantean que:

“Desde el imaginario social, la maternidad pasa a ser sacralizada en tanto es la tarea más excelsa de una mujer; instintiva, ya que se supone que cualquier mujer, haya o no parido, sea niña o anciana, sabe cómo criar a un niño, y como un deseo siempre presente en toda mujer, razón por la cual se espera algún tipo de anomalía (física o psicológica) de aquella que no tiene o no desea un hijo” (2010: 15)

Puede decirse que la maternidad en tanto función social que históricamente se ha atribuido a las mujeres tiene un origen moralizante. La ideología patriarcal tiende a asociar la feminidad con lo “divino”, construyendo la idea de que existe una especie de “don” (en tanto cualidad que una razón superior otorgó a las mujeres) en la capacidad de procreación de los cuerpos. De acuerdo con lo que expresa Segato (2003), “no hay ninguna sociedad que no endose algún tipo de mistificación de la mujer y de lo femenino, que no tenga algún tipo de culto a lo materno, o a lo femenino virginal, sagrado, deificado” (2003: 3). Incluso, si vamos más atrás en el tiempo, ya desde la cultura y la mitología griega se construía el ícono maternal de Démeter, la diosa de las cosechas, la cual expresaba la cualidad de “la generosidad que encuentra satisfacción en el cuidado y nutrición de otros” (Molina, 2006: 95).

Así, es posible observar que el aprendizaje de género que instala el sistema patriarcal se sostiene mediante la mistificación de la feminidad, construyendo un mito alrededor de la capacidad procreadora de las mujeres, el cual se instala al nivel de las subjetividades a través del llamado “instinto maternal”. En tal sentido:

“La idea del instinto materno es un anclaje muy importante para la ecuación mujer=madre, ya que da una noción de naturalidad que pretende desplazar a la cultura. Desde el mito del instinto materno se supone que existe un saber-hacer instintivo propio de las mujeres, heredado genéticamente, que guiará su hacer y sentir en la relación madre-hijo. Este mito pretende reducir y naturalizar a todo un complejo proceso de socialización que involucra procesos psíquicos y culturales a través de los cuales las mujeres van internalizando toda una serie de pautas de conducta que las prepara para ser las madres que esta sociedad espera. En caso contrario, serán sancionadas si esto no se cumple satisfactoriamente.” (Genolet et al, 2010: 13)

De esta manera, se va entrenando de manera encubierta a las mujeres y se las especializa en la maternidad (Lagarde, 1993), “justificando el aprendizaje afectivo que realizan (...) desde su más temprana infancia, a través del concepto de *instinto materno*” (Genolet et al, 2010: 13). Así, es posible observar cómo el sistema patriarcal construye una unidad simbólica – y política - entre la capacidad de gestación de las mujeres (lo natural) y la maternidad en tanto función social (lo cultural).

I.3. El feminismo como crítica al sistema patriarcal y al mandato de maternidad obligatoria.

El feminismo se edifica como una crítica revolucionaria al sistema patriarcal. Se trata de un movimiento que ha ido desenmascarando lo oculto y naturalizado por el mismo, poniendo en cuestión, entre otras cosas, la función social de la maternidad como destino obligatorio para las mujeres. En lo que sigue, tomaré la propuesta de Valcárcel (2001) para observar cómo el feminismo se fue erigiendo como fuerza contrahegemónica que desafía al sistema patriarcal. Según esta autora:

“El feminismo es un discurso político que se basa en la justicia. (...) es una teoría y práctica política articulada por mujeres que tras analizar la realidad en la que viven toman conciencia de las discriminaciones que sufren por la única razón de ser mujeres y deciden organizarse para acabar con ellas, para cambiar la sociedad. Partiendo de esa realidad, el feminismo se articula como filosofía y, al mismo tiempo, como movimiento social.” (2001: 14)

Es posible ubicar tres grandes momentos u olas en las que se sucedieron avances significativos del feminismo (y también retrocesos, traiciones y derrotas) que sentaron las

bases de maduración necesarias para lo que se nombra por algunas expresiones del movimiento como la cuarta ola feminista, la cual estamos transitando actualmente.

La primera ola comienza en el siglo XVIII, extendiéndose hasta los primeros años del siglo XIX, en Europa. Este período estuvo atravesado por dos procesos que comenzaban a transformar radicalmente las sociedades, primero en Europa y luego a nivel mundial. El denominado “siglo de las Luces” se caracterizó por el desarrollo científico y técnico que dio lugar a la Revolución Industrial y por los principios políticos de “libertad, igualdad y fraternidad” que pregonó la Revolución Francesa. Ambos procesos fueron caldo de cultivo para la aparición del feminismo.

El contexto libertario impulsó a las mujeres a cuestionar su condición y a denunciar que la proclama de derechos que se concretó en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano⁵ no las incluía, puesto que consagraba los derechos de los varones, reduciendo a las mujeres al estatuto de ciudadanas pasivas (Valcárcel, 2004). En aquel momento, las mujeres:

“Eran consideradas hijas o madres en poder de sus padres, esposos e incluso hijos. No tenían derecho a administrar su propiedad, fijar o abandonar su domicilio, ejercer la patria potestad, mantener una profesión o emplearse sin permiso, rechazar a su padre o marido violentos. La obediencia, el respeto, la abnegación y el sacrificio quedaban fijados como sus virtudes obligatorias.” (Valcárcel, 2004: 42)

Aunque las victorias de este período fueron nulas (habiéndoseles prohibido a las mujeres el derecho de reunión, siendo enviadas al exilio, encarceladas o guillotinas) se gestaron los primeros reclamos y las mujeres acumularon en experiencia política. Los principales reclamos tenían que ver con el “derecho a la educación, derecho al trabajo, derechos matrimoniales y respecto de los hijos y derecho al voto” (Valcárcel, 2001: 31).

La segunda ola se extiende desde la segunda mitad del siglo XIX a principios del siglo XX, momento en que se desarrolla el sufragismo, principalmente en Estados Unidos⁶ y se convierte en “un movimiento de agitación internacional presente en todas las sociedades industriales, que tomó dos objetivos concretos (el derecho al voto y los derechos educativos) y consiguió ambos en un período de ochenta años” (Valcárcel, 2001: 50). Durante este lapso,

⁵ Texto central que sintetiza los principios políticos de la Revolución francesa.

⁶ En Estados Unidos las mujeres salieron de sus casas para luchar por la abolición de la esclavitud, organizándose para ello y extendiendo luego una crítica social a su condición de mujeres. Esto ocurrió a la par que se desarrollaba el movimiento de reforma moral de la nueva iglesia protestante, la cual defendía la libre interpretación de la biblia. La presencia de las mujeres en las tareas de la iglesia permitió que aprendieran a leer y a escribir, desarrollando “una clase media de mujeres educadas que fueron el núcleo y dieron cuerpo al feminismo norteamericano del XIX” (Valcárcel, 2001: 45).

las mujeres entraron en acción y se convirtieron en un colectivo que debía ser considerado en el campo de la política.

Con el ascenso de la burguesía como clase social dominante, se instaura lo que Lagarde (2015) denomina como “amor burgués”, el cual instaura el modelo de “madresposas”. Así, a la par que muchas mujeres se incorporaban al trabajo industrial como mano de obra barata, a las mujeres de la burguesía “No se les permitía trabajar y cada día eran más cosificadas. Simplemente simbolizaban el poder de sus maridos” (Valcárcel, 2001: 56).

“Decir “esto es mío” quedó fuera del vocabulario de las mujeres. (...) En el modelo burgués, vivir, realizar la vida implicaba para las mujeres necesariamente quedar en subordinación, en desigualdad y en dependencia vital.” (Lagarde, 2015: 65)

Avanzada la Revolución Industrial, las mujeres comienzan a participar en el mercado de trabajo, constituyéndose en un problema “puesto que compatibilizan la feminidad y el trabajo asalariado” (Valcárcel, 2001: 67). Si bien para los discursos hegemónicos de la época, era considerado un “mal necesario”, el trabajo asalariado femenino constituyó la primera grieta ideológica al modelo de “mujer-madre” (Nari, 2004), puesto que en la práctica comenzaba a ser incompatible con las tareas del hogar.

Fue así que, “para acallar las demandas de libertad de las mujeres se construyó “el monumental edificio de la misoginia romántica”” (Valcárcel, 2001: 67). En este momento adquiere vigor lo que Lagarde (2015) denomina como “amor victoriano”⁷, el cual:

“... identifica el amor con una experiencia muy ligada a la experiencia de Dios. (...) La pasión erótica está muy mal vista (...) y queda excluida del amor (...) y si la mujer se muestra apasionada es señal de que es una “mala mujer”. (...) tenía que demostrar frigidez. (...) El amor victoriano consagra fundamentalmente la dedicación de las mujeres a la procreación, instaurando como virtud esas maternidades” (2015: 70 y 71)

Fue con el nacimiento del marxismo, “la primera teoría crítica de la historia que contempla las relaciones humanas en clave de dominación y subordinación” (Valcárcel, 2001: 72) que aparecen expresiones del feminismo más radicales. Las feministas comienzan a hablar de la “mujer nueva”, término acuñado por Alejandra Kollontai⁸, quien pregonó el amor libre y otras demandas tales como:

⁷ “Este modelo de amor lleva el nombre de la Reina Victoria, que gobernó Inglaterra durante la transición del siglo XIX al XX, cuando se da la gran expansión del imperio británico, en un momento cumbre del desarrollo del capitalismo.” (Lagarde, 2015: 69)

⁸ Marxista, escritora y política rusa, quien trabajó por la liberación de la clase obrera y también por la liberación de la mujer.

“... igual salario para las mujeres, la legalización del aborto y la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de los niños, pero, sobre todo, señaló la necesidad de cambiar la vida íntima y sexual de las mujeres. Para Kollontai, era necesaria la mujer nueva que, además de independiente económicamente, también tenía que serlo psicológica y sentimentalmente.” (Valcárcel, 2001: 77)

Cabe mencionar que, durante el período de entreguerras, muchas mujeres abandonaron la militancia y las feministas quedaron bajo el estigma de la subversión, a la par que se diseminaba el terror al comunismo (Valcárcel, 2001). Además, entrado el siglo XX, las tasas de natalidad descendían y las mujeres fueron culpadas por ello. La conquista de mayores márgenes de independencia de las mismas se tornaba peligrosa para el statu quo. Razón por la cual a las feministas “se las acusaba de socavar los cimientos de la nación y destruir a la familia” (Valcárcel, 2001: 80).

Finalizada la Segunda Guerra Mundial se reforzó nuevamente la domesticidad obligatoria para las mujeres y la presencia del feminismo quedó profundamente socavada. Luego de un período de impasse, fue la obra de Simone de Beauvoir⁹ la que sentó la base teórica para una nueva etapa. Simone realiza dos aportaciones de gran implicancia práctica: por un lado el germen de la idea de androcentrismo¹⁰, y por otro la idea de que “No se nace mujer, se llega a serlo” (Valcárcel, 2001).

La tercera ola del feminismo surge entonces a partir de identificar que las mujeres estaban atravesando un malestar masivo, “una profunda insatisfacción consigo mismas y con su vida” (Valcárcel, 2001: 89). Betty Friedan¹¹ atribuyó dicho malestar a “la mística de la feminidad”, la cual “afirma que el valor más alto y la única misión de las mujeres es la realización de su propia feminidad (...) tan próxima a la creación y al origen de la vida” (Valcárcel, 2001: 93).

Durante la década del 60 y el 70, el feminismo radical que había nacido en Estados Unidos fue irradiado a todo el mundo. Éste combinaba una nueva manera de hacer política, en tanto se lanzó a producir intelectualmente con gran vigor, mantuvo acciones políticas de protesta que no pasaban desapercibidas y construyó grupos de apoyo y de autoconciencia para

⁹ Filósofa y escritora nacida en París en 1908.

¹⁰ “Simone expone la teoría de que la mujer siempre ha sido considerada *la otra* con relación al hombre sin que ello suponga una reciprocidad (...) El hombre en ningún caso es *el otro*. Todo lo contrario, el hombre es el centro del mundo, es la medida y la autoridad” (Valcárcel, 2001: 83). Esto fue retomado en la tercera ola del feminismo, dilucidando la implicancia del androcentrismo: “con el varón como medida de lo humano, que incluso se apropia de lo neutro y lo considera masculino, la diferencia de género se entiende como negativa e inferior.” (Valcárcel, 2001: 117)

¹¹ Teórica y líder feminista estadounidense de las décadas de 1960 y 1970. Friedan “fue requerida para organizar lo que sería el comienzo del más amplio movimiento de mujeres que conocería la historia. Ella contribuyó a poner la primera piedra creando la Organización Nacional para las Mujeres cuyas siglas (NOW) en inglés, significan, “ahora, ya”” (Valcárcel, 2001: 96)

las mujeres que dieron forma a la mundialización de los feminismos, el cual comenzaba a diversificarse teniendo en cuenta las características, tiempos y necesidades propias de cada realidad. La gran huella de las radicales, bajo el slogan de “lo personal es político”, consistió en que “identificaron como centros de la dominación áreas de la vida que hasta entonces se consideraban “privadas” y revolucionaron la teoría política al analizar las relaciones de poder que estructuran la familia y la sexualidad” (Valcárcel, 2001: 103).

Así, mujeres de todo el mundo fueron habitando espacios de concientización que les permitieron construir una identidad propia, desafiando el modelo tradicional de la feminidad, en los cuales “La libertad sexual fue el centro del debate. Se desvinculó la maternidad y la procreación de la práctica sexual y ahí se abrió el camino decisivo para las mujeres” (Valcárcel, 2001: 106). La reacción patriarcal, en este caso, fue la aparición de “la moda de la supermujer, escondiendo (...) la explotación que supone la doble jornada – trabajar fuera y dentro de casa – y además, ser una madre perfecta, amante excepcional y siempre guapa, por supuesto” (Valcárcel, 2001: 115).

De lo dicho anteriormente se desprende que a lo largo de la historia, y ante la organización y los reclamos de las mujeres en pos del reconocimiento de sus derechos como derechos humanos, se volvió a reforzar el circuito mediante el cual se impuso la obligatoriedad del “modelo ama-de-casa-madre-de-familia” a todas las mujeres (Valcárcel, 2001: 94). Así, la maternidad fue reposicionada como destino para las mujeres, una y otra vez.

Sin embargo, hoy es posible observar que el feminismo está presente - de forma más o menos laxa - en todos los rincones de la sociedad. Aunque aún no se haya conseguido la igualdad anhelada, la crítica al patriarcado se está diseminando en las prácticas e intercambios sociales, en los cuerpos y las subjetividades de las personas, lo cual auspicia la conquista de cada vez más libertades que permitan a las personas definir sus identidades, orientaciones y proyectos de vida según su deseo.

Cabe mencionar que actualmente en Argentina se está llevando adelante la lucha por el derecho al aborto seguro y gratuito en toda la red nacional de salud y por la efectiva implementación de la ley de Educación Sexual Integral. Se exige que las mujeres no mueran en la clandestinidad por practicarse abortos en condiciones inseguras y que se amplíe la oportunidad de elegir si desean o no ser madres, teniendo acceso a una educación sexual y reproductiva integral, desde la cual sea posible explorar el propio deseo sin pagar ningún costo por ello. El derecho al aborto trae implícita la posibilidad de las mujeres de decidir no

maternar o maternar cuándo deseen hacerlo, por lo que constituye una grieta al modelo de “mujer-madre” como destino obligatorio.

CAPÍTULO II

LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA “MUJER-MADRE” EN ARGENTINA

Como vimos anteriormente, la construcción de la función social maternal no puede pensarse por fuera de los distintos sistemas productivos que fueron desarrollándose a lo largo del tiempo. En cada momento histórico, en función de los requerimientos que regían los intercambios sociales, se fueron desarrollando distintas experiencias y significaciones en torno a la maternidad y a la posición social que debían ocupar las mujeres. En este sentido, la noción de maternidad puede considerarse como un “constructo social que tuvo impacto en la definición de la identidad de la mujer y su posición en la sociedad (...), siendo por largo tiempo tal vez la investidura más poderosa para la autodefinición y autoevaluación de cada mujer, aún de aquellas que no son madres” (Molina, 2006: 93 y 94). En lo que sigue, me enfocaré en la construcción histórica del modelo de “mujer-madre” en nuestro país, haciendo especial hincapié en el período de construcción del Estado moderno argentino, momento en que dicho modelo alcanza su definición más acabada.

II.1. Algunos antecedentes históricos sobre la percepción de la maternidad en Argentina.

Para comenzar debemos considerar que la maternidad en tanto función social no siempre fue el eje que vertebró la vida de las mujeres. De acuerdo con lo que expresan Genolet et al. (2004):

“Si hacemos un breve recorrido histórico del concepto de familia, nos encontramos con que en la comunidad doméstica de la antigua casa feudal y a lo largo de toda la etapa preindustrial, al interior de las familias agrícolas, textiles o artesanales todos sus miembros colaboraban con la producción y no existía ni una división sexual del trabajo, ni la separación entre infancia y adultez tan institucionalizada como en la actualidad. Si bien varones y mujeres desarrollaban tareas diferenciadas, ambos participaban de igual manera en el trabajo productivo.” (2004: 21)

En el contexto de este sistema de organización social, la maternidad no era “entendida como un compromiso con las necesidades de afecto en el niño, sino como función procreadora” (Molina, 2006: 98). Así, la calidad en cuanto a la crianza y el cuidado no eran valores de importancia alojados en las mujeres. Ellas parían y luego “Desempeñaban sus responsabilidades maternas junto a un amplio espectro de otros trabajos productivos” (Genolet et al, 2010: 22). Los hijos varones eran educados en la vida adulta por el padre y las hijas mujeres se incorporaban a la misma, educadas por su madre en tareas de servidumbre.

Según Donzelot (1998), las prácticas del maternaje institucionalizadas durante el siglo XVIII se desarrollaban en hospicios o con nodrizas domésticas, siendo característico de la época la existencia de una alta tasa de mortalidad infantil. En aquel momento, lxs niñxs no eran valiosxs en tanto tales, sino que adquirían valor social sólo como adultxs (Molina, 2006). Las mujeres de la ciudad encomendaban a sus hijxs a nodrizas campesinas durante el período de amamantamiento, ya sea por estar ocupadas en sus trabajos o porque tenían suficiente dinero como para evitarse el trabajo de crianza.

Existía en el imaginario social de la época la idea de que la función nutricia podía ejercerla cualquier mujer que no sea la madre biológica del niño o la niña. Así, “el ser nodriza aparece como una especialización de ciertas mujeres que podían brindar ese servicio a cambio de dinero” (Genolet et al, 2010: 23). Las mujeres pobres de la ciudad, por su parte, llevaban a sus hijxs a hospicios¹², en los que aparecían dificultades para encontrarles nodrizas que lxs amamantaran y criaran. Las mujeres adineradas, como vimos, podían contratar nodrizas con exclusividad, pero las tareas de cuidado estaban atravesadas por el maltrato que vivían las mismas por parte de sus patronxs, y por lo tanto, el vínculo con lxs niñxs era ambivalente (entre el cuidado y el destrato).

Durante el siglo XVIII, la iglesia católica gravitó muy fuertemente en la vida política y social en nuestro territorio, en torno a cómo debía ordenarse la sociedad para ser considerada moralmente respetable. Transcurrida la colonización española, se instauraron las sociedades virreinales, en las cuales la iglesia católica predominaba como autoridad en todo lo referido a la política, la sociedad y la moralidad. En aquel momento, el matrimonio religioso era considerado una institución de peso moral, a partir del cual se juzgaba la legitimidad o ilegitimidad de lxs niñxs nacidxs, además de los vínculos sexoafectivos moralmente aceptables. Varones y mujeres debían cumplir con roles fuertemente establecidos, primando la “honorabilidad masculina” (Nari, 2004) como valor a resguardar.

¹² Los hospicios eran casas públicas en las que se alojaba a niñxs que no recibían cuidados por parte de su familia biológica.

Así, el poder del padre simbolizaba la estructura ferozmente patriarcal que primaba en la familia tradicional pre-moderna en nuestro territorio. Era amo tanto de los bienes como de las personas que integraran la familia y disponía sin ningún condicionamiento de “sus propiedades”, constituyéndose en el único sujeto de derecho, tanto a nivel de las prácticas sociales como de la ley. En este sentido, la institución matrimonial no estaba sustentada en vínculos de afectividad recíproca, sino que cumplían la función de preservación del status social masculino.

Lxs niñxs consideradxs ilegítimxs eran enviadxs a las llamadas “Casas de Expósitos”, manejadas por la misma iglesia católica, en las que eran educadxs por “amas de cría” (Gentile, 2014). La crianza puesta en manos de mujeres ajenas al círculo familiar no era objetada, sino que era valorada de forma positiva, en tanto resguardaba la honorabilidad familiar (es decir, masculina). En este tipo de alojamientos “Los destinos de colocación laboral generalmente estaban diferenciados según sexo: las niñas como criadas en casas de familia y los varones como aprendices de oficios (Moreno, 2000: 682)” (Gentile, 2014: 339).

A nivel mundial, empezaba a gestarse la Revolución Industrial, iniciándose un período de explotación salvaje de las masas obreras y campesinas que tuvo su extensión al territorio nacional. Mujeres y niñxs comenzaron a ser incorporadxs a las fábricas sin ningún tipo de contemplación (Genolet et al, 2010). Las tareas productivas iban trasladándose íntegramente a las fábricas y se vieron “reducidas al mínimo las tareas de cuidado y asistencia al interior de la familia” (Genolet et al, 2010: 23).

Así, las transformaciones en los modos de producción que trajo consigo la Revolución Industrial implicaron importantes modificaciones al interior de las familias obreras. Primero explotando de modo indiscriminado a toda la masa obrera sin distinción y luego, con el desarrollo del capitalismo avanzado, delineando con fuerza la división sexual del trabajo de manera generalizada. Esto respondió a que tomó protagonismo el interés por la familia y más concretamente, por la educación, el cuidado y la asistencia de sus miembros (Genolet et al, 2010). La necesidad de ordenar la sociedad a los nuevos requerimientos de una nueva clase social dominante en ascenso (la burguesía), estableció con nitidez la división sexual del trabajo, quedando las mujeres reducidas al ámbito doméstico, debiendo asumir la responsabilidad de las tareas reproductivas (de crianza y de cuidado) y los varones debiendo ocupar los espacios vinculados a las tareas productivas, en tanto proveedores de los recursos económicos para el sostén familiar.

II.2. La centralidad de la “mujer-madre” en la construcción del Estado moderno argentino.

En el período que va de fines del siglo XIX a principios del siglo XX, luego de la proclamación de la independencia de nuestro territorio respecto del imperio español, comienza el proceso de construcción del Estado moderno argentino. El territorio, ahora nacional, debía adquirir estabilidad y prestigio a los ojos de un mundo en el que el capitalismo comenzaba a plantear las nuevas reglas del juego. Así, según Gentile (2014):

“Con la caída del régimen virreinal y la conformación de los gobiernos independentistas, se fue consolidando la concepción iluminista liberal que llevó a la separación de la Iglesia católica y la administración pública respecto del gobierno político y del tratamiento de las cuestiones públicas.” (2014: 339)

Comenzaba a cristalizarse la demarcación de esferas de competencia entre el Estado y la Iglesia en lo que respecta a matrimonios (ahora civiles), nacimientos, defunciones, educación (ahora laica y obligatoria), registros civiles y todas aquellas medidas que quedaron englobadas bajo el nombre de “leyes laicas” (Nari, 2004). Este proceso disparó debates en torno a la equiparación legal en algunas áreas de mujeres y varones que - como desarrollaré más adelante - fue aggiornando la imagen de “mujer moderna” a la de “mujer doméstica” (Nari, 2004).

De esta forma, el Estado comenzaba a posicionarse como una de las fuerzas más transformadoras del status quo virreinal. Respecto del poder del naciente Estado, Nari (2004) sostiene que:

“... ya no se basaba en el de Adán sino en un contrato realizado por individuos libres e iguales. El estado se colocó por encima, legisló sobre la patria potestad y se apropió de una parte. El padre fue perdiendo el poder de castigar, de aprovechar la fuerza de trabajo de sus hijos, de educarlos sin ningún tipo de interferencia.” (2004: 64)

La autora realiza un estudio en profundidad acerca de la genealogía de la maternidad como fenómeno histórico y desarrolla lo que denomina como “proceso de maternalización” de las mujeres, el cual consistió en “la progresiva confusión entre mujer y madre, femineidad y maternidad” (Nari, 2004: 101). Si bien marca un recorte en su investigación específicamente en la ciudad de Buenos Aires durante el período que va de 1890 a 1940, su aporte es

sumamente interesante, en tanto arroja luz acerca de las vinculaciones existentes entre el surgimiento de la modernidad capitalista y de la maternidad como destino obligatorio para las mujeres en nuestro país.

En aquel momento, un área de peso estratégico era gobernar en materia poblacional. Las oleadas inmigratorias de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, habían sacudido y desordenado las viejas estructuras sociales coloniales. Es por ello que la población comenzó a ser valorada como recurso humano estratégico para el desarrollo y la consolidación nacional. Así, la preocupación por maternalizar a las mujeres “se encontró vinculada a la necesidad de “poblar” el “desierto argentino”, una vez frustradas algunas de las ilusiones colocadas en la inmigración.” (Nari, 2004: 18). El control de la natalidad¹³ y la problemática de la mortalidad infantil¹⁴, comenzaban a ser áreas de prioridad para el Estado, en tanto implicaban una amenaza al proyecto poblacionista de la época.

Bajo este paraguas es que comienza una estricta división sexual del trabajo en nuestro país. Tal como expresan Genolet et al. (2010):

“Las mujeres, antes integradas al trabajo productivo en forma indiscriminada, son las encargadas ahora del ámbito privado con exclusividad. El trabajo doméstico queda fuera de la esfera productiva y, por lo tanto, comienza a desvalorizarse y a no considerarse trabajo. Las mujeres quedan, así, reducidas al ámbito doméstico, separadas del espacio público y productivo, y circunscriptas al cuidado de la casa y de los hijos.” (2010: 23).

Fomentar lo que Nari (2004) denomina como “maternalización de las mujeres” era el talón de Aquiles para dar forma a la familia nuclear como la institución básica de la sociedad que necesitaba el nuevo modo de producción capitalista. De esta forma, “las mujeres se transformaron en las responsables de los futuros ciudadanos y “productores” de la “riqueza nacional”” (Nari, 2004: 18). Es importante destacar que la mera denominación que propone la autora es provocadora, en tanto encierra en sí misma la idea acerca de que la maternidad no es un fenómeno innato y natural en las mujeres, sino que fue necesario construirla a nivel del imaginario social.

Este proceso fue dando forma a una serie de prescripciones en las que la feminidad y el supuesto “instinto maternal” comenzaron a ligarse mucho más fuertemente. La maternidad, en tanto práctica social, debía quedar introyectada como destino deseable (y persuasivamente

¹³ Según la autora, la disminución de los nacimientos (desnatalización) comenzó a percibirse entrada la década de 1920, como resultado de la extensión de prácticas anticonceptivas fundamentalmente en los estratos medios de la población (no así en los sectores bajos y las élites).

¹⁴ Las altas tasas de mortalidad infantil, según Nari (2004), disminuyeron fundamentalmente a partir de las mejoras de las condiciones de vida y sanitarias de la población.

obligatorio) para las mujeres. Como complemento necesario y en la búsqueda de fortalecer el vínculo de las mujeres con la procreación, la crianza, el cuidado, la primera educación y los sentimientos amorosos (Nari, 2004), aparece lo que Genolet et al (2010) denominan como “moral materna”, la cual engloba:

“un modelo femenino en el seno del ámbito doméstico, al que se le asignan características psíquicas de receptividad, contención y nutrición, no sólo de los niños sino también de los hombres que volvían al hogar después de una ardua jornada de trabajo en el ámbito extradoméstico.” (2010: 25)

En este proceso, cumplieron un papel clave las élites gobernantes y algunas corrientes de la medicina, las cuales le dieron peso “científico” a la maternalización de las mujeres. O más bien, puede decirse que, a través de la ciencia, elaboraron una serie de medidas de fuerte connotación práctica y ligadura política (Nari, 2004).

Una de las corrientes de la medicina de mayor influencia fue la eugenesia¹⁵. Su fórmula sintetizó una serie de objetivos políticos de depuración, camuflado bajo el fundamento de defensa del “orden natural”, para finalmente constituir la población deseada por las elites gobernantes y las corporaciones interesadas en ello. De acuerdo con lo que expresa Nari (2004):

“... la eugenesia permitía articular un discurso de unidad selectiva y, desde una perspectiva transformista, podía augurar un buen final a lo que aparecía como “aluvión” y “caos”, proponiendo una selección natural (o eugenésica) de los inmigrantes recientes, la transformación de la población (hijos e hijas de inmigrantes, mestizos nativos) y la extinción de los “inferiores” (indígenas, “negros”).” (2004: 36)

De esta forma, las ideas de “raza” y de “nación” se fueron acercando y, parafraseando a Nari (2004), se constituyeron en elementos simbólicos de legitimación de las desigualdades sociales, tanto entre varones, entre mujeres y entre varones y mujeres. Presentando las desigualdades como “naturales”, ocultaban las relaciones de poder que sostenían esas asimetrías, tanto las vinculadas al género, como a las clases sociales y diversidades étnicas, transformándolas en “inmutables”.

Las mujeres ocupaban un lugar “privilegiado” como destinatarias de las políticas eugenésicas, en tanto eran consideradas “esencialmente reproductoras y mejoradoras de la

¹⁵ La eugenesia surge como ciencia en Inglaterra hacia fines del siglo XIX, con una fuerte influencia del darwinismo. Dicha corriente, que luego se extendió con fuerza hacia ámbitos diversos (científicos, políticos, académicos, legales) en nuestro territorio, “sostenía la posibilidad de perfeccionar la especie humana a través de los métodos utilizados con los animales domésticos. (...) La propuesta consistía en favorecer los matrimonios entre los “mejor dotados” y evitarlos entre aquellos con taras que pudieran perjudicar a la “raza”” (Nari, 2004: 34).

especie” (Nari, 2004: 38). Así, el ejercicio maternal se tornó una prescripción moralizante hacia las mujeres, dado que:

“Se justificaba en la naturaleza y pretendía ser universal, abarcar a todas las mujeres sin distinción de clases sociales. Iba más allá de la posibilidad real o los deseos de tener o no hijos; no implicaba que las mujeres podías ser madres sino que debían serlo. Cualquier otra actividad, deseo, sentimiento, ponía en peligro la función maternal. Todo otro posible uso del tiempo, desde la sexualidad hasta el trabajo asalariado, amenazaba la reproducción y todo lo vinculado a ella, la familia, la sociedad, la raza. Si la maternidad era lo natural, el ocio, el placer, los trabajos, incluso el estudio, eran actividades antinaturales para las mujeres en tanto no tuvieran una relación directa con la maternidad.” (Nari, 2004: 101)

En este contexto, la maternidad se fue anclando a nivel de las mentalidades como destino “natural” para las mujeres argentinas. Se trataba de un destino que traía consigo una serie de restricciones “necesarias”, en tanto debían cumplirlo de manera satisfactoria: además de ser madres, debían ser buenas madres.

La proliferación de maternidades¹⁶ y la aparición de las figuras de ginecólogos, médicos, obstetras, parteras y enfermeras, fueron ganando terreno en la vida sexual y reproductiva, en detrimento del rol que hasta el momento cumplían las comadronas. Éstas eran mujeres del vecindario, “conocidas, con saberes medicinales populares” (Nari, 2004: 46), que asistían los partos de manera no institucional en las casas. Así, comenzaba a vislumbrarse la disminución de las prácticas ancestrales en los partos a favor del predominio de instituciones públicas en las que el conocimiento científico ganaba terreno como único saber válido.

Fue durante este período que comenzaron los debates en torno a la equiparación legal de varones y mujeres en lo referido a derechos civiles, sociales y políticos. La aparición del movimiento sufragista fue una de las expresiones más paradigmáticas. Las mujeres comenzaban a tener apariciones en el ámbito público, de “la política”¹⁷, exigiendo ser consideradas ciudadanas con derecho al voto. A la par, existió un movimiento que Nari (2004) denomina como “maternalismo político”, el cual se aferró a la maternidad como bastión para asegurarse derechos, en tanto progenitoras y criadoras de las nuevas generaciones. Estas expresiones, según la autora, no ponían en entredicho el modelo de “mujer-madre”, dado que no eran prácticas sociales incompatibles. De hecho, las mujeres

¹⁶ Instituciones de salud

¹⁷ El entrecorillado responde a que, en aquel momento, las esferas de “lo personal” y “lo político” aparecían claramente diferenciadas. Esto fue puesto en tensión con la emergencia de la tercera ola del feminismo.

salían a la calle a exigir y a ejercer su derecho al voto y mantenían a la par el tiempo y la dedicación a todo lo vinculado con el hogar y sus hijos.

Fue la emergencia del trabajo asalariado femenino lo que significó la grieta más contundente al modelo de “mujer-madre” en nuestro país, incluso más significativa que la conquista del voto femenino (Nari, 2004), dado que implicó una incompatibilidad concreta con la dedicación y responsabilidad doméstica que debían cumplir las mujeres.

II.3. La “mujer doméstica” durante el siglo XX.

La familia nuclear patriarcal y la consiguiente división sexual del trabajo (varón proveedor y mujer cuidadora) toman su forma “definitiva” durante el proceso de construcción del Estado moderno argentino. Este modelo de familia y de división del trabajo constituyó la base sobre la cual se asentaron las políticas públicas que desplegó el Estado de bienestar en nuestro país y, posteriormente, las políticas de desregulación estatal que supuso el triunfo neoliberal.

Puede decirse que el Estado de bienestar argentino, a la vez que garantizó la ampliación de los horizontes de inclusión social y política de las clases trabajadoras, dio continuidad al modelo de “mujer-madre” en tanto responsable de la economía doméstica. Aun cuando las mujeres comenzaban a participar activamente en la política y habiéndose sancionado leyes como el voto femenino, la igualdad conyugal y la patria potestad compartida, el arquetipo de “mujer moderna” difundido se asemejaba bastante a la figura de “mujer doméstica” (Nari, 2004). Lo que se observa en la especialización de las mujeres en el desarrollo de habilidades domésticas y de manejo de las nuevas tecnologías que ingresaban al hogar argentino, de la mano con la expansión industrial característica de la época.

Si bien durante este período se ampliaron y diversificaron las instancias proveedoras de bienestar y seguridad social, éstas quedaban circunscriptas y beneficiaban a la clase trabajadora formal, mayoritariamente compuesta por varones. Así, mientras que el acceso a la ciudadanía comenzaba a vertebrarse alrededor de derechos económicos y laborales en expansión, las mujeres permanecieron circunscriptas en mayor medida a las labores vinculadas al ámbito doméstico. Cabe aclarar que esta situación se vio amortiguada por la aparición de instituciones públicas que colectivizaron en alguna medida los cuidados de las nuevas generaciones.

Durante este período, la fuerte presencia estatal como reguladora de los intercambios sociales supuso la construcción de redes de seguridad social que disminuyeron los niveles de incertidumbre ante los riesgos y cuidados necesarios para la vida, lo cual fue materializado en la contundente universalización de derechos sociales y económicos. Parafraseando a Martínez Franzoni (2007), puede decirse que el manejo de los riesgos que implica vivir (nacer, morir, envejecer, perder capacidades, necesitar de cuidados, etc.) fue regulado y contenido por el Estado, en mucha mayor medida que durante el período anterior. Sin embargo, como vimos, esta desmercantilización del bienestar (en el sentido de que ya no quedaba librado a mecanismos supuestamente “compensadores” del libre juego del mercado) no se tradujo en una desfamiliarización del mismo.

La familia continuaba ocupando un lugar privilegiado en tanto ámbito de reproducción social encargada del cuidado, la contención y la crianza de sus miembros. Y dicha función quedaba, nuevamente, en manos de las mujeres. Así, tal como mencioné más arriba, la desmercantilización del bienestar no modificó la estructura básica de familiarización, quedando esta tarea en mano de mujeres y reproduciéndose la feminización de todo lo referido al ámbito reproductivo dentro de los hogares. Puede decirse que la contundente mejora en las condiciones de vida de la población no redundó en la liberación de las mujeres del ámbito doméstico, permaneciendo el modelo de “mujer-madre” como proyecto para las mismas.

Esta tendencia fue profundizada luego durante el período de decadencia de la sociedad salarial. El auge del neoliberalismo en nuestra región supuso la retirada del Estado de la regulación de los intercambios sociales y el avance de la libertad de mercado. Lo que implicó una profundización de la familiarización de los cuidados, y por tanto, de la feminización de los mismos. Las mujeres, ahora, debían cumplir con dobles o triples jornadas laborales, en tanto la situación económica las empujaba a buscar empleos en el mercado de trabajo, a la vez que permanecer como responsables primordiales de las tareas domésticas y reproductivas en el hogar. En palabras de Martínez Franzoni (2007):

“... si pensamos en las familias tenemos que pensar, necesariamente, en las mujeres. Contrariando el mandato tradicional de cuidadoras a tiempo completo, en la última década la presencia de las mujeres en los mercados laborales ha aumentado considerablemente (...). El trabajo remunerado es cada vez más asunto de mujeres, aunque el no remunerado —oficio, cuidados, gestión de lo doméstico—, continúa siendo un asunto casi exclusivamente femenino.” (2007: 2)

En consonancia con lo expuesto anteriormente, es posible afirmar que todo proyecto de intervención estatal durante el siglo XX se sostuvo en el lugar de la mujer como responsable principal de la reproducción de los hogares, reforzándose así el maternalismo como función social a cumplir.

CAPÍTULO III

SER JOVEN Y MUJER EN CONTEXTOS DE VULNERABILIDAD ESTRUCTURAL

Este capítulo tiene por objetivo caracterizar las condiciones de vida de la población con la que realicé el trabajo de campo para mi tesina. En este caso, se trata de mujeres jóvenes que viven en situación de pobreza en los márgenes urbanos de la ciudad de Rosario. Para caracterizar el escenario en el que transcurre su cotidianeidad, es necesario realizar un análisis que vaya de lo macro a lo micro, es decir, analizar los procesos macroestructurales que impactaron en los contextos en el cual esas trayectorias se producen.

En tal sentido, en la primera parte realizo una descripción de las transformaciones ocurridas en nuestro país tras el período de consolidación del proyecto neoliberal y el profundo impacto que han tenido en los barrios periféricos de las ciudades, realizando algunas precisiones acerca de la particularidad rosarina. En la segunda parte abordaré algunas reflexiones acerca de las dimensiones que configuran el “ser joven” en contextos de vulnerabilidad estructural, haciendo especial foco en la dimensión de género que lo atraviesa. Así, puntualizo algunos aportes para pensar qué supone “ser mujer” en dichos contextos, haciendo mención a la problemática de los embarazos adolescentes. Por último, me centraré en realizar una descripción de los barrios en los que viven las jóvenes entrevistadas, ubicados en la zona sudoeste de Rosario.

III.1. Transformaciones ocurridas durante el neoliberalismo en Argentina en contextos de marginalización urbana.

Comenzaré por recuperar las consecuencias que supuso el proceso de fragmentación social ocurrido en Argentina, tras la consolidación del proyecto neoliberal que desembarcó en nuestro territorio con la última dictadura militar en 1976. Dicho proyecto se consolidó en los años 90 de la mano de las presidencias de Carlos Menem, dejando como saldo una dura precarización y deterioro en las condiciones de vida de la población en general, y de los sectores más pobres con especial crudeza.

Durante este período, se ejecutaron las principales medidas que desregularon los mercados en el país, abriéndolos a la competencia internacional y achicando la intervención

del Estado en la regulación de los intercambios y en la protección de los derechos sociales. Este giro en el modelo de acumulación capitalista (el cual tuvo como objetivo el enriquecimiento y la concentración del sector financiero internacional) impactó en una extensión de la pobreza a niveles estructurales muy difíciles de revertir. Según Benassi (2017), “los datos que evidencian el crecimiento de la desocupación, la informalidad, la subocupación y la precarización laboral dan cuenta de que éstos no constituyen fenómenos específicos de Argentina, ni tampoco regionalmente, sino que se expanden a nivel mundial” (2017: 59).

La matriz estado-céntrica, propia del Estado de bienestar en nuestro país (Cavarozzi, 2002), fue desintegrada a la par que ganaba terreno el liberalismo en la formulación de políticas estatales. Las estructuras e instituciones que hasta el momento habían vertebrado la cotidianeidad y los proyectos de vida de la población fueron profundamente socavadas. Es así que la educación, la salud y el trabajo perdieron su función ordenadora y redistributiva. Como consecuencia de ello, la fragmentación social se hizo patente, quedando sellada una sociedad profundamente desigual, en la que pocos tuvieron y tienen muchísimo y la gran mayoría de la población debió enfrentar su cotidianeidad con cada vez menos recursos económicos, políticos y simbólicos.

La universalidad en el acceso a servicios sociales básicos para la existencia fue reemplazada por un criterio de asignación de recursos focalizado: las políticas y programas sociales iban dirigidas ahora a los sectores que se encontraban en situación de pobreza extrema. O más precisamente, tenían la finalidad de “mantener a raya” los efectos devastadores de las transformaciones neoliberales ejecutadas. Así, la asignación de recursos fue definida según criterios “de emergencia”, destinada a aquellas poblaciones que se encontraban en la situación más crítica de la cadena.

La desestatalización de las políticas sociales y de las redes de protección construidas durante el Estado de bienestar (las cuales aseguraban un piso para vivir) redundó en un viraje de responsabilidades hacia las familias argentinas, y más precisamente hacia las mujeres. Ellas “debieron” absorber sin garantía alguna los márgenes de incertidumbre y de deterioro en las condiciones de vida, tomando la responsabilidad de sostén de hogar.

Durante este período comienza a observarse un proceso de “feminización de la responsabilidad”, concepto acuñado por Chant (2005)¹⁸, el cual, tal como recupera Aguilar

¹⁸ Chant (2005) problematiza el uso del concepto “feminización de la pobreza” ya que el mismo no permite un acercamiento a la problemática de la pobreza desde una perspectiva compleja “que a la vez, considere al género de modo relacional e integrado a los procesos sociales más amplios” (Aguilar, 2011: 2). Según esta perspectiva: “El discurso sobre la feminización reificada como un hecho y vinculada directamente con la focalización en la jefatura femenina de los hogares refuerza los diagnósticos acerca de la pobreza (en tanto fenómeno)

(2011): “Sugiere la necesidad de considerar de qué modo las mujeres se encuentran cada vez más en el “frente de batalla”, y cómo la carga de la supervivencia familiar recae de manera desproporcionada sobre ellas” (2011: 131). Así, comienza a percibirse que “las mujeres se encuentran asumiendo una mayor responsabilidad en hacerle frente a la pobreza (...) y que esa responsabilidad es invisibilizada y en muchos casos “instrumentalizada” por el diseño de las políticas” (Aguilar, 2011: 131).

En este contexto, el individualismo se instala como valor desde el cual hacerle frente a los desafíos y riesgos de la vida. Los poderes hegemónicos fueron convenciendo a la población de que no era el Estado el responsable de garantizar niveles básicos de protección social, sino que cada individuo debía encontrar la manera de subsistir y quien sucumbía en el intento era el o la propia responsable de su situación. De esta forma, la ilusión de haber conquistado mayores márgenes de libertad individual fue la fórmula ideológica que echó por tierra cualquier proyecto de felicidad compartida. De acuerdo con lo que expresa Silvia Bleichmar, retomada por Catena (2005), lo que se rompió en este período histórico fue “el pacto intersubjetivo que nos liga al semejante” (Catena, 2005).

Así, la vida cotidiana de las personas fue transformada profundamente, quedando postergado el diseño de proyectos de vida a largo plazo para amplios sectores de la sociedad. La vida de los sectores populares¹⁹ en particular fue atravesada por lo que Bleichmar llama la “inmediatez autoconservativa” (Bleichmar, 2001), la cual supone la imposibilidad, ante la falta de oportunidades, de proyectar un futuro y construir el día a día en función de una meta, un anhelo o un deseo posible. De esta forma, las personas se encontraron en una situación de “condena bio-política”, en tanto fenómeno que supone “la reducción del sujeto a su cuerpo real, al despojo de la subjetividad como razón última de lo humano, operado sobre aquellos que están exentos de todo estatuto de inclusión social” (Bleichmar, 2006: 4).

En palabras de Di Leo y Camarotti (2013): “A diferencia de la relativa previsibilidad que otorgaban a las biografías sus vinculaciones con las instituciones en las sociedades salariales, en las actuales *sociedades del riesgo* los sujetos se encuentran, como nunca antes, “obligados a individualizarse”.” (2013: 17). De esta forma, la sociedad quedó sumida en una

como un problema social aislado de sus causas estructurales y desvinculado del mercado de trabajo. Se evidencia una preocupación por las formas visibles del fenómeno a partir del diagnóstico de la feminización (expresado en el aumento de hogares con jefatura femenina), y no por el conjunto de causas a partir de las cuales los hogares que tienen esta característica, en particular, tienen por correlato necesario situaciones de desigualdad o vulnerabilidad para sus miembros.” (Aguilar, 2011: 5)

¹⁹ De acuerdo con Benassi (2017): “... con esta categoría se alude tanto a conjuntos que pueden ser las clases bajas como también a un sujeto económicamente oprimido, más complejo que el que propone la visión marxista cuando distingue las clases sociales por la posesión de los medios de producción. (...) la apelación a lo “popular” intenta trascender la mirada respecto de la posición de subordinación económica, incorporando otros aspectos de la sociabilidad de este sector, en función de la mirada que los propios actores construyen respecto de su vida y en cómo configuran sus prácticas, cuáles son sus intereses, sus gustos, sus deseos y también, sus resistencias. De este modo, (...) hablar de sectores populares implica ampliar la perspectiva respecto de los condicionantes económicos, incorporando con centralidad la dimensión cultural.” (2017: 49-50)

profunda desprotección estatal, no contando con soportes institucionales que permitan proyectar la vida a largo plazo y sosteniendo la cotidianidad de sus vidas con lo que pudieran rebuscar en lo inmediato.

En tal sentido, es posible ubicar que la crisis del Estado de Bienestar supuso un quiebre en relación a los niveles de protección social asegurados mediante el trabajo, en tanto mecanismo de integración social. Las transformaciones posteriores ocurridas en el sistema de acumulación capitalista, instaladas durante los años '70 en nuestro país, implicaron cambios en las estructuras productivas (antes ligadas a la producción industrial, ahora al ámbito financiero internacional) y en las instituciones de protección social que antaño aseguraban amplios niveles de bienestar social (Benassi, 2017). En tal sentido,

“La crisis del mercado formal de trabajo, que fue denominada por diferentes autores como “crisis del mundo del trabajo”, no sólo se manifestó en relación con las dificultades de ingreso al empleo, sino también se transformó en una crisis de integración social en tanto lo que se pone en juego es la capacidad de la sociedad para hacer frente a las necesidades de producción y reproducción de sus integrantes.” (Benassi, 2017: 58)

Este período culmina con el estallido social y político que se vivió en nuestro país durante los años 2001 y 2002. Momento que marcó un punto de inflexión desde el cual reflexionar acerca del impacto que tuvieron las políticas neoliberales en las condiciones de vida de la población. También fue un momento en el que emergieron experiencias de organización colectivas en tanto resistencias legítimas a un sistema que hambreadó a la población, y la privó del anhelo de ascenso social y de la posibilidad de ver mejorada su calidad de vida.

III.1.1. Transformaciones en los barrios de la periferia de las ciudades.

Mucho se habla acerca de los barrios más pobres de las ciudades. No es novedad que vivir en la periferia y ser pobre va de la mano, como tampoco es novedad el hecho de que la pobreza carga con el peso de un estigma social que perdura hasta la actualidad. El sentido común más conservador de la sociedad - que se expande por los medios concentrados de comunicación - narra la vida de las personas que viven en situación de pobreza desde enfoques que pretenden estigmatizarlas y criminalizarlas. Dicha operación no es ingenua,

dado que instala un imaginario social que sirve como “legitimador” de las desigualdades, ubicando la responsabilidad de la pobreza en lxs pobres.

Es por ello que se torna indispensable para mi trabajo detenerme en las transformaciones ocurridas en los barrios periféricos de las ciudades - entre ellas la ciudad de Rosario – durante el período de auge del neoliberalismo en nuestro país. En tal sentido, es posible afirmar que las medidas macroestructurales tuvieron un impacto económico, social, cultural y político que modificaron severamente las condiciones de vida en los barrios. El aumento de la pobreza fue exponencial y la desigualdad estructural se agravó considerablemente. Esto supuso una reconfiguración en los escenarios barriales, en tanto “se profundizó la fragmentación urbana y la disolución de los marcos de sociabilidad tradicionales” (Sustas y Touris, 2013: 33). En este sentido,

“Las opciones fuera de los barrios, con relación a trabajos y/o estudios, fueron resultando paulatinamente más inaccesibles, lo que produjo un aumento de las restricciones de circulación y movilidad social por parte de estas poblaciones y por lo tanto un progresivo encierro barrial” (Sustas y Touris, 2013: 33)

En el caso de Rosario, es posible observar que, a partir de los reacomodamientos locales, los barrios comenzaron a experimentar transformaciones significativas. A medida que avanzaban los negocios millonarios en la región - tales como los mercados de commodities e inmobiliario - comenzó a tejerse por debajo un crecimiento de la economía informal e ilegal. Esta última, ligada al narcotráfico y la delincuencia, arrasó “formas de vida históricas” (Club de Investigaciones Urbanas, 2013) en los barrios e implicó “modificaciones morales en las transacciones, actividades y prácticas basadas en los cambios de estrategias de obtención de recursos” (Sustas y Touris, 2013: 33). Los antiguos valores, códigos y pactos de convivencia que regulaban la vida entre las personas no desaparecieron, pero fueron transformados de manera significativa (Sustas y Touris, 2013).

Cabe mencionar que, en simultáneo a este proceso, el Estado fue reduciendo su presencia en los barrios o, más bien, permaneció bajo la forma de una presencia corrupta. La institución policial fue ganando autonomía en los territorios, garantizando la reproducción de la economía narco y participando activamente en ella como garante de los intercambios necesarios para sostenerla. Así, según el Club de Investigaciones Urbanas (2013):

“... las barriadas populares (...) devienen en territorios-ensayos de nuevas formas de vida a partir del avance de lo que llamamos la vida narco (...). En

este marco, señalamos un pasaje decisivo: la noción de barrio, tal como la entendíamos, en el sentido culturalmente construido de vecindad, entra en severa crisis. Los barrios periféricos estallan y se segmentan en micro zonas regidas por los códigos de cada banda. (...)

La vida narco genera toda una economía en los sectores populares. Así como existe una ruta del dinero hacia arriba (...), también hay una ruta del dinero hacia abajo: la plata que va a los comercios zonales, los jóvenes soldaditos²⁰ como sostenes de sus familias, madres convertidas en dealers de poca monta que encuentran en estos atajos recursos para la supervivencia.” (Club de investigaciones urbanas, 2013)

Si bien es cierto que la moralización que suponen las estructuras narcos en los territorios caló hondo en la cotidianeidad de los barrios, es posible observar que, en simultáneo, persiste en los mismos una fuerte valoración del trabajo, en tanto “se le atribuyen valores morales tales como el esfuerzo, la responsabilidad, la provisión de manera “honesta”, y también un sentido de pertenencia común con el resto de los vecinos que se manifiesta a través del sostenimiento de una posición de “humildad” que la vida “digna” de trabajo supone.” (Benassi, 2017: 72)

Sin embargo, la fragmentación urbana instaló una división tajante entre el centro y la periferia de las ciudades, la cual contiene, desde mi perspectiva, una doble dimensión: material y simbólica. En relación a la primera, existe una división marcada por inequidades materiales concretas, tales como el acceso al transporte público, a servicios básicos para la vida como agua potable, gas natural, desagües cloacales, tendidos seguros de luz eléctrica, calles transitables - y no abnegadas ante cada lluvia -, escasos espacios institucionales para desarrollos diversos, entre otras. Además de inequidades marcadas por la convivencia en ambientes contaminados (los basurales son parte del paisaje habitual de los barrios de los “márgenes”) y con escasos espacios recreativos. En cuanto a la división simbólica, los barrios populares y sus habitantes, son convertidos en “chivos expiatorios” de “los males de la sociedad, especialmente para sectores autoritarios” (Cipriati, 2013: 159). Se trata de un imaginario “vinculado con la representación de desorden, la miseria, la ilegalidad y la violencia” (Cipriati, 2013: 159).

En este contexto, las familias construyen sus vidas en condiciones de precariedad y de vulnerabilidad difíciles de imaginar para quienes gozamos de umbrales mínimos para nuestra

²⁰ Según el Club de Investigaciones Urbanas “El soldadito, hombre de base y armado, se inscribe y participa en esas bandas sumamente verticales, donde el principio de autoridad y la cadena de mando debe ser respetado sin más. Jóvenes, casi niños o casi adultos, asumen posiciones de subordinación estricta, que probablemente no hayan experimentado jamás, ni en la escuela ni en la familia. (...) La jerarquía se repone aquí a través de premios y castigos: de un lado, cierta cantidad de dinero y posibilidades de movilidad ascendente en la estructura narco, que conectan a la perfección con las formas de vida contemporáneas: consumo, estatus, autogestión, imagen, pertenencia grupal, etc.; del otro, resumiremos diciendo que si algo caracteriza la modalidad institucional del narcotráfico es que, en última instancia, aplica la pena de muerte como castigo.” (Club de Investigaciones Urbanas, 2013: 5).

subsistencia. Si a esto le sumamos el estigma social del que son “portadorxs”, vemos cuánto se dificulta - aún más en el actual contexto recesivo - encontrar un trabajo que les permita desarrollar su vida en condiciones estables. Así, los escasos márgenes de elección, las dificultades económicas, la carencia de medios mínimos para llevar adelante todo lo que supone vivir, la ausencia de soportes que enmienden dichas privaciones y el desamparo frente a violencias de todo tipo (institucionales, de género, familiares), constituyen el escenario en el que deben desarrollar sus vidas.

De lo dicho anteriormente y a modo de síntesis, es posible afirmar que los barrios de las periferias de las ciudades fueron los más desfavorecidos por los cambios estructurales que el neoliberalismo instaló en nuestro país durante los años 90. Si bien, desde el año 2002, existió “un ciclo de crecimiento económico (que) revirtió las altas tasas de desocupación y mejoró distintos indicadores macroeconómicos y sociales” (Cipriati, 2013: 160), la precarización de la vida no fue revertida en sus dimensiones estructurales. Actualmente nos encontramos en un contexto en el que se ven recicladas con enorme crudeza las medidas antipopulares de ajuste neoliberal (de claro favorecimiento a los sectores más concentrados y enriquecidos) de la mano del gobierno de Cambiemos.

En tal sentido, la coyuntura actual en Argentina se caracteriza por la existencia de un contexto recesivo en lo económico y por el avance de grupos económicos liberales conduciendo el ámbito estatal. Esto supone un nuevo corrimiento del Estado de las áreas que amplían el bienestar social, encontrándonos en un momento en que se hace cada vez más palpable la pérdida de poder adquisitivo del conjunto de la población argentina. Al profundizarse medidas que eliminan y/o debilitan el acceso a derechos sociales básicos conquistados con anterioridad, se refuerza el repliegue de la población a la urgencia por resolver su supervivencia, coartándose de esta forma procesos sociales que implicaron un avance en la conquista de mejoras en la calidad de vida del conjunto.

III.2. Juventud, proyectos de vida y mujeres en los barrios populares.

El contexto en el que lxs jóvenes de los barrios populares arman sus vidas es clave para situar las experiencias vividas y el relato que ellxs hacen de las mismas. En lo que sigue, abordaré algunas reflexiones acerca de la condición de ser joven en contextos de precariedad y vulnerabilidad estructural, haciendo especial foco en la dimensión emocional (Cipriati, 2013) que nutre la vida de lxs jóvenes, y más concretamente de las mujeres jóvenes.

De acuerdo con la propuesta de Cipriati (2013), dicho contexto “es pensado como un escenario complejo en permanente constitución, en el cual las personas llevan adelante sus actividades, enfrentan distintas situaciones en un tiempo determinado, (como) emergente singular de las transformaciones históricas” (2013: 159). En tal sentido, es evidente que “Hacerse joven en una villa o barriada popular significa crecer en un espacio social marcado por inequidades en la apropiación del espacio público y en el acceso a servicios.” (2013: 159). Sin embargo, de acuerdo con la propuesta del autor:

“Más allá del reconocimiento de los prejuicios y los déficits en materia de servicios y equipamientos públicos, el lugar de residencia es el espacio compartido con familiares, amigos y vecinos, escenario de encuentro familiar y celebraciones comunitarias, que conforman una trama de relaciones afectivas que talla un sentido de pertenencia.” (2013: 159)

Es por ello que la dimensión emocional que suponen los vínculos que allí se tejen se torna un aspecto central en mi trabajo, puesto que pretendo analizar el sentido que tiene la maternidad para las mujeres jóvenes entrevistadas, y dicho sentido no puede pensarse de forma aislada del contexto en que surge. Así, es posible pensar que frente a la privación y reducción del “mundo experimentado” y frente al “aumento de la percepción de instancias de riesgo e inseguridades” (Sustas y Touris, 2013: 35), los afectos y esferas vinculares íntimas se tornan centrales en tanto sirven de sostén a los individuos.

Al respecto, Sustas y Touris (2013), en un estudio realizado con jóvenes del Área Metropolitana de Buenos Aires, consideran que los vínculos de proximidad e intimidad son las esferas a las que lxs jóvenes transfieren las tensiones cotidianas, los problemas y también sus resoluciones. Dichos vínculos (familiares, de pareja, de amistad, etc.) se tornan *refugios afectivos*, en tanto “amortiguadores”, en los cuales se sostienen para “alivianar la carga que las grandes transformaciones macrosociales imprimen a los individuos.” (Sustas y Touris, 2013: 36)

En este sentido, en el entramado de estas redes vinculares, emerge la capacidad de percepción y de construcción de las realidades cotidianas de lxs jóvenes. Tomando estas referencias, parto de la idea de considerar la juventud desde una heterogeneidad de elementos que adquieren “sentidos particulares en las condiciones particulares de su producción” (Benassi, 2017: 46). Dimensiones como la pertenencia de clase, étnica, de género, así como las “distintas inserciones familiares, comunitarias, escolares y laborales” (Medan, 2011: 64), construyen distintos modos de “ser joven”. Es decir, no es posible definir a la juventud de

modo unívoco, sino considerando la heterogeneidad de situaciones que ocurren en el encuentro de múltiples dimensiones, como las mencionadas anteriormente. De acuerdo con la propuesta de Benassi (2017):

“Hablar de jóvenes remite inexorablemente a un determinado momento de la vida que se define, en principio, a partir de un recorte etario. Así, cuando decimos “juventud” nos referimos a personas que transitan un tramo de su vida, por lo general comprendido desde los 15 a los 29 años, momento de la experiencia vital a que se le asignan determinadas características particulares. En términos generales esas características oscilan entre considerar a la juventud desde una visión romántica que la asocia con la libertad, la diversión, la ausencia de responsabilidades; a otra mirada que la desvaloriza relacionándola con el desinterés, la incompletud, la no productividad, la peligrosidad.” (2017: 39)

Si tomamos como referencia la fragmentación social imperante en nuestra sociedad, es posible afirmar que la visión “romántica” de la juventud está asociada “con el estereotipo de joven de sector medio en período de moratoria social²¹” (Benassi, 2017: 45); mientras que la juventud de sectores populares, generalmente se ha asociado a “todas las características negativas que se le suponen a la juventud.” (Benassi, 2017: 45).

Tomando como referencia el ingreso a las responsabilidades que implica la vida adulta, es posible afirmar que la condición juvenil no es la misma para jóvenes de sectores medios y altos que para jóvenes de sectores pobres. Mientras lxs primerxs logran acceder a un tiempo (“moratoria social”) para dedicarse a estudios, viajes, entre otros proyectos creativos, lxs jóvenes pobres “tienen acotadas las posibilidades (...), ya que deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo, o suelen contraer a menor edad obligaciones familiares” (Genolet et al., 2010: 68).

Por otra parte, así como la juventud depende de la posición de clase dentro de la estructura social, también varía en función del género. Hemos visto en el primer capítulo el lugar que ocupa socialmente la maternidad, en tanto proyecto asignado como destino a las mujeres. Esta dimensión opera de manera transversal en la sociedad, en el sentido de que las

²¹ Respecto del concepto de “moratoria social”, Margulis y Urresti (2008) sostienen que: “A partir de mediados del siglo XIX y en el siglo XX, ciertos sectores sociales logran ofrecer a sus jóvenes la posibilidad de postergar exigencias – sobre todo las que provienen de la propia familia y del trabajo -, tiempo legítimo para que se dediquen al estudio y la capacitación (...), lo que les permite gozar de cierto período durante el cual la sociedad les brinda especial tolerancia” (2008: 15). Por su parte, Benassi (2017) recupera la problematización que realiza Margulis (2008) acerca de este concepto, considerando el atravesamiento de clase de la juventud. Al respecto plantea que en “la idea de moratoria social se desconocen las particularidades, fundamentalmente de clase, para transitar la juventud. A cambio propone la categoría de “moratoria vital” que hace referencia a una característica cronológica de la juventud, definida en relación al hecho fáctico que supone el “crédito temporal”. Así, el autor plantea que “tendrá más posibilidades de ser joven todo aquel que posea ese capital temporal como condición general.” (2017: 41)

mujeres de las distintas clases sociales se encuentran educadas, persuadidas y/o presionadas socialmente para cumplir con tal mandato, y para hacerlo de manera “aceptable”.

Sin embargo, las mujeres pobres suelen experimentar una urgencia distinta si contemplamos que las posibilidades de proyectar sus vidas en otras áreas (educativas, deportivas, profesionales, recreativas, creativas, laborales) son menores. Y si en simultáneo consideramos el aprendizaje de género en el que nos forma la sociedad, no sorprende el hecho de que muchas mujeres jóvenes y pobres atraviesen la experiencia de la maternidad a temprana edad y en muchos casos de manera mecánica. O más precisamente, vivida como “destino” y no decidida y conscientemente (Genolet et al., 2010).

Respecto del tiempo que lleva el pasaje de la juventud a la adultez, y a diferencia de lo que ocurre con los varones, Genolet et al. (2010) sostienen que:

“Para las mujeres pobres esta etapa de tránsito no es más que un breve paso entre distintos mundos privados, ya que de la familia de origen pasan a la constitución de su propia familia. Dentro de ella asumen un rol que pocos rasgos tiene en común con la cultura juvenil” (2012: 69).

Así, la maternidad aparece tempranamente como una experiencia que las catapulta a la vida adulta, quedando las jóvenes con la mayor carga de responsabilidad a sus espaldas. Por supuesto que la maternidad no queda reducida a su aspecto biológico, sino que se extiende a nivel social. En este sentido, la función social de las mujeres – también en el imaginario que impera en los barrios populares - permanece asociada a lo que Tarducci (2008) denomina como “maternidad social”.

Tal como mencioné anteriormente, las mujeres tendieron a hacerse cargo, como responsables principales, del deterioro en las condiciones de vida del conjunto. Esto puede verse en los roles ocupados tanto al interior de las familias y el hogar, como en las estrategias de supervivencia colectivas. Lo cual se hace evidente en el tejido de redes comunitarias tales como comedores, merenderos, ollas populares y demás espacios dedicados a la nutrición y al cuidado de lxs niñxs, las cuales son sostenidas principalmente por mujeres.

En tal sentido, recupero el aporte que realiza Mónica Tarducci (2008) en su estudio acerca de la articulación existente entre las políticas sociales estatales y las mujeres de los llamados sectores populares, el cual ilustra el imaginario presente acerca del lugar adjudicado a las mujeres y del fenómeno antes mencionado de “feminización de la responsabilidad” (Chant, 2005):

“El maternazgo social (...) se expresa en todos los estratos de la sociedad. Sin embargo, pareciera adquirir matices diferentes cuando estudiamos las prácticas de las mujeres pobres insertas en planes de ayuda estatal (...). Ellas *cargan* íntegramente con la resolución del problema de que se trate, dado que la domesticidad implica, además del cumplimiento de las tareas cotidianas, la *responsabilidad* sobre las mismas y la imposibilidad económica de delegar en terceros su solución. Para Soledad Murillo es el *criterio de responsabilidad* el que define la domesticidad (1996)” (Tarducci, 2008: 183)

Así, el protagonismo de las mujeres en la cotidianeidad barrial es ineludible. En palabras de Jesús Martín Barbero, “ellas hacen el barrio a partir de una percepción de lo cotidiano configurada básicamente desde la maternidad” (1987: 216). Parafraseando al autor, se trata de una maternidad social que excede los límites familiares y se despliega y ejerce sobre todo el barrio (Martín Barbero, 1987).

En este sentido, es posible observar cómo se articulan los roles de género atribuidos culturalmente: la carga de responsabilidad que pesa sobre las mujeres en tanto cuidadoras sociales y efectoras del bienestar es considerada una tendencia “natural”. Es decir, el hecho de que cumplan un papel clave como “amortiguadoras” del deterioro de las condiciones de vida, se iguala a lo meramente instintivo (Tarducci, 2008), reforzándose la ligadura política que - hace por lo menos un siglo - asocia a las mujeres con la maternidad.

III.2.1. La maternidad adolescente como problema social.

La experiencia de la maternidad a temprana edad, tal como mencioné más arriba, es un fenómeno recurrente en sectores pobres de la sociedad y suele ser considerada un problema social. Este diagnóstico, que lleva el mote de “problema”, emerge desde perspectivas contrapuestas: por una parte, es posible identificar la sanción social que se despliega sobre las jóvenes que atraviesan estas experiencias desde una carga de negatividad (conservadora) atribuida a su condición de género (ser mujer) y de clase (ser pobre); por otra parte, se considera un problema social en tanto subyace en estas experiencias el vacío de protección social de las jóvenes, la disminución de sus márgenes de autonomía y los riesgos sociales y personales que supone la maternidad a temprana edad (Genolet et al., 2010).

Un personaje que sintetiza la posición de quienes condenan la maternidad adolescente desde una perspectiva conservadora es el empresario Pescarmona²², uno de los 40 más ricos

²² Enrique Pescarmona es un empresario mendocino, propietario de Industrias Metalúrgicas Pescarmona S.A (IMPSA). Sus dichos fueron realizados durante un encuentro de la Asociación Empresaria Argentina (AEA) durante el año 2017.

de la Argentina. “Las chicas de 14 años se hacen preñar para que les den unos mangos”, sostiene. Lejos de dar cuenta de la realidad que viven las jóvenes madres, su afirmación contiene una carga de denigración simbólica plagada de prejuicios y constituye más bien una foto de la desigualdad económica, social, cultural y de género en nuestro país (Faur, 2017). Estas desigualdades no hacen más que reforzar la atribución de la responsabilidad únicamente a la mujer, disminuyendo su poder y capacidad en otras áreas de la vida y acrecentando en paralelo el poder de los varones en los ámbitos de la sexualidad, la reproducción humana, el trabajo, la economía, la vida cotidiana y la política (Genolet et al., 2010).

En cambio, la consideración de la maternidad adolescente desde una perspectiva de derechos la ubica como un problema social en tanto se evidencia que estas experiencias están atravesadas por vulnerabilidades y desprotecciones de envergadura, cuya responsabilidad debe ser asumida estatal y socialmente (y no adjudicada individualmente a la mujer). Justamente aquí aparece en escena la (ir)responsabilidad social, dado que “la negación de derechos de la sociedad hacia las mujeres adolescentes condiciona o determina una maternidad como destino” (Genolet et al.: 2010: 77). Desde esta perspectiva, la maternidad se convierte en un problema social por las consecuencias que implica para las jóvenes y también para lxs niñxs.

Entre las consecuencias de la maternidad adolescente, algunos organismos internacionales como la Organización Panamericana de Salud (OPS) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) mencionan las siguientes: el abandono escolar, las dificultades laborales (trabajos mal remunerados, sin contratos, despidos o dificultades para conseguir empleo), situaciones de riesgo perinatal que llevan al fracaso en la crianza, maltrato psicofísico del niño, interrupción definitiva del proceso de adolescencia, dificultades para independizarse económicamente, entre otras (Genolet et al., 2010).

Esta perspectiva es compartida por el Consejo Nacional de la Mujer en nuestro país, el cual considera que el embarazo y la maternidad no constituyen problemas en sí, salvo que:

- “- el embarazo no haya sido deseado;
- sea fruto de estupro o incesto;
- no se den las condiciones sociales o individuales (servicios de salud y planificación de la fecundidad adecuados, trabajo, vivienda, educación, entre otros) que brinden la posibilidad de una maternidad segura, protegida, satisfactoria;
- no sean fruto de una opción libre (es decir que no hubieran querido embarazarse y en consecuencia apelar al aborto);
- no sea deseado y/o asumido (lo que implicaría limitaciones a sus posibilidades de elección vocacional, laboral, sexual);

- no existe un marco legal y jurídico que respete y proteja sus opciones (asumiéndolas como capaces ya que en la actualidad su problemática es solo encarada desde la figura de minoridad y por lo tanto desde a discapacidad);
- se considere a la joven como “generadora de marginalidad”;
- los embarazos no deseados terminen en abortos clandestinos (con consecuencias biológicas, psíquicas y sociales sabiendo que el aborto es una de las principales causas de muerte materna (...));
- las políticas de población estén dirigidas al control de las/los pobres y no de la pobreza” (Fraganillo, 1992: 17)

Es así que, para esta perspectiva, el embarazo y la maternidad adolescente se convierte en un problema social, cuya responsabilidad nos concierne en tanto sociedad. La Educación Sexual Integral y el acceso a una información segura, efectiva y confiable acerca del cuidado del propio cuerpo y la propia salud, sumado al acceso democrático a la práctica del aborto y a una batería de transformaciones políticas, societarias y culturales que es necesario promover, constituyen la condición de posibilidad para que pueda abrirse “la posibilidad a una maternidad decidida consciente y libremente con perspectivas de desarrollo personal, dotada de su más profundo contenido humano” (Genolet et al., 2010: 77). Sólo así serán posibles maternidades que sean fruto del deseo. Mientras tanto, mientras existan experiencias en las que la maternidad no se experimenta por decisión del deseo, estamos ante un problema social.

III.2.2. Imaginarios detrás de los roles de género.

Ahora bien, a los fines de mi trabajo considero necesario profundizar acerca de cómo opera la puesta en práctica de los roles de género que son simultáneamente atribuidos a las mujeres y ocupados por ellas. En este punto aparece nuevamente la complejidad que existe en la intersección entre el mandato y el deseo, entre estructura y capacidad de agencia, en este caso respecto de las experiencias de maternidad de las mujeres jóvenes.

En el estudio realizado con jóvenes del Área Metropolitana de Buenos Aires, Sustas y Touris (2013) retoman alguno de los ideales que guían y dan forma a los proyectos de vida de lxs jóvenes de sectores populares. Estos ideales forman parte de las configuraciones emocionales de lxs mismxs, aspecto central – como vimos – a la hora de recuperar la trama de vínculos en los que se refugian y a partir de los cuales construyen sus vidas. Aún más si tenemos en cuenta que “Las redes familiares y vinculares dentro del barrio otorgan un estatus valorado” (Sustas y Touris, 2013: 42).

Según lxs autorxs, existen referencias en lxs jóvenes respecto de las formas de amar asociadas al modelo de familia nuclear patriarcal moderna. Este modelo implica poner en el centro de las vidas la única forma de amor legítimo: el amor romántico. Ideal que supone a una pareja heterosexual armónica, sostenida en un anhelo de fusión. El mismo conlleva a una idealización de la otra persona y el matrimonio aparece como una instancia de “culminación” y de “realización” fuertemente valorada a nivel social (Sustas y Touris, 2013).

Cabe mencionar que dicho imaginario está presente tanto en mujeres como en varones, aunque los roles que les cabe a cada quien son diferenciados. Sabemos que la realidad se presenta de manera muy diferente a los ideales y normas idealizadas, pero éstos operan como la “manzana delante del carro” que direcciona las vidas basándose en un anhelo de fusión. Respecto de los roles que tanto mujeres como varones tienden a cumplir, Sustas y Touris (2013) sostienen que:

“En particular el rol del hombre como proveedor del hogar parece ser uno de los primeros sentidos emergentes. En lo que respecta a las mujeres, este ideal se juega en la maternidad y el cuidado de los otros. (...) el hecho de tener hijos aporta un antes y un después en la vida. Otorga un lugar social prestigioso que supone el pasaje a la adultez, la posibilidad de escapar de situaciones familiares agobiantes y la concreción de la propia familia. Sin embargo (...) estas referencias a los lugares tradicionales en las organizaciones familiares dentro de los hogares son puestas en cuestionamiento por los mismos jóvenes que las generan.” (2013: 43-44)

De esta forma - y dada la fragilidad propia de vivir en contextos estructuralmente vulnerables - se ponen en marcha los soportes afectivos más que cualquier otro. Es así que la construcción de las parejas se torna un *refugio* por el cual buscan alcanzar un estado de madurez “asociado a cierta estabilidad y a la conformación de un espacio propio, por fuera del espacio familiar de origen” (Sustas y Touris, 2013: 49). Lo cual no necesariamente resulta una experiencia “exitosa”, dado que las tensiones y los límites no tardan en aparecer. Más bien este ideal de “amor romántico” supone una creencia en la que invierten afecto, energía y tiempo, en tanto les otorga la posibilidad de una proyección de futuro propio. Puede decirse que les confiere cierta independencia respecto de su situación de origen.

En lo que sigue, realizaré una breve descripción de los barrios en los que viven las jóvenes, con la finalidad de situarlas en los escenarios en los que transcurre su vida cotidiana. Ello resulta pertinente en tanto considero que el lugar que ocupa la maternidad en la vida de las jóvenes está vinculado a múltiples dimensiones que se relacionan entre sí. Entre estas dimensiones se encuentra el territorio en que viven, como enclave espacial en el que van

armando sus trayectorias, donde se reproduce su vida cotidianamente y donde van tejiendo los vínculos sociales que las sostienen, incluida su maternidad.

III.3. Sudoeste de Rosario: barrios Plata, Mangrullito y La Cariñosa.

Al límite de Rosario, en la zona sudoeste de la ciudad - según el trazado municipal - se encuentran los barrios Plata, Mangrullito y la villa La Cariñosa. El Centro de Salud Municipal “El Gaucho” es una referencia institucional de mucha importancia en la zona y lleva su nombre en alusión a la vieja Estación ferroviaria “El Gaucho”, emplazada en un área de la ciudad semi-rural. “El Gaucho” fue sede de mi práctica profesional durante los años 2016 y 2017, y posteriormente de mi trabajo de campo para la presente tesina.

En el sudoeste rosarino, el 112 es la única línea de colectivo que moviliza a la población para llegar a distintos puntos de la ciudad, además de moverse cotidianamente en sus motos, bicicletas, autos y carros a caballo. El 112 llega al sudoeste por avenida Del Rosario, dobla en boulevard Avellaneda hacia el sur, traspasando el límite urbano que dibuja la Circunvalación. El recorrido lleva una hora de duración si tomamos como referencia el microcentro de la ciudad.

El primer barrio con el que nos encontramos - llegando en colectivo - es el barrio Plata, el cual está delimitado por Avellaneda al oeste, Lamadrid al norte, avenida del Rosario al sur y Ovidio Lagos al este. En este barrio se asienta la población más antigua de la zona, predominando una mixtura de viviendas de material macizo y terminaciones y/o ampliaciones en chapas y materiales más precarios. Aquí las viviendas cuentan en su gran mayoría con reconocimiento legal. Podría decirse que se trata de un barrio urbanizado, en el sentido de que cuenta con instalaciones de agua potable y luz eléctrica, las cuales son comparativamente más seguras que las de “La Cariñosa”. Algunos sectores del barrio cuentan con gas natural y otros deben proveerse de gas envasado.

Según el relato de una de las jóvenes entrevistadas, hace un año comenzaron algunas obras de infraestructura como asfaltado de calles y la instalación de desagües cloacales. Según cuenta, antes era moneda corriente que las calles se inundaran ante cada lluvia y ahora *“podés salir decente, digamos, no como antes que salías toda embarrada”*. Sin embargo, la trabajadora social de “El Gaucho” refiere que dichas obras comenzaron a realizarse hace muy poco tiempo, predominando aún las zanjas para el drenaje pluvial y los pozos negros para la eliminación de desechos, no contando con desagües cloacales.

En el barrio Plata se emplaza una organización vecinal que recibe el homónimo nombre del barrio y también el Centro de Salud Municipal “Ariel Morandi”, el cual fue montado en lo que era una vieja organización vecinal.

Sobre la avenida Del Rosario se encuentra el vecino barrio de El Mangrullito. El mismo es nombrado por lxs vecinxs de diversas maneras. La denominación “El Mangrullito” responde a que lxs primerxs pobladorxs fueron familias relocalizadas del barrio “El Mangrullo”, ubicado en la zona sudeste de la ciudad, a orillas del río Paraná. De allí su denominación, en diminutivo. También es conocido como “Nuestra Señora del Rosario” por su emplazamiento sobre la avenida y porque su fundación está vinculada a un convenio que realizó un cura de la zona con el Estado provincial para la construcción de viviendas. Además, recibe el nombre de “Las Casitas de Colores”, puesto que quienes habitaron el barrio por primera vez provenían de un paisaje ribereño completamente diferente a la hilera de viviendas pintadas con distintos colores. Por último, el barrio es también nombrado como “El Mangrullo”, a secas.

Tal como mencioné anteriormente, El Mangrullito está conformado por una hilera de viviendas de material iguales entre sí, las cuales están divididas en planta baja y planta alta. Quienes habitaron inicialmente las mismas las fueron vendiendo para volver a su lugar de residencia original, debido a la lejanía con su principal fuente de trabajo (la pesca). Una de las entrevistadas, nativa de El Mangrullito, menciona que no observa cambios significativos en el barrio. Mientras que otra de las chicas refiere que antes las calles eran todas de tierra, que se fue poblando con el tiempo y que *“ahora hay casas por todos lados”*.

Al igual que el barrio Plata, puede decirse que El Mangrullito también es un barrio urbanizado, en tanto cuenta con agua potable y alumbrado público. Sin embargo, la trabajadora social del “El Gaucho” comenta que un gran porcentaje de la población no está conectado formalmente a los tendidos de luz, dado que no tienen recursos económicos para el pago del servicio, por lo cual optan por “engancharse” de los mismos de manera ilegal. También menciona que los desagües cloacales y pluviales no se encuentran divididos, razón por la cual ante lluvias abundantes éstos se desbordan, inundando al barrio con fluidos de todo tipo.

Al pasar por la zona, se observa una mixtura de calles asfaltadas y de tierra, en las que llama mi atención la presencia de asadores de cemento construidos sobre las veredas. De lo que infiero que la calle, como espacio público, es ocupada para el encuentro entre vecinxs, amigxs y/o familiares. También se observan caballos pastando en el espacio verde de la loma que sube a la Circunvalación. Al costado de la misma se emplaza el Centro de Convivencia

Barrial denominado “Barrio Plata”. Contiguo al CCB hay un playón en el que se realizan deportes en general, pero fundamentalmente hockey, y pegado al mismo, hacia el este, está la Escuela Primaria “Raúl Domínguez”.

Entre el barrio Plata y La Cariñosa pueden verse algunos basurales pequeños. También se observa la presencia de carrerxs²³. Sobre la avenida Avellaneda, la cual divide ambos barrios, están asfaltando lo que parecería ser una plazoleta, en la que pusieron una parada de colectivo nueva. La trabajadora social comenta que es una obra que votaron lxs vecinxs en el Presupuesto Participativo²⁴.

Al llegar a Avellaneda se abre la vista y aparece enfrente la villa “La Cariñosa”. A diferencia del barrio Plata, La Cariñosa es un asentamiento ubicado sobre terrenos fiscales, el cual se extiende en los límites de Avellaneda al este, Uriburu al norte, Circunvalación al sur y zona de fábricas al oeste. Anteriormente, la villa se extendía por debajo de la Circunvalación, hasta que esa porción de la población fue desalojada.

Puede decirse que La Cariñosa es el sector más empobrecido de la zona. Sus calles son de tierra y se puede acceder a la villa a través de tres pasillos que la atraviesan (por uno pasa la vía del tren), complicándose la entrada y salida cuando se producen barriales por las lluvias. Las casas son - a la vista - más precarias y están más amontonadas. Se observan casas de material, pero a medida que se va ingresando a la villa “profunda” abundan las casillas de maderas, chapa, ladrillo hueco, plásticos y cartones.

Allí, las estrategias para acceder a una vivienda dependen de la asistencia que se otorgue para adquirir chapas y tirantes o a programas específicos como el de la ONG Techo. En su mayoría las viviendas son construidas por la misma población. La trabajadora social refiere que, antes de la crisis económica que atraviesa actualmente el país, se percibía una diversidad mayor en las estrategias de la población para acceder a una vivienda. Las posibilidades laborales y de obtención de recursos económicos eran mayores y más estables, lo cual permitía a las familias realizar mejoras en sus viviendas a partir del propio trabajo. Hoy crece el “rancherío”, al igual que en los barrios Plata y Mangrullito, donde se observa una precarización mayor de las posibilidades laborales y, como consecuencia, de sus condiciones habitacionales.

El acceso a servicios básicos en La Cariñosa es sumamente precario y en la mayoría de los casos es inexistente. Al gas se accede por compra de envasado o se obtiene la garrafa

²³ Me refiero a personas que trabajan de la recolección de residuos y materiales de reciclado, actividad que realizan montadxs en carros que son movilizados por caballos.

²⁴ Según la página web de la Municipalidad de Rosario, “El Presupuesto Participativo es un mecanismo de participación que incorpora el debate, el acuerdo y el voto ciudadano como herramientas que permiten destinar una parte del Presupuesto Municipal a la realización de propuestas y proyectos que las personas consideren necesarios para su Distrito”.

social a través del sistema de pensiones y jubilaciones. La red de agua corriente cubre únicamente las viviendas ubicadas sobre la avenida Avellaneda, quedando la mayoría de la población excluida. La provisión de agua se realiza en dos canillas comunes (con problemas de presión y de higiene) o en tanques comunitarios, uno de los cuales – el más grande - se encuentra en una casa particular. Las conexiones de electricidad son clandestinas e inseguras y, a diferencia de barrio Plata, no existen las redes cloacales. Los desechos se dirigen a pozos negros. Si a esto le sumamos que el retiro de basura es deficitario, la consecuencia directa es la quema de residuos y la formación de basurales en zonas descampadas que alimentan la presencia de roedores y contaminan fuertemente a la villa. La mayor parte de la población de La Cariñosa es oriunda del norte argentino y constituye el mayor caudal de usuarios del Centro de Salud.

A diferencia de otros barrios, en los que aparecen mayores posibilidades de acceder a trabajos - algo - más estables (como puede ser el barrio Hume, vecino al Centro de Salud, en el que se emplaza la Escuela Secundaria N° 497), en La Cariñosa abunda el desempleo y la informalidad. En general, la población de esta zona se dedica a tareas diversas caracterizadas en su mayoría por ser actividades precarias, temporales e insuficientes en términos de ingresos necesarios para la subsistencia. Los trabajos realizados son fundamentalmente de albañilería, trabajo doméstico (limpieza de casas particulares y/o cuidado de niños), cirujeo en carros, changas de todo tipo, atención al público en pequeños comercios, compra y venta de objetos (reciclables, usados o nuevos), trabajo en quintas y una pequeñísima fracción cuenta con empleos en relación de dependencia.

Retomando el recorrido del 112, cuando este dobla por Avellaneda hacia el sur y pasa por debajo de la Circunvalación, se abre la vista. A la derecha hay una plaza bastante amplia con algunos juegos. Por allí pasa - en paralelo a la avenida - una vía ferroviaria (por donde antes circulaban trenes de carga y sanitarios, hoy únicamente de carga), la cual desemboca en un antiguo silo, ícono visual de la zona. También se observa la antigua estación de trenes, en donde hace algunos años se intentó montar una biblioteca popular y en donde funciona actualmente un espacio de reparación y mantenimiento de trenes.

Cruzando la plaza hacia el oeste, está la Escuela Primaria N° 154 “Julio Bello”. Al lado de la misma está la Comisaría de la zona y contigua a esta se encuentra el Jardín de Infantes N° 329 - recientemente construido -, además de algunas casas con parcelas de tierra sembradas. Yendo más hacia el oeste comienza la zona rural de quintas, las cuales son trabajadas por familias que viven de lo que cosechan y a quienes se les da a cambio un techo precario donde vivir. Muchos son “contratados” por patrones en quintas de producción

agropecuaria, debiendo soportar la restricción en sus ingresos en épocas de sequía o cuando no hay plantaciones de acuerdo a la estación climática. En general trabajan en pésimas condiciones y suelen ver descontados sus ingresos por parte de sus patronxs, en caso de que estxs les otorguen comida o servicios básicos como gas de garrafa. Suelen ser familias emigradas de provincias del norte argentino y sobre todo de países limítrofes (fundamentalmente Bolivia), con escasas posibilidades de garantizarse vivienda, comida y alguna remuneración en otras condiciones.

Pasando entonces la Circunvalación, cruzando la plaza hacia el este se encuentra el Centro de Salud municipal “El gaucho”, emplazado en el barrio homónimo. Como mencioné anteriormente, “El Gaucho” fue sede de mi trabajo de campo, donde realicé las entrevistas a las cinco jóvenes, mujeres y madres con el acompañamiento de la trabajadora social.

CAPITULO IV

EL SENTIDO DE LA MATERNIDAD PARA MUJERES JÓVENES DE LA PERIFERIA ROSARINA

En este capítulo me centraré en lo que considero como el “corazón” de mi tesina: las voces de las mujeres y desde sus voces el sentido que para ellas tiene la maternidad. Así, recupero las historias de cinco mujeres jóvenes que viven en la periferia sudoeste de la ciudad de Rosario, más precisamente, en los barrios Plata, Mangrullito y La Cariñosa. Si bien no pretendo establecer generalizaciones homogeneizantes de sus experiencias, las mismas serán analizadas teniendo en cuenta cómo determinados aspectos estructurales intervienen en la construcción del sentido de la maternidad. En este sentido, establezco algunos puntos en común en las trayectorias de vida de las jóvenes pero, a su vez, acercando la mirada a la complejidad que atraviesa a sus experiencias de maternidad.

La metodología utilizada para recabar la información, consistió en la realización de cinco entrevistas (una a cada joven), las cuales tuvieron una modalidad semiestructurada y una duración aproximada de 45 minutos cada una. Previamente confeccioné una guía de entrevista, en la cual elaboré una serie de ejes abiertos, con preguntas vinculadas a cada eje. La misma me sirvió de orientación, quedando abierta al intercambio y a lo que fuera surgiendo en el encuentro con las jóvenes. Cabe mencionar que las entrevistadas cumplen con una cuádruple condición: son mujeres, son jóvenes, son pobres y son madres. Sus perfiles semejantes se completan con el dato respecto del momento en el que fueron madres: todas en la franja etaria de los 14 a los 19 años.

Las entrevistas fueron realizadas en el Centro de Salud Municipal “El Gaucho” – sede de mi práctica profesional durante los años 2015 y 2016 - en el lapso de tiempo que va de Marzo a Mayo de 2018. La trabajadora social fue quien me acompañó en la selección de las jóvenes. Inicialmente confeccionamos una lista de mujeres teniendo en cuenta los siguientes criterios: que vivieran en los barrios circundantes al Centro de Salud, que fueran madres y que tuvieran entre 14 y 25 años. Además, esta lista contenía a jóvenes que la trabajadora social evaluaba con disposición a compartir su experiencia.

Sin embargo, tuvimos que modificar la selección inicial, ya que se tornó dificultoso tomar contacto con las jóvenes por teléfono y evaluamos que no era conveniente hacer una visita domiciliaria por este motivo. Así fue que optamos por una selección *aleatoria*:

manteniendo los criterios anteriores, tuvimos en cuenta la predisposición y disponibilidad de las jóvenes en el momento que se encontraban por otros motivos en el Centro de Salud (ya sea en la guardia, realizando algún control en enfermería o esperando un turno con algún/a profesional).

Antes de comenzar con el análisis propiamente dicho, considero pertinente hacer algunas precisiones respecto del enfoque desde el cual observo el sentido que tiene la maternidad para las jóvenes. Puede decirse que existen dos modos de pensar en ello: uno vinculado a la maternidad en sí misma, en tanto vínculo circunscripto a lo materno-filial; y otro, en el que la maternidad se pone en relación con otras áreas de la vida, tales como el trabajo, la educación, la familia, el barrio, las amistades, etc. En tal sentido, de acuerdo a lo que expresa Genolet et al. (2010):

“La vivencia de un embarazo en la adolescencia depende de diversos factores que se relacionan: la situación individual, la familiar, la de la pareja, el proyecto de vida, entre otros. (...) un embarazo es siempre algo que irrumpe y cambia el orden que se llevaba hasta el momento, marca un antes y un después” (2010: 78).

Es desde esta última perspectiva que me sitúo para lo que viene a continuación. Es decir, analizaré el sentido que tiene la maternidad para las jóvenes en relación con otras esferas de sus vidas. En tal sentido, para una mejor organización de la exposición de los datos recabados en las entrevistas respecto del sentido que tiene a maternidad en sus experiencias de vida, estructuré el análisis de las mismas en los siguientes ejes analíticos:

- Trayectoria educativa.
- Trayectoria laboral.
- Relaciones sociales: con parejas, madres, padres, amistades y figuras significativas del entorno cercano. Incluyo aquí también las salidas nocturnas y recreativas.
- Paternidades, distribución de las responsabilidades, crianza y cuidado. Incluyo aquí también el uso del tiempo cotidiano de las jóvenes.
- Embarazos y sentido de la maternidad.

IV.1. Las jóvenes: breve presentación.

IV.1.1. Daiana

Daiana fue a acompañar a su cuñada y a su sobrina a la guardia del Centro de Salud. Es una de las chicas que formaba parte del programa “Nueva Oportunidad” durante mis prácticas y participó del taller que coordiné en el 2016²⁵, el cual fue inspirador en la elección de la temática de mi tesina. Me acerqué a comentarle acerca de mi trabajo y no tuvo inconveniente en que hagamos una entrevista. Fuimos al Centro de Salud viejo²⁶ y antes de entrar me cuenta que andaba angustiada y que no sabía bien qué le pasaba. En la entrevista estuvo presente su sobrina, de 5 años aproximadamente, a quien le dimos pinturas y fibras para que dibuje mientras nosotras charlábamos.

Daiana tiene 24 años y nació en el barrio “Los hipotecarios”. A los 10 años se mudó junto a su familia al Mangrullito, donde vive actualmente. Antes me cuenta que vivían “*de prestado*” en la casa del primo de su papá y que cuando llegaron al barrio compraron una casa con un dinero que pudieron conseguir.

Su familia está compuesta por su mamá, su papá y sus seis hermanxs, son tres varones y tres mujeres. Después nacieron “*las nietas*”, cuenta Daiana, refiriéndose a su hija y a su sobrina. Al comienzo, convivían todxs juntxs excepto su hermano más grande, a quien crió su abuela. Su papá trabajó un tiempo en una empresa de máquinas de construcción y siempre fue vendedor ambulante, hasta el día de hoy. Su mamá trabaja cuidando a su sobrino, el hermano de Daiana le paga por día y ella se ocupa de llevarlo a la escuela.

Daiana tuvo a su única hija a los 19 años, hoy Camila tiene 5 años. No sabe quién es el padre, aunque también reconoce: “*Más o menos algo sé de las últimas personas que anduve. Pero no puedo decir seguro que sí, este es esta persona*”. Hoy convive con una pareja en la casa de él, en la misma cuadra en la que vive su mamá. Cuenta que es mayor que ella y tiene dos hijos con los que conviven.

Me cuenta que hizo la escuela primaria y empezó la secundaria, pero dejó en segundo año. Después se anotó en cursos de capacitación laboral y oficio, pero no tuvo continuidad. Hoy atiende una verdulería que “le puso” su *marido*²⁷ y es ama de casa. Según cuenta, él no trabaja.

²⁵ Ver Introducción.

²⁶ En el patio de la institución hay una edificación que pertenecía a lo que fue el Centro de Salud antes de que se construyera el edificio actual. Allí se desarrollan algunos talleres culturales y el “roperito” donde guardan ropa en donación. También es un espacio donde la trabajadora social atiende regularmente.

²⁷ No están casadxs, pero así es como nombra a su pareja. Esta denominación se repite en la mayoría de los relatos de las jóvenes.

IV.1.2. Celina

A Celina no la conocía previamente. Cuando la trabajadora social la ve en la Administración se acerca y después de saludarla y preguntarle cómo estaba, le comenta acerca de mi trabajo. Yo esperaba en la cocina del Centro de Salud. Al preguntarle si podía entrevistarla dijo enseguida que sí. En ese momento me acerco, me presento y le propongo que vayamos juntas al edificio viejo. Una vez allí entramos en confianza rápidamente y la charla fue muy fluida desde el comienzo.

Celina tiene 22 años, nació y se crió en el barrio Plata y aún vive allí. Me cuenta que antes vivió “*de casa en casa*”. Primero con su mamá y sus seis hermanxs (todxs son hijxs de padres diferentes), después cuenta que fueron abandonadxs por su mamá “*en la casa de una familia que no conocíamos, donde fuimos realmente maltratados*”. Al tiempo volvieron con su mamá y su padrastro hasta que ella se fue a vivir a la casa de una tía, hasta los 15 años. A los 16 quiso volver con su mamá y en ese momento conoció a Darío, su actual pareja y padre de sus hijos. Cuenta que él la ayudaba con su familia y que se fueron a vivir juntxs “*al toque*”.

Celina define su vida como “*un quilombo*”, “*una vida difícil*” y expresa: “*Siempre tuve que pensar si le faltaba para comer a mis hermanos*”. Teniendo 7 años, me cuenta que iba a la escuela por la mañana y a la tarde salían a trabajar con el *carro*²⁸ junto a su padrastro y su hermano. Así terminó la escuela primaria. Después, cuando conoció a Darío y quedó embarazada, dejó de estudiar (no empezó el secundario).

A los 16 años Celina tuvo su primer embarazo y hoy es madre de dos varones, uno de 6 años y otro de 1 año y 6 meses. Actualmente convive junto a sus hijos y su *marido*, quien construyó una casa para ellxs en un terreno separado de sus familias anteriores. Me cuenta que ella es ama de casa y él trabaja de ayudante de albañil.

IV.1.3. Carina

A Carina la contactó la trabajadora social cuando estaba en la sala de espera junto a su hijo de 1 año. Había traído a Francisco a la guardia por broncoespasmos. Una vez que las enfermeras lo atendieron, se acercaron a la Administración (donde yo estaba esperándolxs) y nos fuimos lxs tres al Centro de Salud viejo. Con ella costó un poco más entrar en confianza,

²⁸ El carro es el instrumento de trabajo para salir a recolectar materiales reciclables y todo aquello que se encuentre en la calle o en establecimientos, y que sea de utilidad para venderse o consumir.

pero ya avanzada la charla nos fuimos soltando. Francisco estuvo un rato en sus brazos y después lo dejó en el coche, donde durmió un buen rato.

Carina tiene 15 años y vive en “Mangrullo” desde que nació. Me cuenta que antes vivía con su familia hasta que se fue a vivir con el padre de Francisco, a la casa de él, donde también vivía la mamá. Allí estuvo hasta los dos meses de embarazo, momento en que decide irse y volver a Mangrullito, junto a su hermano y su cuñada (y amiga) a la casa que era de su mamá, quien falleció hace 2 años. Después ellxs se fueron a vivir a otro lugar. En relación al resto de su familia, Carina cuenta que su hermano más chico vive con su abuela y su papá, pero que el papá a veces se va con la pareja, aunque ahora se separó. Su hermana vive con otra abuela, junto a sus tíxs y primxs. Viven todxs cerca, remarca. También menciona a dos hermanos que viven con sus parejas, uno en Tablada y otro por Lamadrid.

Carina terminó los estudios primarios en la Escuela “Raúl Domínguez” y empezó la secundaria pero dejó antes de terminar el primer año, en Mayo del año pasado. Según cuenta, no pudo seguir. Hoy vive junto a su hijo y trabaja revendiendo por el barrio artículos para la casa como ollas, tupperes, sábanas, entre otras.

IV.1.4. *María*

María estaba en la sala de espera junto a Kevin (su pareja) y a Morena (la hija de ambxs), quien tiene 10 meses. Nos acercamos junto con la trabajadora social para contarle acerca de mi trabajo y no tuvo inconveniente en que hagamos la entrevista. Esperamos a que Morena sea atendida en enfermería, ya que amaneció con un sarpullido en la nuca. Esta vez fuimos a un consultorio que estaba desocupado. Kevin entró y se sentó junto a María y cuando les pregunto si podía entrevistarla solo a ella, él insiste en quedarse y María me dice que se podía quedar. Le cuento sobre mi trabajo y le explico la importancia de que podamos estar “a solas”. Finalmente Kevin se retira pero interrumpe en varias ocasiones. Durante la entrevista Morena estuvo en brazos de María, explorando lo que tuviera adelante hasta que le dimos algunos objetos del consultorio para que juegue.

María tiene 15 años y nació en Molino Blanco, al sur de Rosario. Ahí vivía con su mamá, su papá y sus cuatro hermanas. Después se fueron a vivir al barrio Las Flores con sus hermanas y su papá, ya que ahí su papá “*tenía otra mujer*”, con la que tuvo una nena y un varón. Por un tiempo convivieron junto a su *madrastra* hasta que el papá se separó porque ella les pegaba, a María y a sus hermanxs.

Actualmente su mamá y su papá viven juntxs nuevamente en la vecina ciudad de Gálvez. María dice que “*Ellos son pobres. Bah, salen con el carrito*”. De sus hermanas, cuenta que las dos más grandes viven con el *marido* y sus hijxs, y la que les sigue vive con la tía. Por último, y completando su mapa familiar, María cuenta que tiene otra hermana que está desaparecida “*hace una re banda*”. La han buscado pero no la encuentran y María cuenta que un *vidente* le dijo que está en un pueblo con un “*muchacho que no era de su edad pero que la tenía bien*”.

María no terminó la escuela primaria. Fue hasta séptimo grado y dejó cuando lo conoció a Kevin (que hoy tiene 21 años) y quedó embarazada de Morena. Hace un año se *juntaron*²⁹, ella se mudó a La Cariñosa y conviven allí con la mamá de él. Me cuenta que hace poco despidieron a Kevin de su trabajo, estaba haciendo zanjeo para una empresa en la calle Mendoza. Hoy trabajan juntxs, salen en dos bicis a cirujear, a buscar cartones y chatarra para vender. En una la llevan a Morena (en el canasto) y en la otra atan el carro.

IV.1.5. Natalia

Natalia estaba esperando para ser atendida en la Administración del Centro de Salud y la trabajadora social me presentó para que le cuente de qué se trataba mi trabajo. Estaba con Melani, su hija de 2 años, y no tuvo problema en que conversemos. Mientras Melani jugaba, nosotras realizamos la entrevista en el Centro de salud viejo, en la que se dio mucha confianza para charlar desde el comienzo.

Natalia tiene 22 años y vive en la villa La Cariñosa desde que nació. En ese momento vivía con su papá, su mamá y sus seis hermanos. Me cuenta que su papá era camionero y falleció cuando ella tenía 6 años. Su mamá era a quien había que “*hacerle caso*”. Además de sus hermanos varones, tiene una hermana - la más grande - que está *juntada* hace tiempo y es la que vive más lejos de la familia.

Natalia terminó la primaria en la Escuela “Julio Bello” y empezó la secundaria en el turno noche pero dejó enseguida. Me cuenta que estuvo trabajando en una casa particular, limpiando, pero hace un mes que no la llaman más. Por lo que la trabajadora social le había ofrecido que empiece un curso de gastronomía en el programa Nueva Oportunidad. Comenzaba el día siguiente a la entrevista.

Natalia es madre de dos hijxs, Melani y Brian, que ya tiene 5 años. Su primer embarazo fue a los 17. Me cuenta que convivió con los padres de sus hijxs, pero se separó

²⁹ Término con el que se refieren a la convivencia.

porque los dos le pegaban. Primero se alejó del papá de Brian y se fue a vivir con su mamá. Después conoció al papá de Melani y se fueron a vivir juntos a la ciudad de San Justo (Santa Fe). Estando allá lo denunció después de que le pegara, pasó algunas noches en un hogar con sus hijos y apenas pudo - con ayuda de un grupo de mujeres - pudo volver a La Cariñosa. Hace 2 años que está viviendo con Brian y Melani en una casa que, según cuenta, la compró el papá de Melani cuando ella quedó embarazada.

IV.2. Trayectoria escolar.

Analizar los recorridos escolares de las jóvenes entrevistadas me lleva necesariamente a pensar en la contención que brinda el sistema escolar a quienes experimentan un embarazo y ejercen la maternidad. Es sabido que la deserción escolar es un problema de envergadura que responde a causales múltiples que exceden la finalidad de mi trabajo. Me interesa destacar aquí las dificultades con la que se encuentran estas jóvenes para dar continuidad a sus estudios y la vinculación que esto tiene con sus maternidades.

En general, puede decirse que en algún momento de sus vidas quedan excluidas del sistema escolar. Las jóvenes entrevistadas tienen actualmente entre 15 y 24 años y ninguna forma parte del sistema educativo formal. Más allá de la diversidad que encuentro en sus relatos, incluso más allá de las marcas memorables que la escuela ha dejado en sus vidas (como en el caso de Celina, quien recuerda su viaje de egresados a Córdoba como una “*experiencia inexplicable*”), el itinerario de deserción no se modifica, constituyendo un denominador común en sus trayectorias.

De las cinco entrevistadas, cuatro refieren haber terminado el nivel escolar primario y sólo dos haber empezado el secundario, abandonando una en primer año y otra en segundo. En el caso de tres de las cinco jóvenes, el abandono escolar coincide temporalmente con el momento en que se *juntan* con una pareja y/o quedan embarazadas. Así lo expresa María:

“Estudiaba. Hasta los 13 años que ya antes que me junte con él (con Kevin) iba a la escuela yo. Pero después cuando me junté con él y quedé embarazada no fui más a la escuela.”

Por su parte, Daiana y Natalia refieren haber abandonado la escuela antes y lo vinculan al momento de la adolescencia en que comienzan a salir de *joda*. Esto da cuenta que no es solo por la maternidad, sino que existen otras razones por las cuales las jóvenes “entran

y salen” del sistema escolar, y en su mayoría no regresan. Otro de los motivos por el que refieren no haber retomado sus estudios se vincula a que no tienen con quién dejar a sus hijxs o porque priorizan el trabajo, como es el caso de Daiana.

En el relato de Celina puede verse que la llegada de su primer hijo supuso la interrupción de su trayectoria escolar:

“Cuando yo termino (la primaria), o sea, como te dije, mi vida es un quilombo. (...) Si yo terminé la primaria fue porque estuve viviendo con una tía que era muy exigente. Viste como que después en la adolescencia que te agarra la locura, te querés ir. Así, del encierro y todo eso. Y al final de cuenta, después con el tiempo, como que me arrepentí digamos, porque... o sea, no de mis hijos, porque a mis hijos los amo con locura y nunca me voy a arrepentir de ellos. Pero viste cuando vos decís “¿por qué no me quedé donde estaba?”. Quizás tendría otra vida.”

Su relato coincide con lo que sostiene Ramírez (2013), en relación a que: “En algunas ocasiones el acceso a la escuela es visto como un castigo durante la adolescencia pero expresa “la oportunidad para forjar un futuro”” (2013: 77). En tal sentido, en el relato de Celina aparece una valoración positiva de la educación, en tanto considera que le hubiese dado la posibilidad de tener “otra vida”. Algo similar puede verse en los relatos de Natalia y Daiana:

“Mi mamá decía que teníamos que terminar la escuela, que teníamos que hacer las cosas bien porque ella no pudo ir a la escuela. Ni empezar la escuela porque la mamá que la crió a ella no la dejaba. (...) Quiero terminar, más porque no se puede buscar trabajo, nada.” (Natalia)

“Tengo ganas de hacer algo porque a mi hija le quiero dar lo mejor, pero no sé, estoy como insegura. Las ganas las tengo de, qué se yo, de empezar la escuela (...). Me gustaría estudiar para llegar a algo.” (Daiana)

Así, en sus relatos, la educación es valorada positivamente, al ser considerada como la posibilidad para acceder a una mejora en sus vidas, ya sea para encontrar un buen trabajo, para “darle lo mejor” a sus hijxs, para “llegar a algo” o para “hacer las cosas bien”.

Otro aspecto a considerar a la hora de pensar en la trayectoria escolar de las jóvenes, tiene que ver con las redes de cuidado con las que cuentan, para poder dedicar el tiempo y la energía necesaria al cursado y al estudio. En el caso de Carina y Natalia, la maternidad significó una limitación para retomar sus estudios:

“Hice la primaria acá en la Raúl Domínguez. Y después hice un año... bah, dejé antes del año en la 350. No la terminé, porque no pude terminar. (...) Iba a empezar este año pero no tenía quién lo cuide a él, porque toda mi familia trabaja.” (Carina)

“El año que viene ya me anoto para terminarla (la secundaria). Porque como ella es chiquitita y tengo al otro nene que es chiquitito también, por eso no terminaba.” (Natalia)

Así, los motivos de deserción escolar de las jóvenes son múltiples. En primer lugar, pueden encontrarse en un sistema educativo excluyente, que no cuenta con los recursos y las capacidades suficientes para contener procesos de cambios significativos en la vida de jóvenes que son madres en edad escolar. En segundo lugar, no existe institución en el barrio, ni las escuelas ni ninguna otra, que brinde espacios de cuidado de niñxs, ya sean guarderías u otros dispositivos. Ante esta realidad, las jóvenes deben afrontar la crianza y el cuidado de lxs niñxs en un contexto de ausencia casi total de otras opciones para ellas, abandonando la escuela. Es necesario tener en cuenta que, ante la llegada de sus hijxs, sus vidas cambian por completo en tanto asumen el mayor caudal de responsabilidad en el cuidado y la crianza de lxs mismxs, y sólo algunas cuentan con apoyo en el entorno familiar y social³⁰.

Por último, me interesa resaltar que la educación forma parte de un horizonte posible para ellas, en tanto la mayoría de las jóvenes (a excepción de María que prefiere trabajar) expresó su deseo por retomar los estudios. En sus relatos es posible evidenciar que la educación guarda un valor de importancia para ellas, dado que depositan allí la posibilidad de adquirir herramientas que les permitiría forjar un mejor futuro para sus vidas.

IV.3. Trayectoria laboral.

La trayectoria laboral de las jóvenes puede analizarse a partir de considerar tres aspectos: las experiencias de trabajo durante la infancia, la situación laboral actual y la valoración que hacen del trabajo a futuro. Antes de adentrarme en sus relatos, considero pertinente recuperar la propuesta de Benassi (2017) en torno a los procesos más globales que reestructuraron el mercado de trabajo, en tanto contextualización necesaria para situar la experiencia singular de las jóvenes.

De acuerdo con la autora, es posible afirmar que los fenómenos de desempleo, informalidad y precariedad laboral que atraviesan la vida de lxs jóvenes, no tienen que ver

³⁰ Sobre este punto me explayaré en el eje acerca de la Responsabilidad en los cuidados.

con los esfuerzos individuales realizados, sino que se trata de un fenómeno global producido tras una serie de reconfiguraciones en el capitalismo mundial. El sector joven, según el estudio de la autora, es el más afectado por dicha reestructuración, agravándose en contextos de segregación urbana y más aún para las “mujeres urbanas de menos recursos” (Benassi, 2017: 59).

En su trabajo con jóvenes del barrio Las Flores Sur de la ciudad de Rosario, la autora se pregunta acerca del vínculo que mantienen con el trabajo y el sentido que tiene para ellxs. Si bien excede los objetivos de mi trabajo analizar en profundidad esta cuestión, me interesa resaltar el enfoque desde el cual lo observa:

“... si uno se pregunta únicamente por el trabajo formal o el empleo, entendido como el conjunto de “actividades laborales, remuneradas a través de un salario y que se realizan de manera sistemática y regular”, posiblemente no encuentre nada parecido a ello en las trayectorias vitales de las familias de sectores populares. Y esto implicaría, a su vez, el riesgo de anular la posibilidad de analizar cómo significan y consideran el cúmulo de actividades diversas que efectivamente realizan para la subsistencia. Entiendo, entonces, que el trabajo se legitima en las experiencias vitales de estos jóvenes en tanto está asociado a valoraciones morales y no tanto a sus inserciones precarias e intermitentes en el mercado formal.” (2017: 70)

De acuerdo con esta perspectiva, si tomamos en cuenta los horizontes de lo posible, no se puede desvincular la trayectoria laboral de las jóvenes entrevistadas de las condiciones estructurales en que se reproduce su cotidianeidad. Y esto no puede ir en detrimento del valor que para ellas tiene el trabajo.

Ahora sí, tomando los relatos de las jóvenes, es posible observar que ninguna está - ni estuvo nunca - inserta en el mercado formal de trabajo. Más bien relatan trayectorias atravesadas por la precariedad y la informalidad, a la vez que circunscriptas al ámbito doméstico. Esto último más vinculado a su condición de mujeres en el marco de un sistema que además de capitalista es patriarcal.

Con excepción de Carina, las jóvenes refieren haber trabajado siendo niñas, manteniendo sus estudios primarios en simultáneo. Las tareas que desarrollaban estaban asociadas a “*lo cotidiano que se llama*”³¹: limpiar la casa (propia y ajena), hacer los mandados, cuidar a sus sobrinxs, lavar ropa. Sus experiencias laborales durante la infancia estuvieron asociadas a un aprendizaje de género vinculado a ser “*amas de casa*”³². Cabe

³¹ Cita de la entrevista a Daiana.

³² Cita de la entrevista a María.

aclarar que en algunos casos mencionan el trabajo de *ama de casa* como tal, y en otros realizan una divisoria entre las tareas domésticas y el “trabajo” propiamente dicho, el cual estaría ubicado en toda actividad que genere un ingreso realizada fuera del hogar.

En el caso de Celina y María, además de cumplir con tareas domésticas, refieren haber trabajado *en la calle*:

“... yo trabajé mucho tiempo en la calle con mi hermano más grande y mi viejo. Siempre salíamos a pedir a la calle, a pedir a las panaderías y cosas así, a donde sea para darle de comer a los más chicos.” (Celina)

“Salíamos con un carrito enganchado en la moto y con eso, lo que hacíamos, comíamos. Mi papá sacaba fiado en un kiosco que nos daban a nosotros comida y gaseosas, todo así. Y después con lo que hacíamos lo pagábamos y seguíamos sacando (...) Juntábamos en bolsones los cartones y las chatarras aparte y los fines de semana lo vendíamos a una chatarrería que compraban (...) Mi mamá salía a trabajar con mi papá. Porque ella no trabajaba. Trabajaba a veces en mi casa, era ama de casa. Limpiaba, todo. Y cuando mi mamá salía... porque nos turnábamos nosotros. Porque cuando yo salía con mi papá a trabajar, ella se quedaba a limpiar y cuando yo me quedaba en mi casa, mi mamá salía a trabajar y yo me quedaba limpiando.” (María)

En sus relatos se hace evidente que han transitado su niñez teniendo que asumir responsabilidades significativas a temprana edad, lo cual se reitera en otros aspectos de sus vidas.

Actualmente, las jóvenes realizan diversas actividades para sostenerse económicamente. Entre ellas se encuentran atendiendo una verdulería (Daiana), cocinando y vendiendo de manera esporádica pasta frola y rosquitas en parques (Celina), cirujeando en la calle (María) y comprando y revendiendo artículos para el hogar (Carina). Natalia no tiene trabajo, ya que hace un mes dejaron de llamarla de la casa a la que iba a limpiar porque su patrona se quedó sin trabajo y sólo va de vez en cuando, cuando la llaman. Cabe considerar que este “cúmulo de actividades diversas que efectivamente realizan para la subsistencia” (Benassi, 2017: 70) se complementa con la realización de tareas domésticas, trabajando en paralelo como *amas de casa*.

Tal como se observa en sus narraciones, sus posibilidades laborales son (además de reducidas) informales, inestables y precarias. Y si a eso le sumamos la desvinculación de los padres de sus hijxs³³ y la carga de responsabilidad que tienen a sus espaldas, no sorprende que se genere una dependencia económica vital. En relación a esta cuestión, Genolet et al. (2010)

³³ Cuestión que será retomada en el apartado acerca de Relaciones sociales y Responsabilidad en el cuidado.

sostienen que, entre las consecuencias de la maternidad adolescente, se encuentran las “dificultades para independizarse económicamente: quedando expuestas a la posibilidad de que las exploten o que deban continuar dependiendo total o parcialmente del núcleo familiar con todas sus consecuencias” (2010: 84). Lo cual puede suponer una reducción de sus posibilidades de autonomía.

La crianza, el cuidado y la manutención de un hogar supone contar con recursos materiales y económicos concretos (Genolet et al. 2010) y si bien no fue un tema del que las jóvenes hicieron referencia explícita en las entrevistas, a grandes rasgos, puedo inferir que la fuente principal de obtención de recursos para la subsistencia no proviene del trabajo “formal”. Es probable que el mayor caudal de recursos económicos que necesite cada joven provenga de sus familiares (sus padres y madres sobre todo) - en general, también pobres - y del acceso a derechos humanos básicos, como la Asignación Universal por Hijo, a través de la intervención estatal. Sólo algunas de ellas refieren recibir cuota alimentaria de los padres de sus hijxs o haber participado del programa de capacitación laboral Nueva Oportunidad, por el cual obtienen una beca en dinero mensual.

Es evidente que las jóvenes se sostienen en estrategias múltiples para conseguir los recursos necesarios para satisfacer necesidades básicas, lo cual supone un esfuerzo significativo en tanto deben mantener estas redes de vinculación comerciales (en las actividades laborales mencionadas anteriormente), institucionales (ante las instituciones estatales que proveen recursos), y personales (ante sus parejas o padres de sus hijxs y familiares). Si bien dichas redes no se sostienen con la misma sistematicidad que un trabajo estable, significa un cálculo cotidiano que genera desgaste subjetivo en tanto supone sostener relaciones, buenos tratos, cumplir con plazos y requerimientos, a cambio de obtener lo mínimo para subsistir.

Por último, me interesa recuperar la valoración y proyección a futuro que las jóvenes tienen respecto del trabajo. En todos los casos se observa que depositan expectativas de cambio en la posibilidad de lograr una mejor inserción laboral. El trabajo opera como horizonte para acceder a recursos que le permitan mejorar las limitaciones materiales que experimentan en lo cotidiano. Al respecto, las jóvenes expresan lo siguiente:

“... mi mamá sabe algo de panificación. (...) me gustaría poner algo con mi mamá, qué se yo, para ganar plata.” (Daiana)

“Me gustaría aprender algún curso de pastelería, de comida salada, así. Me re gustaría. Te digo, me encantaría, porque me gusta. Yo hubo un

tiempo que estuve haciendo pasta frola y rosquitas para vender, como para ayudarlo a mi marido viste (...), pero tengo un nene muy chiquito, tiene 1 año y 6 meses y viste que por ahí no podés, se te complica.” (Celina)

“Con Kevin queríamos hacer plata, así, queríamos comprar un ranchito. (...) Quiero conseguir un trabajito pero de ama de casa porque yo cuando era chiquita a veces iba de una vecina y yo le limpiaba la casa y ella me pagaba. Y quiero empezar a hacer, así como yo hacía antes, que trabajaba pero de ama de casa.” (María)

“Siempre quise ser gendarme yo. Hasta ahora.” (Carina)

De sus relatos se desprende que tienen puesto en el trabajo una perspectiva en relación a su futuro, y también subyacen las limitaciones que experimentan. De acuerdo a lo que expresa Genolet et al. (2010), puede decirse que las jóvenes tienen una visión realista y no demasiado ambiciosa de sus horizontes y aspiraciones laborales. Lo cual da cuenta de que “tienen claridad sobre los límites que sus condiciones concretas les imponen” (2010: 98). Esto puede evidenciarse en la restricción de tiempo disponible para dedicarle al trabajo (dado que el cuidado de sus hijxs ocupa gran parte de su cotidianidad) y en las posibilidades laborales acotadas a las que hacen referencia (hacer un curso, conseguir un “trabajito”). No aparece en sus relatos ninguna referencia a desarrollos laborales, profesionales y/o vocacionales que requieran de una planificación y/o una formación a largo plazo. Carina es la única que expresa un anhelo vocacional, “*ser gendarme*”, pero sin que esa proyección tenga carnadura.

En todo caso, trabajar para ellas significa la posibilidad de *ganar o hacer plata*, lo cual da cuenta del valor que le otorgan a poder mejorar las condiciones materiales en que viven y contar con recursos económicos para ello. Mejorar sus casas o acceder a un “*ranchito*” propio, poder comprarles “cosas” a sus hijxs, son ejemplos de ello. Por otra parte, el trabajo aparece como posibilidad de realizar alguna actividad para “*aprender*” algo que “*les guste*”. De lo cual se desprende que le adjudican un valor en tanto herramienta para desarrollarse por placer, a través del aprendizaje y más allá de lo económico.

IV.4. Relaciones sociales.

Dentro de este subtítulo agrupo todos aquellos vínculos que las jóvenes reconocen como parte de su entorno cercano y que ejercieron o ejercen influencia sobre ellas. En sus narraciones aparecen alusiones permanentes a sus vínculos sociales, sean estos de amistad, familiares, de pareja, etc. Me interesa destacar cómo estos vínculos son valorados por las

jóvenes y cómo se van construyendo y tomando decisiones en reflejo o en oposición a ellos. La interrelación que existe entre éstos y sus experiencias de maternidad es de suma importancia para mi trabajo, en tanto las personas de su entorno son parte del trazado de sus trayectorias, influyen concretamente en sus experiencias y han permeado las mismas de distintas maneras.

Tal como mencioné anteriormente, no es posible establecer generalizaciones que den homogeneidad a sus experiencias, dado que cada joven relata y valora dichos vínculos de maneras muy singulares. Sin embargo, es posible observar algunos puntos en común en los que se ponen en juego imaginarios o ideales sociales que van configurando la dimensión emocional desde la cual las jóvenes construyen sus vidas y dan sentido a sus experiencias de maternidad.

Así, tal como expuse en el capítulo anterior, la dimensión emocional cobra un lugar central para mi trabajo, dado que las múltiples vinculaciones que las jóvenes establecen con amistades, parejas y familias constituyen tramas desde las cuales se sostienen y anclan sus existencias (Cipriati, 2013). Es decir, sus experiencias de maternidad no están desvinculadas del tejido social del que forman parte. Al contrario, son parte del mismo y no es posible considerarlas de manera aislada ya que sus vínculos dan sentido a sus vidas desde una posición situada e interrelacionada.

A continuación me centraré en el análisis de las esferas vinculares íntimas de las jóvenes. Cabe mencionar que en sus narraciones no aparece ninguna alusión a redes institucionales y/o sociocomunitarias más amplias, con excepción de Natalia, quien refiere haber participado algún tiempo como colaboradora en un comedor organizado por vecinxs en la villa La Cariñosa. Es por este motivo que no las incluyo en mi trabajo.

IV.4.1. Relaciones de pareja y familia nuclear.

Opto por comenzar por el vínculo de pareja, dada la centralidad que tuvo o tiene para las propias jóvenes, ya sea en el pasado o actualmente. Para acercarme a la valoración y al significado que le otorgan a dichos vínculos, recupero el modelo de familia nuclear heterosexual como referencia - del cual hablé en el capítulo III - y los “desvíos” que las mismas fueron realizando en sus experiencias concretas. Aquí cobra importancia el cumplimiento de los roles de género tradicionales, los cuales en términos arquetípicos suponen a un varón que tiende a cumplir el rol de proveedor y de mayor autoridad, y una

mujer que asume posiciones ligadas al ámbito doméstico y de abnegación ante los deseos de su pareja. Otra dimensión a considerar tiene que ver con la influencia que ejerce en sus vidas el ideal de amor romántico.

Si bien en los relatos de las jóvenes aparecen múltiples situaciones y valoraciones, puede observarse que todas han atravesado experiencias en pareja que han tenido un significado importante en sus vidas, marcándolas de alguna forma. Lo primero que llama mi atención al analizar las entrevistas, es la edad en que tuvieron sus primeras experiencias de convivencia en pareja: tres de las jóvenes se *juntaron* entre los 14 y los 15 años y dos de ellas poco antes de los 20 años. De lo cual puede inferirse que la convivencia en pareja aparece muy tempranamente en su horizonte de posibilidades, teniendo una centralidad en lo emocional que se pondera por sobre otras experiencias y desarrollos.

El caso de Celina es quizás el que más coincide con el ideal de pareja heterosexual ligado al romanticismo del que hablé anteriormente. En su relato, ella cuenta que su actual pareja y padre de sus hijos es la primer y única persona con la que mantuvo relaciones sexuales. Celina se “*enganchó*” y lo vio como “*todo*” para ella. La centralidad que tomó en su vida su relación con Darío fue tan “*repentina*” que no recuerda cómo sucedió. Sí recuerda que en aquel momento pensaba: “*me planto acá*”, “*acá estoy bien, tranquila, estoy segura*”. En varias ocasiones enfatiza el hecho de que él trabajaba, que era “*labrador*”, evidenciándose lo que Sustas y Touris (2013) llaman “la figura del buen partido”, sostenida en el ideal del hombre proveedor y protector.

Celina atribuye la rapidez con que sucedió todo con Darío a la “*calentura de la adolescencia*”, a que “*no le importaba nada*”. La irracionalidad a la que hace alusión puede considerarse la contracara de lo que repite en varios momentos: “*fue todo tan rápido que no me acuerdo*”. En su relato se hace evidente que los tiempos en que se sucedieron los acontecimientos (incluido su embarazo) fueron marcados fundamentalmente por su pareja: “*al toque me junté con él, porque insistió tanto que nos juntamos ahí en el momento*”, “*mi mamá intentó hablar con él para empezar a cuidarme, él no quiso. Quería formar familia ya*”. Así, puede entenderse que el deseo de Celina quedó desdibujado y/o muy atado a la idea de “familia nuclear tradicional moderna como modelo de lazo familiar deseado” (Sustas y Touris, 2013: 39).

Según ella, no tuvo “*la oportunidad de tener un noviazgo que vos digas “ay sí, nos vamos a pasear”*”. *Eso no lo viví. (...) O sea, mi primera vez fue con él y todo con él, ¿me entendés? Y como que estaba enloquecida*”. Celina también cuenta que apenas lo conoció le lavaba la ropa porque era “*costumbre*” y en el cumplimiento de ese rol obtuvo la aprobación

de su suegra, quien la definió como una chica “ordenada”. Aquí se observa con claridad la legitimidad que tanto ella como su suegra le otorgan a ocupar un rol vinculado a lo doméstico en relación a su pareja, cumpliendo con atributos típicamente patriarcales.

Por otra parte, cabe mencionar que si bien el vínculo con Darío tomó una centralidad indiscutida en su vida y moldeó su proyecto de vida actual, también significó para ella la posibilidad de tener una vida distinta a la que llevaba, a la cual se refiere como “una vida difícil, una mala vida”. Así, a partir del encuentro con él fue posible para ella forjar una familia distinta a la de origen, pudiendo alejarse de situaciones angustiosas (el abandono de su madre, el maltrato que sufrió cuando vivió en una familia ajena, cargar con la responsabilidad de que llegue “el pan de cada día” a sus hermanxs, entre otras). En tal sentido, para Celina en su vida “empezó todo con él”.

Encuentro algunos puntos en común en la experiencia de María. Si bien ella no se explaya como Celina respecto de lo que sintió en el momento que conoce a su actual pareja y padre de su hija, refiere haber abandonado la escuela en ese momento y haberse *juntado* enseguida, mudándose a otro barrio lejos de su familia de origen. De lo que puede interpretarse que la decisión fue tomada al poner en el centro de su vida la apuesta a un proyecto en pareja y a la formación de una nueva familia. En su caso, ella cuenta que su embarazo fue una decisión que tomaron junto a Kevin y los tiempos parecen aquí ser más compartidos que en el caso de Celina.

Es posible afirmar que tanto María como Celina mantienen actualmente un vínculo de compañerismo con sus parejas. Sin embargo, en ambas situaciones el deseo de ellos emerge más claramente que el de ellas, teniendo un peso decisorio para las jóvenes. En el caso de María, esto se ve cuando cuenta que a futuro piensan tener otro hijo con Kevin: “... él quería tener un varón y cuando tenga más grandecita la edad de ella vamos a ver si buscamos el varón, porque él quería tener un varón”. María percibió que Kevin no había quedado “conforme” cuando supo que su hija tenía genitalidad femenina, “se puso “ah”, como diciendo “bueno, ya está””.

En el polo opuesto del romanticismo está Natalia, quien se separó de sus (ex) parejas y padres de sus hijxs porque le pegaban. Ella cuenta que le gusta estar sola y asocia estos vínculos a que “tenés que hacer lo que ellos te dicen o tenés que estar siempre pendiente de lo que necesitan ellos para estar conformes con ellos”. Natalia me cuenta los sucesos de violencia que vivió en primera persona y también menciona que muchas de sus amigas son golpeadas por sus *maridos*. Según relata, las golpean muy duramente (incluso estando embarazadas) y ella considera que luego de separarse vuelven con ellos por miedo y porque

no quieren estar solas. Natalia tiene una visión contundente al respecto y las aconseja: *“Yo no sé cómo podés estar con una persona que en dos segundos te puede matar. Porque en dos segundos te matan. No hay que perdonar, porque vos tenés que pensar también en tus hijos”*. En su caso, el bienestar de sus hijxs y su propia integridad fueron el motivo de separación e incluso de denuncia legal a uno de ellos.

Otro aspecto a considerar es la presión que ejerce el entorno de las jóvenes en relación a los mandatos e imaginarios acerca de “estar en pareja” y ser “madre sola”. Esto aparece en el relato de Natalia, cuando cuenta que su mamá le insiste en que “se busque a alguien”, refiriéndose a una pareja heterosexual, a un padre para sus hijxs. Ella es tajante y dice que no. También se observa el estigma que supone ser madre y no estar “en pareja” cuando cuenta que el padre de su hija le decía, previo a separarse: *“¿quién te va a querer a vos con un hijo?”*. A pesar de esto, Natalia remarca que hoy está bien con sus hijxs y que quiere estar “sola”. Es interesante observar la asociación que establece entre la “soledad” y “no tener pareja”, en tanto la compañía y el sostén que pueden conferir otros vínculos sociales con los que efectivamente cuenta, parecerían no modificar esta percepción.

Daiana, por su parte, podría encontrarse en una especie de “punto medio” de las situaciones anteriores. En su caso, ella no sabe quién es el padre de su hija, ya que mantuvo distintos encuentros sexuales y nunca pudo reconstruir a quien correspondía la paternidad. Actualmente está conviviendo con una pareja heterosexual que es mayor que ella y cuenta que no sabe si quiere continuar en dicha relación. Si bien durante la entrevista manifiesta contar con el apoyo de su *marido*, en varias ocasiones expresa que se siente insegura y cansada. No se expone en los motivos, sólo menciona que está acostumbrada a estar siempre con alguien y que con él a veces “queda sola” y no siente *“el cariño que sentía con mi familia”*. Por este motivo refiere que *“cada dos por tres me agarra la locura, agarro mis cosas y me voy”*.

Más avanzada la charla, Daiana logra expresar que está insegura porque su pareja quiere *“tener un bebé”* y ella no. En su relato se evidencian las tensiones que para las jóvenes representa la idea de pensar en otra posible maternidad. Por un lado, expresa que en realidad quiere, *“porque quiero ser mamá”*, pero por otro no, porque su mamá le dice que no, que *“cómo vas a tener un hijo con ese tipo”*. En medio de este “tironeo”, Daiana no logra dilucidar cuál es su deseo al respecto, *“como que estoy trastornada”*, dice. Luego le cuenta que quiso empezar la psicóloga para *“que me ordene la cabeza”*, reconociendo la confusión.

Aquí puede verse el alto nivel de presión que ejerce el entorno en relación al deseo de Daiana y su dependencia respecto de las opiniones de los demás. La influencia psíquica que ejercen los demás en relación a su maternidad y a su deseo al respecto, le impide “hacer pie”

en una perspectiva y determinación propia de la situación. Cabe destacar que en reiteradas ocasiones ella expresa sentimientos de confusión y de una angustia a la que ella no logra dar razones. Lo cual podría considerarse desde lo que plantean Genolet et al. (2010) en relación a que la “relación dependiente de las mujeres con otro, implica indefensión en la propia vida, ya que sus tiempos y necesidades son marcados por otros” (2010: 92).

En el relato de Carina hay una valoración similar a la de Natalia, en relación al vínculo de pareja experimentado con el padre de su hijo. También asocia “la pareja” con que “la manden”, y eso no le gusta. Cuenta que su ex pareja le decía “*vos no podés salir a este lado*”, “*no vas a salir*”, dando cuenta de la posición de autoridad que pretende ocupar el varón. También emerge en su relato un sentimiento de “posesión” de la otra persona, a la que se le “prohíbe” o se le “autorizan” ciertas cosas. En su caso, Carina reconoce haber sido parte de esta lógica y cuenta: “*como yo no lo dejaba salir a él, él no me dejaba*”. Así, es posible observar que la “posesividad” del otro u otra no fue unidireccional, sino que respondió a un imaginario compartido por lxs integrantes de la pareja.

Es interesante observar que dicho imaginario no permanece inmóvil, sino que a partir de la propia experiencia Carina reflexiona sobre ello, aunque su valoración respecto de “estar en pareja” no cambie. Hoy prefiere mantener encuentros “casuales”, pero sin involucrarse demasiado y expresa: “*No me gusta a mí que me manden o que me digan algo. (...) A mí me gusta estar sola*”.

De lo referido en sus relatos, tal como señalé al comienzo, puede decirse que dichos vínculos han marcado de manera significativa sus vidas. Si bien las valoraciones son diversas (positivas, confusas y/o negativas), el atravesamiento emocional es claro y ha moldeado la situación en la que hoy se encuentran.

Si bien algunas de ellas mantienen posiciones tradicionales dentro de la pareja, fuertemente ligadas a un imaginario patriarcal, esto encuentra una vía de escape y las propias jóvenes lo resignifican, en tanto encuentran allí una pertenencia que les permitió tomar distancia de situaciones penosas y/o inestables en sus familias de origen. A su vez, en estos casos significó para ellas la posibilidad de forjar un proyecto propio de vida en familia. En otras palabras, puede decirse que la construcción de una vida en pareja aparece para algunas de las jóvenes como un *refugio*, un ancla, un lugar al que pertenecen y desde el cual construyen una “proyección de vida posible” (Sustas y Touris, 2013).

Para otras, en cambio, estar en soledad constituye una opción válida y deseada. Tras atravesar experiencias de violencia y de limitaciones por parte de sus parejas, estas terminan por ser valoradas negativamente y el “desvío” que encontraron tuvo que ver con priorizarse a

ellas mismas y cuidar de sus hijxs. En estos casos, las jóvenes antepusieron su propia integridad y la de sus hijxs, cuestionando las posiciones de poder que pretenden ocupar los varones y desafiando los mandatos tradicionales vinculados al amor romántico y al lugar que le es asignado en estos vínculos, aun cuando su rol como cuidadoras principales no se modifica.

IV.4.2. Las madres.

En general, se observa que las madres de las jóvenes mantienen una presencia significativa en sus vidas, ocupando un rol fundamentalmente de alianza con las mismas, aunque no en todos los casos sucede de esta manera.

En el relato de Natalia y Daiana, sus madres aparecen narradas en varios momentos cuando comienzan diciendo *“es como yo le decía a mi mamá”*, antes de dar alguna opinión. Es posible observar que constituyen para ellas uno de los principales sostenes en los que se apoyan cotidianamente. Esto se torna explícito cuando Natalia dice: *“cuando ella me necesita yo siempre estoy y cuando yo la necesito a veces ella puede estar”*. Natalia es contemplativa de la edad de su madre y por eso prefiere no sobrecargarla con sus cosas. En ambos casos, las madres se erigen como figuras de referencia a quienes las jóvenes acuden, ya sea para compartir alguna vivencia o para buscar apoyo ante alguna decisión que deban tomar. En este sentido, puede verse que depositan confianza en ellas y las legitiman como autoridad, más que a sus padres.

Aquí encuentro una diferencia con Daiana, ya que en el vínculo con su madre, además de apoyo, se observa una dependencia fuerte y más compleja. Además de la situación en la que su madre la presiona para que no tenga un hijx con su pareja actual, Daiana relata lo siguiente: *“Hace poquito me hicieron abortar, de esta pareja que yo estuve. Mi mamá me hizo abortar. Yo lo hubiese tenido”*. De su relato puede interpretarse que la autoridad que su madre ejerce sobre ella no se sustenta en una capacidad persuasiva y en la confianza que Daiana pueda depositar en su criterio. Más bien, puede decirse que se trata de una autoridad que traspasa el límite de autodeterminación de Daiana.

A su vez, en el relato de las tres jóvenes aparecen sus madres cumpliendo el rol de “consejeras”. Estos consejos aparecen vinculados a la crianza de lxs hijxs y también al comportamiento de las jóvenes:

“Siempre mi mamá me dio consejos, de que cuide a mi hija. Siempre me aconsejó de todo, cómo cuidarla, que hay que hablarla, no pegarle.” (Daiana)

“Por ahí me angustiaba mucho y me brotaba y yo lloraba de la nada. No sé, pero estoy así sensible en el sentido de que de la nada ponele estoy sentada y lloro. Eso me dijo mi mamá, tenés que ir a charlar con la psicóloga porque no puede ser que no llores por nada” (Daiana)

“Es como me decía mi mamá, “vos no vas a pensar en...”. Y no. Cuando tenés un hijo cambia todo” (Natalia)

En el caso de María y de Carina, no se observan una presencia significativa de sus madres. La madre de Carina falleció hace dos años y casi no la menciona durante la entrevista, sólo cuenta que se llevaban “*más o menos*”. María, por su parte, comenta que cada tanto la va a visitar, pero no encuentro en su relato una influencia significativa, en tanto alguien con quien compartir sus vivencias.

Por último, el vínculo de Celina con su madre es el que más se aleja de los primeros relatos. Ella considera que “*los hijos no le importan*”, dando cuenta de una disconformidad muy grande con sus valores y comportamientos:

“Cómo que mi vieja es así, “viva la pepa”. (...) como que esta etapa así de la edad mayor es como que se le volvió todo al revés, como que parece una adolescente. Ella, viste que te conté que todos mis hermanos no somos del mismo padre. Y bueno, ella le gusta así, estar con tipos diferentes. Te digo que me da vergüenza...” (Celina)

“... ella nos abandonó también, nos abandonó por un tipo. Y viste ella no lo valora. Porque nosotros le perdonamos muchas cosas. La peor fue esta de que ella nos haya abandonado en la casa de una familia que no conocíamos, que fuimos realmente maltratados. Y no lo valora. Nunca dijo “gracias”, nada.” (Celina)

Si bien no cuento con la versión de su madre, es posible inferir que se trata de una mujer a la que no le ha resultado sencilla ni armónica su maternidad, lo cual puede verse en la situación de abandono que relata Celina. A su vez, más allá de las valoraciones de Celina, es posible constatar aquí la inexistencia de aquel supuesto “instinto” o “deseo” maternal que por “naturaleza” toda mujer lleva consigo. Al contrario, se evidencia que no siempre lxs hijxs son una prioridad para las mujeres. Otra cuestión que se desprende del relato de Celina es el imaginario social que sanciona a las mujeres que no responden “adecuadamente” a su maternidad. Más allá de todo juicio de valor, se evidencia aquí una condena por abandono

mucho más dura hacia su madre que hacia su padre biológico. Sin embargo, y a pesar de todas las diferencias que Celina manifiesta tener con su madre, cabe destacar que permanecen en contacto e incluso ella ha ocupado el rol de adulta en este vínculo, prestándole alojamiento en momentos en que la madre se encontraba sin casa.

Así, es posible observar que, por adhesión u oposición, las jóvenes referencian a sus madres como quienes “marcaron” ciertos hitos en su crianza. Aquí se hacen evidentes las redes que las mujeres construyen entre sí, por herencia y afinidades (o teniendo este imaginario como base para cuestionar el comportamiento de las madres), las cuales sirven de sostén y también dan continuidad a los roles asumidos históricamente.

IV.4.3. Los padres.

En relación a sus padres, se observa que no aparecen en los relatos con el mismo protagonismo que sus madres. Si bien algunas expresan sentimientos amoroso hacia ellos, puede decirse que, tal como expresan Genolet et al. (2010), “La imagen del padre aparece en cierta forma como alejada” (2010: 93) de su cotidianeidad.

Así, las jóvenes relatan diversas situaciones. El padre de Natalia falleció cuando ella tenía 6 años, cuenta que no lo veía regularmente porque trabajaba de camionero y estaba mucho tiempo fuera de su casa. Carina, por su parte, se lleva bien con su papá, quien vive cerca de su casa y a veces le deja a su hijo un rato, pero no se explaya en relación al vínculo que mantienen. Daiana recuerda que cuando ella era chica su papá “*tomaba*” y que eso era motivo de peleas con su mamá. Pero que después él “*cambió, ya se dio cuenta de que no, que después al otro día se levantaba y se encontraba solo. Entonces ya ahora no hace eso*”. Menciona que cuando era chica pasaban tiempo con ambxs. María, en cambio, relata que cuando su madrastra les pegaba, a su papá “*no le gustaba (...), menos a mí, porque a mí me tenía un cariño, mucho*”. Y cuenta que a veces lo visita, al igual que a su mamá.

Celina es quien más se explaya acerca de la relación con su padre de crianza (no biológico), a quien se refiere de manera muy positiva. En su relato, la paternidad aparece más asociada al cumplimiento del “rol paterno”, quedando en un segundo plano la ligazón biológica. Esto puede interpretarse como una aceptación mayor a la colectivización de los cuidados y la crianza, en donde existen fronteras más laxas - en comparación con otros sectores sociales – entre quienes son progenitorxs biológicxs y quienes asumen tal

responsabilidad. Si bien Celina no mantiene un vínculo cotidiano con su padre y reconoce que hoy están distanciados, expresa lo siguiente:

“... todo mi respeto a mi viejo, a mi padrastro, porque siempre me respetó, nunca me faltó el respeto. Así... viste que ahora hay muchos casos de los padrastros que abusan de sus... bueno, no. Mi respeto siempre a él porque siempre me respetó a mí. Lo quiero, lo amo. Es mi papá. Y a mi viejo de sangre lo conozco pero no, no es lo mismo” (Celina)

Llama mi atención de su relato una cuestión que podría considerarse un “paréntesis”: la alusión a abusos sexuales. En relación a esto, recupero el aporte que realiza Genolet et al (2010) en torno a lo que consideran como una realidad oculta en nuestra cultura que es el abuso sexual y físico intrafamiliar. Las autoras plantean que existen diversos estudios que trabajan el *incesto paterno-filial*, que “hablan de las consecuencias que el mismo produce en las víctimas referidas a sentimientos de ansiedad, culpa, depresión, estado de confusión, problemas de identidad en algún momento de sus vidas” (2010: 92).

Si bien no es posible analizar esta cuestión a partir de las entrevistas realizadas, creo que, al tratarse de experiencias “ocultas”, cabe considerar las alusiones que las jóvenes hacen al respecto. Además de lo que expresa Celina, en relación a “*los padrastros que abusan de sus...*”, en el relato de Natalia reaparece esta cuestión cuando ella dice: “*hay muchas chicas que están violadas y esas cosas*”. También Daiana hace alusión a cierta desconfianza hacia los varones cuando dice: “*el consejo que me dio mi mamá es “no la dejes con hombres”*”. De lo cual puede inferirse que los abusos sexuales no son una realidad ajena a las jóvenes y que reconocen su existencia.

IV.4.4. Entorno cercano.

La influencia del entorno cercano de las jóvenes forma parte de las redes de relaciones cotidianas que afectan o ejercen influencia en sus vidas y que hablan de los imaginarios que circulan a su alrededor en torno a ellas y frente a los cuales se posicionan de diferentes maneras.

Una de las cuestiones que emerge con mayor fuerza en sus relatos, tiene que ver con diversas situaciones en las que son juzgadas por integrantes de las familias de sus parejas o ex parejas, y en las que se busca ejercer algún tipo de control sobre ellas:

“... después viste había roces con la familia. Hablaron de que mi hijo, el más grandecito, no era hijo de él. Nunca me creyeron que, digamos, mi primera vez fue con él. Pero viste, una tiene su consciencia tranquila.” (Celina)

“No me llevo muy bien (con la madre de Kevin), porque desde que yo la tuve a ella ya empezó a mandarme y a mí no me gusta. Y a mí también a veces me manda. Pero a mí no me gusta mucho porque no es mi mamá, ¿me entendés? Entonces no me llevo muy bien.” (María)

“... discutíamos con la familia de él (de su ex pareja y padre de sus hijo) y me terminaba pegando por eso. (...) porque siempre le decían cosas de mí, que yo andaba con uno, con otro.” (Natalia)

“... la abuela de él (de su hijo) me decía que ella me iba a comprar pastillas para que no lo tenga. Yo no quise que me de eso y me fui. Ya veo que me la metía en cualquier lado, algo que me dé para tomar. Porque no me quería a mí la señora.” (Carina)

De sus relatos se desprende que las jóvenes deben lidiar con críticas hacia su persona y hacia su desempeño como madres, viéndose permeadas por las opiniones que emiten en su entorno, fundamentalmente las familias de sus parejas o ex parejas. En sus narraciones toman relevancia las figuras de las *suegras*, las cuales aparecen como queriendo ejercer autoridad sobre las jóvenes, situación que ellas no legitiman e incluso rechazan. Además, emerge el imaginario machista por el cual las jóvenes son potenciales “deshonrosas” o “deshonestas”, razón por la que se refuerza la “protección” hacia los varones, para que no se vean perturbados o transformados por “malas” mujeres.

Las formas que las jóvenes encuentran para no dejarse influenciar por esto van desde el alejamiento concreto de ese entorno (como en el caso de Carina y Natalia), pasando por buscar fortaleza interna para no permearse de ciertos comentarios (como en el caso de Celina), hasta la aceptación de la tensión que les plantea (como podría entenderse en el caso de María).

En este tipo de situaciones puede verse cómo el entorno de las jóvenes ejerce presión sobre ellas y descarga una serie de exigencias que reproducen sutilmente - o no tan sutilmente - las desigualdades de género. Las jóvenes se ven exigidas por este entorno, para que cumplan con lo que “les corresponde” y si no cumplen con lo que se supone “esperable” o “apropiado” son sancionadas.

IV.4.5. *Amistades*

En términos generales, podría decirse que la amistad es un vínculo entre pares, en los que no se desarrollan posiciones de poder con la misma nitidez que en el caso de las relaciones de pareja o en relación con figuras adultas. Los tiempos y las formas que toman dichos vínculos parecen transcurrir de un modo más consensuado. Me interesa resaltar aquí, no tanto la cantidad de amistades con las que cuentan las jóvenes, sino la valoración que tienen de éstas en relación a la calidad del vínculo y al lugar que la amistad ocupa en su red de sostén cotidiana.

En el caso de Daiana y María, no aparece mención a ningún vínculo de amistad que sea significativo para ellas. Carina, por su parte, menciona que durante su infancia ha compartido momentos de juego *“con las chicas de la vuelta o de al lado de mi casa”* y que hoy se habla con *“las chicas del barrio”*, pero que no es mucho de salir, *“más que a la casa de mis parientes, después no”*. Aquí puede verse que Carina vincula las amistades a las *“salidas”* y como no suele salir, no mantiene amistades. Ella cuenta que su cuñada (la novia del hermano) antes era su amiga, que *“andaban”* juntas *“las 24hs del día”*, pero que *“ahora se volvió mi cuñada”*. Aparece así una ponderación del vínculo de parentalidad, el cual cobra un significado mayor que el de amistad para ella. O dicho de otro modo, el vínculo de pareja de su amiga con su hermano toma mayor sentido que el vínculo de amistad entre ellas.

Algo similar puede observarse en el caso de Celina, quien construyó un lazo de confianza y de amistad con su concuñada (la novia del hermano de su *marido*) pero anclado principalmente en el lazo de parentalidad:

“Como que la amistad es afuera y tu familia es adentro. Como que si vos querés tomar mate bueno, sí, pero de la puerta de mi casa para afuera. O sea, si en algún momento lo hice fue con mi concuñada, (...) con ella tenemos charla, podemos compartir mate, podemos compartir comida.”

Cuenta, además, que *“si se jode”* es con su cuñado y su concuñada y ante mi pregunta acerca de si salían en pareja, ella responde: *“Si, salida de familia digamos”*. De su relato se desprende que la familia nuclear tiene un valor prioritario, y reconoce la confianza que tiene con su concuñada, con quien puede hablar sinceramente, *“sin mentiras, sin doble cara”*, pero en el marco de la pertenencia parental. Sin embargo, más allá de la delimitación que establece Celina, expresa que con su concuñada hicieron *“un pacto de amistad, digamos, porque es una confianza que tengo con ella. O sea, no todos los días se puede juntar a tomar mate, pero*

cuando podemos nos ponemos al día”. En su relato se evidencia que si bien su cotidianidad se ancla principalmente en su familia nuclear, cuenta con este vínculo de confianza y también se apoya en él.

En el caso de Natalia, la amistad sí aparece como un sostén importante y como parte de una red significativa con la que cuenta cotidianamente. De todas, es quien más tiempo comparte con amistades, desde salidas, juntarse a comer, cuidarse mutuamente lxs hijxs cuando lo necesitan y pasear. Ella hace especial mención a una relación importante con una amiga, de mutuo compañerismo: *“estamos todo el tiempo porque ella se separó y estamos todo el tiempo así. Como estamos las dos solas ponemos un poquito y comemos juntas”*.

Así, de lo dicho anteriormente y a modo de síntesis, puede decirse que los vínculos de amistad para las jóvenes, con excepción de Daiana y María, se constituyen en sostenes afectivos con los que cuentan, algunas cotidianamente y otras de manera más espaciada. En ellos depositan confianza, comparten su intimidad y sostienen sus existencias.

IV.4.6. La joda y las “andanzas”.

Decidí dar lugar en mi trabajo a la relación y la valoración que hacen las jóvenes de la *joda*, las “andanzas” o salidas recreativas y para divertirse, y cuáles fueron los cambios ocurridos en esta área a partir del nacimiento de sus hijxs. Esta cuestión cobra importancia si consideramos la edad que tienen actualmente las jóvenes y la que tenían cuando ocurrieron sus embarazos. En sus casos, “ser joven” no significó márgenes de libertad significativos, sino que esa condición convivió y convive con la asunción de responsabilidades de envergadura a temprana edad, como mantener un hogar, trabajar desde pequeñas y hacerse cargo de la crianza y el cuidado de sus hijxs.

En relación a los espacios y al tiempo dedicado a la recreación y la diversión, existe una coincidencia llamativa entre el caso de María y de Celina. Ambas refieren no haber *salido a bailar* ni antes ni después de sus embarazos, hecho coincidente con que ambas trabajaban desde muy pequeñas, tanto en el hogar, como en la calle. Celina cuenta que: *“una o dos veces salí a un baile, (...) después fue el momento que yo lo conocí a él (a su pareja) y bueno...”*, refiriéndose a que dejó de salir. Así, puede arriesgarse la lectura de que “lo recreativo” no ocupó un lugar protagónico en sus vidas, dado que asumieron responsabilidades de importancia a muy temprana edad. A su vez, se destaca que ambas apostaron, a sus 14 y 15 años, a constituir una nueva familia distinta a la de origen, junto a sus parejas y

posteriormente sus hijxs. María cuenta que cuando nació Morena salían junto a Kevin “*pero así a las plazas, a pasear*”.

En el caso de Natalia y Carina, es posible ubicar que sus embarazos y posterior nacimiento de sus hijxs, supuso para ellas la suspensión de las salidas nocturnas. Ante la pregunta de qué sienten que cambió en sus vidas desde que nacieron sus hijxs, las jóvenes responden lo siguiente:

“Cuando tenés un hijo cambia todo. Tenés que estar pendiente de tu hijo, nada más. No podés andar saliendo. (...) Tuve que dejar todo. Porque no podía. Digamos, a lo primero, hasta los 3 meses si iba a bailar, pero después ya no.” (Natalia)

“Salía cuando no se me notaba la panza pero no tomaba. (...) Y después cuando me saltó la panza salía a veces. Pasábamos por afuera de los bailes, así, con mi hermano y mi cuñada (...) pero no salíamos. Andábamos a las vueltas.” (Carina)

Aquí se hace visible que en este ámbito de la vida experimentaron un cambio contundente, a partir de sus embarazos. Desde cierta perspectiva, podría decirse que la *joda* y la diversión, constituyen ámbitos en los cuales la finalidad es el disfrute (sin desconocer que también existen situaciones riesgosas), y es lo primero que consideran que tienen que “sacrificar” ante la llegada de sus hijxs. Visto desde otro lugar, también puede interpretarse que “hoy resignan estas experiencias porque priorizan la tarea maternal” (Genolet et al., 2010: 95).

Lo que sí se observa con claridad es que el deseo por salir a divertirse se mantiene. Carina cuenta que antes salía todos los fines de semana y que ahora le dan ganas de salir, pero que no puede. Natalia, por su parte, piensa que es posible salir y que puede dejar al hijo, pero plantea una limitación en relación a la aptitud de la persona con la que lo deja: “*tiene que ser una persona que sepa cuidar a la criatura, sino no lo podés dejar*”³⁴.

En el caso de Daiana también ocurre que dejó las “*andanzas*”, a partir del nacimiento de su hija. Y aparece una complejidad mayor vinculado al consumo de drogas. En su caso, la maternidad aparece como una alternativa a la *joda*, y ésta última puede verse asociada a una carga subjetiva “que refuerza la idea de la pérdida de rumbo” (Sustas y Touris, 2013: 39). Esto se reconoce de manera implícita en su relato, cuando cuenta que antes “*andaba en la droga y (...) en la calle haciendo quilombo, lío*”. Si bien reconoce que salía a divertirse, ella ubica que el nacimiento de su hija significó un “*cambio rotundo, porque no era la misma*”. Y

³⁴ Sobre la cuestión de la distribución del cuidado de lxs niñxs me explayaré en el apartado que sigue.

agrega que los demás se lo decían y que ella también se dio cuenta. Según relata, antes “no le importaba nada”: *“de un día para el otro dejé la droga porque me dedicaba a ella y (...) no salía a ningún lado”*. Así, puede arriesgarse la interpretación de que para Daiana la maternidad la ha “vuelto sobre sus propios carriles” (Genolet et al., 2010: 95), al haberla sacado de las experiencias que la conducían a “andar en la calle”.

Cabe mencionar que la joven reconoce que todavía tiene “*recaidas*” (que vuelve a consumir, incluso delante de su hija) pero permanece en ella la siguiente idea: *“tengo una hija, tengo que cambiar”*. Lo cual la impulsa a cuestionarse a sí misma en su relación con el consumo, *“porque no puedo andar drogada, borracha, empastillada con una nena, teniendo una hija”*. Esto puede interpretarse de dos maneras complementarias: su hija le significa un ancla o sostén afectivo alternativo al consumo de drogas y, al mismo tiempo, puede hablar por ella el imaginario de lo que debería ser una “buena madre”, dedicada amorosamente a la crianza y al cuidado de su hija, sin desvíos de ningún tipo.

La cuestión del consumo reaparece en el relato de María, pero esta vez no en relación a ella misma, sino a su pareja. Ante mi pregunta acerca de qué cambió en su vida a partir del nacimiento de Morena, ella responde que Kevin *“no se droga más porque es como que lo cambió ella. (...) Y ese es el cambio mío”*. En este caso, puede observarse cómo “tener hijxs” significa para lxs jóvenes una razón para el “*rescate*” en el consumo de drogas.

Así, a modo de síntesis, recupero el aporte que realiza Genolet et al. (2010) en relación a los cambios que las jóvenes relatan a partir de la llegada de sus hijxs:

“La maternidad adelanta la vida adulta, dejando de hacer las actividades de diversión que hacían antes, ya sea porque no se adecúa al modelo de mujer que ellas creen que deben tener o bien porque el hijo las coloca en otro contexto de demandas y responsabilidades” (Genolet et al., 2010: 95).

Puede decirse que el ideal de “buena madre” (Genolet et al., 2010) ejerce influencia sobre las jóvenes en tanto ellas a la vez que manifiestan el deseo por salir a divertirse, consideran que es algo que no deben hacer, dado que su prioridad “debe ser” dedicarse a sus hijxs. Recordemos que este ideal supone que la madre niegue toda manifestación de egoísmo (Lagarde, 2015) y se dedique por entero a sus hijxs, quedando “prohibido” cualquier desvío que las aleje de su dedicación materna. A su vez, también es cierto que las jóvenes terminan teniendo que hacerse cargo de sus hijxs a tiempo completo y eso les plantea una realidad en la que ya no cabe espacio – ni quizás energía – para salir a divertirse.

IV.5. Cuidado y crianza de lxs niñxs.

IV.5.1. Paternidades y distribución de la responsabilidad en tareas de crianza y cuidado.

En este punto desarrollaré el lugar que ocupan los padres en las tareas de cuidado y de crianza de lxs niñxs, cómo significan las jóvenes madres dichas tareas y la manera como eso impacta en la distribución concreta de la responsabilidad. A su vez, establezco una vinculación con los roles de género en los que tradicionalmente se socializan tanto mujeres como varones, los cuales constituyen imaginarios sobre los cuales construyen su realidad. Otro aspecto que considero importante mencionar aquí, tiene que ver con el uso del tiempo de las jóvenes y las redes de cuidado ampliadas con las que cuentan, teniendo en consideración el déficit existente en la asunción de responsabilidades a nivel comunitario y estatal.

En relación a las paternidades, puede decirse que culturalmente suelen quedar “exentos” y desligados de las tareas que implican la protección y el cuidado de lxs niñxs. No constituye el ámbito en el que son criados y socializados y tampoco se observan iniciativas propias en otro sentido. Genolet et al. (2010) sostienen al respecto que:

“La represión de los deseos amorosos en los varones implica negar las manifestaciones de ternura, afecto, para no parecer femeninos; la relación con sus padres permite identificarse con el rol social instalado en la cultura acerca de lo masculino. Sin embargo, las mismas pautas sociales establecen que los padres, en general, quedan bastante distantes de los procesos de crianza de sus hijos, lo que implica ver a su imagen con relativa lejanía, algo distante, no accesible en tiempos y calidad de atención.” (Genolet et al., 2010: 76)

Si bien no cuento con testimonios de primera mano de los varones implicados en los embarazos de las jóvenes, en las narraciones se evidencia que los mismos no se hacen responsables de lo que supone criar y cuidar de lxs niñxs. A excepción de los padres que viven con sus hijxs, los varones aparecen de forma distantes o directamente ausentes.

El caso más paradigmático es el de Daiana, en el que no hay siquiera identificación del progenitor de su hija. Ella expresa que *“el padre no la reconoció”* y, a su vez, que no sabe quién es: *“Creo que un pibe con el que yo andaba, uno cayó preso. El otro que vive re lejos. Ellos dos me parece nomás”*. Quien aparece ocupando esta figura es su pareja actual, pero en

un rol eminentemente proveedor. Daiana expresa que *“me la cría él”*, pero refiriéndose a que él *“la mantiene”* económica y materialmente, no la cuida. Y agrega: *“yo le cuido los hijos a él, pero él no”*. De lo que se desprende que ella ocupa el lugar de mayor responsabilidad en las tareas de cuidado, con lxs propixs y ajenxs.

Aparece también una expresión llamativa en ella, cuando dice que el consejo de su madre es que no la deje con hombres: *“Yo le tengo confianza (a su pareja), pero igual no. Por ahí un ratito se la puedo dejar, pero no la descuido”*. La asociación que establece Daiana entre *“hombres”* y *“descuido”* es sintomático de los roles que socialmente suelen ocupar. Sin omitir la profundidad que puede contener dicha expresión, rescato el imaginario a partir del cual ella termina por asumir la responsabilidad principal.

En los casos de Carina y Natalia, puede decirse que la distancia que los padres mantienen con sus hijxs se encuentra en cierta forma naturalizada por ellas. Tal como expresa Genolet et al., los varones son *“más fácilmente justificados en sus ausencias de participación en la vida familiar”* (2010: 94).

A su vez, las jóvenes expresan cierta preferencia por que sus hijxs permanezcan más tiempo con ellas y no con sus padres, lo que puede observarse en expresiones como:

“Yo no lo dejaba con nadie (...) Mejor que conmigo no va a estar. Yo no lo puedo dejar con alguien porque... cuando lo mando del papá él viene histérico, todo distinto. Él hace todas las cosas distintas. Conmigo ya es distinto, que él no puede andar sucio, con la zapatilla o sin media. Conmigo tiene que tener las medias puestas, todo. Y el papá es distinto, anda sin medias, me lo trae sin medias, anda como puede.” (Natalia)

“... yo lo llevé una sola vez a él (a su hijo) para que lo vea él (el papá), que me pidió que lo lleve. Después no lo llevé más.” (Carina)

En sus relatos no aparece planteada ninguna demanda ni esfuerzo de los padres por ver, criar y cuidar de sus hijxs. La crianza es asumida íntegramente por las madres y hasta se percibe una justificación de ello por parte de las mismas, por ejemplo cuando Natalia dice que con el padre *“anda como puede”*, como ubicando un límite en la capacidad del padre para desarrollar este tipo de tareas. En el mismo sentido, Carina cuenta que el papá sólo *“pide así en el Facebook que le mande fotos, esas cosas”*. La lejanía o ausencia de los padres en la crianza de lxs niñxs, aparece con una naturalidad llamativa. Completando el cuadro, cabe destacar que, de los tres padres aquí mencionados solo uno cumple con la transferencia de la cuota alimentaria para su hija.

En los casos en que los padres conviven con sus hijxs, se observa mayor presencia en la crianza. Celina considera que Darío es “*muy buen padre y también muy buen marido*”. Juntxs van acordando la forma de criar a sus hijos y establecen criterios en función de lo que les parece la mejor educación. A su vez, permanece una división del trabajo que continúa respondiendo a una regla heteronormativa, en la cual la mujer asume la mayor responsabilidad en el ámbito doméstico y de cuidado de lxs hijxs, y el varón se ocupa de proveer a la familia de los recursos económicos necesarios para vivir. En este caso, Darío también “*ayuda*” a Celina cuando llega de trabajar. Sobre esto, Celina expresa:

“... él trabaja y yo soy ama de casa. Me encargo de mis hijos, de mi casa. Bueno, después él viene del trabajo y como que él se encarga un poco de los chicos. Porque viste, no es que haces la tarea de todo el día. No. Viste que siempre algo pendiente te queda, digamos. Como por ejemplo, a la hora de cocinar a la noche él cuida los chicos y yo cocino. Es como que también tengo mi espacio. Es como que él no es egoísta. (...) ... no es de que cuando llega se acuesta y queda con los pies levantados. (...) ... me ayuda mucho, es muy compañero, no tiene problema para eso.”

El aprendizaje de género que ubica a las mujeres como principales responsables de las tareas de cuidado y domésticas se hace palpable en su relato. Es llamativo que aquí Celina no reconoce su trabajo de ama de casa como tal y tampoco ubica que las tareas de cuidado también son responsabilidad de Darío. Más bien entiende el trabajo que él realiza como una “*ayuda*” que le brinda a ella, responsable principal de estas tareas. Algo similar ocurre con María, quien expresa lo siguiente:

“... me imaginaba que me iba a costar un poco porque yo como no tenía hijos me iba a costar. (...) Criarla no, pero cuidarla, ponerle los pañales... Bah, yo ya estaba acostumbrada, pero a él... él me dijo que le iba a costar también (...)
- ¿Y Kevin también la limpia, le da de comer?
- No, él no. Eso lo hago yo. Bah, cuando está meada sí la cambia, pero cuando está cagada le da cosa. Pero un día no estaba yo porque me fui a comprar y se cagó y la cambió él. Y me dijo que la cambió él y que le dio vergüenza porque nunca la cambia, por eso.” (María)

La “*vergüenza*” que sintió Kevin al limpiar a la bebé, da cuenta de que ese tipo de tareas son - valga la redundancia - “*vergonzantes*” para los varones, dado que no fueron socializados en actividades vinculadas al cuidado a lo largo de sus vidas. Además da cuenta de que, una vez que tuvieron un/a hijx, se mantienen al margen de las tareas de cuidado,

evidenciándose la naturalidad que para ellos también tiene la división sexual del trabajo. Las jóvenes lo expresan claramente y hablan explícitamente de “*costumbres*” al referirse a la distribución de dichas tareas. Tal como vimos en capítulos anteriores, nada de natural hay en ello, sino más bien aprendizajes que van constituyendo identidades y roles que terminan por suceder de manera automática, por adjudicación cultural. Esto se observa claramente en relación a cómo distribuyen las tareas de cuidado y de crianza, quedando las mujeres con la máxima responsabilidad, cuando no con la responsabilidad total.

IV.5.2. Crianza y cuidado.

En relación a la crianza y al cuidado de lxs niñxs, se destaca que las jóvenes son quienes más tiempo dedican a dicha tarea. La “maternalización de las mujeres” (Nari, 2004) mantiene su vigencia - un siglo después - en los relatos de las jóvenes. Sin constituirse en una elección consciente, sus trayectorias y su cotidianeidad están fuertemente atravesadas por la dedicación que invierten en lxs hijxs. En ello, las jóvenes encuentran una gratificación emocional que no sería justo menospreciar, dado que forma parte de su mundo afectivo y desde allí se abre para ellas la posibilidad de vislumbrar un futuro posible³⁵, en este caso, criar a sus hijxs.

Acerca de esto, las jóvenes relatan lo siguiente: “*me gusta estar pendiente de mis hijos, que no les falte nada. Que estén siempre seguros de todo lo que yo hago por ellos*” (Natalia), “*me gusta cuidarla, (...) estar con ella, jugar con ella*” (María), “*... es todo lindo digamos. Cuando nace el bebé, de amamantar, de cambiar un pañal, de su ropita, lavarla. (...) Es una experiencia inexplicable digamos*” (Celina). Aquí puede verse que la crianza sucede en el mismo instante en que comparten tiempo con sus hijxs, los cuidan y disfrutan. El rol de “cuidadoras” supone para ellas un lugar en el que se brindan, donde están acompañadas y se sienten gratificadas compartiendo tiempo con sus hijxs.

El rol materno aparece en el relato de María como un aspecto identitario importante, en el cual se afirma. Ella expresa: “*no me gusta que la manden a ella, porque me gusta mandarla yo, porque yo soy la madre. Eso no me gusta. O que me digan qué hacer con ella.*”. En sus palabras se hace patente, por un lado, el disgusto que le genera que otrxs intercedan en la crianza de su hija, y por otro, su autoafirmación desde la maternidad, buscando ser ella

³⁵ Esta cuestión será retomada en el siguiente eje.

quien se erija como autoridad ante su hija. Esto puede entenderse como un vínculo que considera intransferible, que es propio.

Daiana, por su parte, refiere que cuando su hija empezó a hablar *“fue todo una crianza. Y de a poco te va gustando cómo es, porque es lindo.”*. Cuenta que su hija es muy mandona, muy sargenta con ella: *“A mí me tiene así, “má esto, má lo otro”. Imaginate cuando sea más grande. Ponele un fin de semana me pongo a tomar un vino, algo, y “tomá, pero tomá poquito”, “no má, eso no tomes”.* Así, puede observarse que la crianza, con el tiempo, se fue tornando placentera y que el vínculo con su hija se vuelve significativo en tanto supone una reciprocidad afectiva para Daiana. Ella cuida de su hija y su hija también de ella.

En algunos casos, el vínculo que se forja en la crianza de sus hijxs supone la oportunidad de transformar sus vidas y de realizar dicha transformación con criterios propios. En el relato de Celina, esto aparece de la siguiente manera:

“Yo trato de formar una familia distinta a la mía. Es como que nosotros los criamos de “si, hasta mañana, un beso, te amo”. Continuamente estoy con mis hijos. (...) Yo no quiero criar a mis hijos como yo me crié. No. Yo quiero que ellos se crien en un buen lugar, con amor principalmente, con salud. O sea, yo hago cosas que no hicieron conmigo. (...) Yo trato de hacer lo mejor posible. (...) Son bien humildes mis hijos (...) eso es lo que me encanta de ellos. Porque, o sea, es como que los acostumbramos a lo que nosotros podemos y cuando no podemos tratamos de explicarles.”

Por otra parte, es posible observar - en contraste con los relatos de las jóvenes - que el ideal de “buena madre”, el cual supone a una madre incondicional, que es “toda ternura y dedicación” (Genolet et al., 2010: 15), es sólo eso, un ideal. El mismo establece una serie de conductas que se suponen “esperables” para desempeñar un rol materno “apropiado”. En tal sentido, “La normatización del deseo maternal implica que la madre debería siempre sentir amor por su pequeño. Debería lograr entenderlo y satisfacer adecuadamente sus necesidades” (Genolet et al., 2010: 95). En la realidad, las jóvenes expresan sentimientos y hechos que se oponen y/o ponen en cuestión dicho ideal:

“No te voy a decir que yo soy una excelente (madre)... no. Porque algunas veces se te va la voz o se te va la manito en darle un chirlo por alguna macana que se mandó. O sea, en eso no te voy a mentir.” (Celina)

“Por momentos se me complicaba porque me agarraban nervios y me la agarraba con ella. Me ha pasado eso. (...) por ahí ella quería upa y yo no le

quería hacer upa. (...) Una vuelta se me cruzó entre las piernas para hacerla caminar y la sangre³⁶ toda” (Daiana)

“(No le gustan) las mañas de los chicos. Porque después hay consecuencias viste. Por ejemplo, me pedía “chicle, chicle” y yo se los compraba. Ahora hay consecuencias. El otro día sufría y lloraba yo con ella, por el tema de comer chicle, porque le dolía. Que le decís no y ella te va a decir sí” (Daiana)

“Llora todo el día. Odio eso, que lloren los chicos, no me gusta. (...) Me vuelve loca. No lo aguanto. (...) Es medio mañoso él. (...) A veces sí, me enoja porque el llora y no me gusta que lloren los chicos.” (Carina)

Aquí aparecen las tensiones que supone el vínculo materno-filial, el cual muestra los límites de aquella supuesta “incondicionalidad” y “abnegación” que “naturalmente” existiría en la relación de las madres con sus hijxs. La pretensión de establecer una unidad entre la biología y el deseo/benevolencia maternal es una ficción. En sus relatos se hace patente la “inadecuación” que experimentan en relación al cumplimiento del ideal de “buena madre”, pudiendo reconocer y dar lugar a su propio malestar y enojo en relación a lxs hijxs.

Si bien esto es cierto, aparece en los relatos acompañado de sentimientos de culpa y dolor (por la propia experiencia) o de crítica (a experiencias ajenas), teniendo como referencia este ideal de qué supone ser una “buena madre”. Daiana cuenta que su madre le cuestiona que “dejó de lado” a su hija, en el sentido de que no le brinda suficiente atención o consideración, “y a mí me duele”, dice ella. Celina, por su parte, critica fuertemente el maltrato de una vecina hacia sus hijxs, refiriéndose a ella como “una mina que está totalmente loca, que es un desastre”.

Así, en relación al ideal de “buena madre” (Genolet et al., 2010) o de “madre adecuada” (Vázquez y Borda, 2013) es posible afirmar que en los relatos de las jóvenes aparecen cuestiones vinculadas al modelo hegemónico de “hacer y dar “todo” por sus hijos” (Vázquez y Borda, 2013: 55); y a su vez, sin negar que la “maternidad adecuada” opera como una referencia para ellas, se hacen visibles los límites inherentes a dicho modelo. En otras palabras, parafraseando a Vázquez y Borda (2013), puede decirse que las prácticas que son silenciadas o deslegitimadas en el modelo de “maternidad adecuada”, son visibilizadas y resignificadas en sus relatos.

³⁶ Refiere a que la lastimó.

IV.5.3. Redes de cuidado y Uso del tiempo

Al tratar esta cuestión voy a tomar en cuenta tanto las redes de cuidado del entorno cercano de las jóvenes, así como la escasísima presencia de espacios de cuidado comunitarios e institucionales. A su vez, considero aquí el impacto que tiene la distribución del cuidado en el uso que las jóvenes hacen de su tiempo, cómo pasan los días, qué actividades realizan más allá de dedicarse a sus hijxs.

Comenzaré por destacar una cuestión que considero fundamental: el *apego* que las jóvenes evidencian en el vínculo con sus hijxs, en el sentido de que establecen un vínculo en el cual el niño o niña se acostumbra a depender fuertemente del cuerpo y la presencia de su madre. Esto impacta en la distribución del cuidado y en el uso de su tiempo cotidiano, dado que cuesta que lxs niñxs se acostumbren a estar con otras personas, evidenciándose cierta dificultad por parte de las jóvenes para estimular dicha distribución. En tal sentido, Carina expresa que su hijo:

“... no se queda con nadie (...). Está todo el día pegado a mí. (...) Imaginate, ni un ratito lo puedo dejar en el coche, nada. Quiere que esté al lado de él. (...) Y me cansa todo el día. Por ahí se va un ratito, cuando yo tengo que limpiar se lo lleva mi papá. Porque él lo sigue a mi papá. O se lo lleva alguno de mis tíos. El único ratito que estoy tranquila.” (Carina)

En su caso, además de su papá y sus tíos, cuenta con una abuela que “*lo tiene un ratito*”, pero es clara su dedicación casi a tiempo completo al cuidado de Francisco. Carina pasa todo el día “*adentro*” (de la casa) con su hijo y no realiza ninguna otra actividad. Los momentos en los que “*está tranquila*” ocurren cuando tiene que limpiar, de lo cual se infiere que permanece cotidianamente en la órbita doméstica y cumpliendo funciones maternas.

Algo similar ocurre con Celina, quien cuenta que pasa “*todo el día así en mi casa*” y “*Siempre haciendo algo*”, refiriéndose a estar realizando tareas domésticas. Durante la entrevista no aparece ninguna otra persona o institución en la que deposite el cuidado de sus hijos. Los roles dentro de su familia están bien marcados, dedicándose por completo a ser “*ama de casa*”, cuidar y criar a sus hijos. Celina refiere que su *marido* la alienta a que ella siga lo que le gusta (hacer algún curso de cocina), pero a su vez expresa: “*tengo un nene muy chiquito, tiene 1 año y 6 meses, y viste que por ahí no podés, se te complica*”. Aquí aparece cierta “obligatoriedad” naturalizada en relación a quién debe ocuparse de los hijos. Como

mencioné anteriormente, la figura del *marido* aparece más como una “ayuda” y no como co-responsable, lo cual le impide dedicar tiempo a desarrollarse en otras áreas de su vida.

María tampoco menciona alguna red en la que se apoye para distribuir la responsabilidad de cuidado de su hija, se ocupan ella y Kevin, pero con tareas diferenciadas. Kevin no se ocupa de la higiene de la bebé, como vimos. La suegra de María aparece como una figura muy presente, con ella conviven y es quien cocina para todos en la casa. En su caso, emerge nuevamente la cuestión del *apego* con su hija. Ante mi pregunta acerca de si Kevin también la cuida, María responde que sí, pero que “*ella no se queda porque ya se acostumbró a mí. (...) Porque cuando Kevin trabajaba, ella quedaba conmigo y se ve que se acostumbró a mí.*”. La cuestión del *apego* como una limitación para distribuir el cuidado podría relativizarse en este caso, dado que Morena todavía se encuentra amamantando y hay una condición biológica que tener en cuenta.

Daiana también expresa que su hija es “*re apegada*” a ella y que eso la cansa porque “*todo el tiempo, todo el día*” la “*carga*” ella. En su caso, sólo cuenta con el apoyo de su madre para cuidar de su hija y decide no dejarla a cuidado de su actual pareja por sentir desconfianza. Aquí se ilustra el lugar que suelen ocupar las madres de las jóvenes, las cuales son “*las que despiertan mayor confianza*” (Genolet et al., 2010: 94) para este tipo de tareas. Puede decirse que “*Se ven reflejadas en la experiencia maternal de sus hijas, reviven sus propias vivencias y, en algunos casos, ocupan el lugar de la hija en la crianza de los nietos*” (Genolet et al., 2010: 94).

Por último, en el caso de Natalia, aparece nuevamente una posición en la que la misma joven restringe la distribución del cuidado, porque “*mejor que conmigo no va a estar*”. Recordemos que Natalia tiene dos hijxs de padres distintos. Con uno de ellos, el padre de Bruno, comparten algunos días de cuidado, “*dos o tres veces a la semana un rato y después vuelve conmigo*”. La joven cuenta que antes se quedaba a dormir del padre pero que ahora ya no y la razón que adjudica a este cambio tiene que ver con que siente que es más incómodo para ella.

Sobre el uso de su tiempo, Natalia relata sus días de la siguiente manera: “*me levanto, le hago el desayuno a mis hijos, después la comida, me pongo a limpiar, a lavar ropa, a veces me voy de una amiga un rato...*”. En su relato se hace evidente que queda circunscripta al ámbito doméstico y cumpliendo funciones maternas. Se observa así que terminan ocupando roles de género tradicionales también en situaciones en donde no hay presencia de un varón en el hogar. Tal como expresé en el capítulo anterior, es posible observar que estos roles les

son adjudicados a las jóvenes, pero también se evidencia que el propio aprendizaje de género las lleva a ocupar ellas mismas estos lugares.

En su relato, aparece una red de cuidado más amplia que en el caso de las otras chicas. Natalia cuenta con la posibilidad de que su madre cuide de sus hijxs, aunque expresa que prefiere no dejárselxs tanto tiempo porque *“ella ya es grande”* y no quiere que *“reniegue”*. También cuenta con la abuela paterna de su hijo y con una amiga, con quien construyó una red cotidiana en la que se cuidan lxs hijxs mutuamente.

Por último, cabe destacar que Natalia es la única que hace referencia a una organización comunitaria como parte de la red a la que acude, en este caso para satisfacer necesidades alimenticias. Se trata de un *“comedor en la villa que se da los martes la comida, que a la noche van los chicos y les dan”*. Ella participó como voluntaria un tiempo y actualmente colabora cada vez que puede. Sobre el funcionamiento de este lugar, cuenta que *“Los vecinos ponen un poco cada uno y se hace la leche. (...) Es todo colaboración de la gente de ahí. A veces se hace bingo, cosas así, para ayudar a los chicos. Más que nada por los chicos”*.

Así, repasando las redes de cuidado de niñxs existentes, puede afirmarse que las estrategias suelen ser las de cuidado ampliado dentro del círculo familiar y de amistad en un solo caso. Los padres de los hijos no tienen demasiado protagonismo en el cumplimiento de dicha función, viéndose reproducida la división sexual del trabajo trazada por el sistema patriarcal. La función maternal que recae sobre las jóvenes, se ve profundizada dada la escasez de espacios institucionales y públicos en los que distribuir una responsabilidad que debería ser social. Así, la dimensión de cuidado y de crianza permanece fuertemente feminizada, bajo responsabilidad de las madres, situación que refuerza la posición social de las jóvenes como *“seres para otros”* (Lagarde, 2015).

También cabe considerar la construcción identitaria que las jóvenes elaboran a partir de dicha posición. *“Ser madres”* les otorga un rol que cumplir y construyen un proyecto alrededor de la crianza de sus hijxs, mostrando entusiasmo al respecto, aún con todos los matices que aparecen en sus experiencias singulares. Así, la crianza de sus hijxs y las responsabilidades que asumen terminan ocupando un lugar sumamente significativo en la vida emocional de las jóvenes, manifestando al mismo tiempo cierto cuestionamiento al modelo de *“maternidad adecuada”* (Vázquez y Borda, 2013) o de *“buena madre”* (Genolet et al., 2010).

IV.6. Embarazos y sentido de la maternidad.

El último eje tiene como finalidad reconstruir cómo sucedieron los embarazos de las jóvenes, si existía un deseo o si es posible vislumbrar en sus relatos una decisión de “ser madres” y las herramientas con las que contaban en relación a los cuidados anticonceptivos. Además, mencionaré qué concepciones tienen sobre el aborto, como opción al momento de decidir si continuaban o no con sus embarazos. Por último, recuperaré el sentido que le dan a la maternidad actualmente, tomando como base los sentimientos que expresan en relación a sus hijxs y el lugar que ocupa dicha experiencia en tanto soporte afectivo e identitario.

IV.6.1. Embarazos y cuidados anticonceptivos.

Existe un denominador común en el relato de las jóvenes acerca del deseo de maternar previo a quedar embarazadas: ninguna había imaginado o proyectado esta experiencia. De acuerdo con lo que sostienen Genolet et al., puede decirse que:

“Si bien fueron socializadas en la idea de que la maternidad era lo mejor que les podía suceder, no pudieron pensarse previamente en esa situación, no pudieron anticipar un deseo de ser madres o imaginarse la vida con un hijo”.
(Genolet et al., 2010: 94)

Esto se hace evidente cuando responden que no habían pensado en ello o en expresiones como “*me sorprendió*” (Natalia), “*nunca lo pensé. Vino así porque... yo siempre pensaba en ser doctora viste, en esas cosas*” (Daiana), “*nunca me imaginé*” (Celina). Si bien - tal como vimos en relación a otras áreas de sus vidas - las jóvenes están atravesadas por deseos que las mantienen cumpliendo roles típicamente patriarcales, en este caso se observa que no existía un anhelo o proyección en relación a “ser madres”. Por el contrario, los embarazos ocurrieron de hecho - con excepción de María, quién expresa haberlo decidido - y es a partir de ese momento que comienzan a transitar un camino en el que van experimentando satisfacción.

Lo inesperado de los embarazos se vincula fuertemente a los cuidados anticonceptivos y aquí entramos en terreno pantanoso, dado que no se evidencia en ellas un conocimiento y una posición sólida al respecto. En este sentido, Natalia cuenta: “*estaba de novia y me dejé de poner la inyección y quedé embarazada*”. Refiere haber contado con información brindada en el “*dispensario*” y a la vez que se sorprendió cuando ocurrió. Carina, ante mi pregunta acerca

de cómo fue que quedó embarazada expresa que sabía cómo cuidarse pero responde: “*No sé. Yo estaba con el papá de él viviendo y quedé embarazada*”. En sus relatos hablan como si no se les hubiese ocurrido esta posibilidad, sabiendo que podían quedar embarazadas pero sin parecerles necesario cuidarse (Genolet, et al., 2010).

Celina, por su parte, cuenta: “*nunca me cuidé, en la edad que yo tenía nunca me cuidé y cuando mi mamá intentó hablar con él para yo empezar a cuidarme, él no quiso*”. A diferencia de Carina y Natalia, ella refiere no haber contado con información anticonceptiva y de cuidado de su salud sexual y reproductiva, lo cual explicita en su relato cuando dice: “*mi tía nunca me llevó a eso, nunca me sentó a hablar, digamos, de cómo eran las cosas. Y bueno mi mamá mucho menos.*”.

Aquí se desprenden dos interpretaciones complementarias acerca de cómo ocurren los embarazos sin que intervenga el deseo de las jóvenes: la presión masculina sobre la sexualidad femenina y un grave déficit en materia educación sexual (Genolet et al., 2010). Ambas líneas convergen en una realidad ineludible para las jóvenes: sus cuerpos embarazados.

Respecto de la presión que ejercen los varones sobre los cuerpos de las mujeres, Genolet et al. sostienen que:

“... la vulnerabilidad que resulta del temor a perder a esta pareja si no se accede a las relaciones sexuales (agrego: sin cuidados anticonceptivos) tiene su anclaje, para muchas mujeres, principalmente las de sectores populares, en que el proyecto de ser esposa y madre es el único viable para ellas y también aparece una necesidad afectiva difusa, cuya satisfacción se deposita en el varón.” (Genolet et al., 2010: 82)

En el relato de Celina esto puede verse cuando ella aclara que no quedó embarazada para “*retener*” a su pareja, sino que estaba “*re enganchada*” y “*re enamorada*”, por lo que no recuerda que pensó en ese momento. Luego, aparece en su narración algo difuso y hasta podría decirse contradictorio: por un lado parecería que Celina no ubica que fue su pareja quien decide no cuidarse durante los actos sexuales (“*Esto fue así repentino como te dije, yo quedé embarazada y ahí pasó todo rápido*”); y por otro lado reconoce no haber sido partícipe de la decisión, cuando cuenta que fue él quien no quiso cuidarse porque “*quería formar familia ya*”.

En este sentido, Genolet et al. (2010) se animan a anticipar que la importancia del cuidado anticonceptivo está menos presente en los varones. Al igual que en los relatos de las jóvenes que entrevisté, “en raras excepciones manifiestan que su pareja se cuidara y ninguna

dice que ellos se quisieran cuidar y ellas no.” (2010: 91). Así, puede afirmarse que no se las “invita a tener un hijo, se las embaraza de hecho”, constituyéndose “en una forma más de violencia” (2010: 92).

María puede considerarse una excepción en relación al resto de las jóvenes. Ella cuenta que antes de conocer a Kevin estaba de novia con otro chico y que se cuidaban. Y aclara: “*bah, lo hacía cuidar a él para que se ponga los preservativos, para que yo no quede embarazada desde chica*”. Después se separó y cuando se juntó con Kevin se cuidaron con preservativos un tiempo hasta que decidieron tener un hijo: “*y entonces no usamos más. Yo me dejé de cuidar y la tuvimos a Morena*”. Aquí puede verse cierta planificación y una participación activa de su voluntad en la decisión.

Cuando indago acerca de sus razones, ella cuenta que cuando era chica cuidada a sus sobrinos cuando su hermana se iba a trabajar fuera de la casa, y expresa: “*como que me acostumbré con los chicos, entonces pensé en tener uno*”. El hecho de que María se haya familiarizado con el rol materno desde pequeña, responde no sólo a un atravesamiento de género, sino también a su pertenencia de clase. Frente a las necesidades de subsistencia, se observa que en las familias de sectores pobres la totalidad de lxs miembrxs deben trabajar (sea dentro o fuera del hogar), incluso lxs más pequeñxs. Para pensar en ello recupero el aporte que realiza Genolet et al. (2010), para quienes es necesario considerar:

“... la importancia y la significación que alcanza en las adolescentes-madres la contención familiar, a veces escasa, dado el número de miembros que integran el núcleo familiar, donde estas adolescentes desde su temprana infancia han ido ejerciendo un rol materno con sus hermanos (y sobrinos), al suplir en muchas oportunidades a su madre, no siendo para ellas extraño este ejercicio de rol materno con sus propios hijos.” (2010: 84)

Retomando la interpretación en relación a cómo ocurren los embarazos, el déficit en materia de educación sexual se torna central. No se observa en las jóvenes una idea de cuidado a la que se aferren para poder decidir acerca de su reproducción. En ello es posible ubicar una confluencia de múltiples (ir)responsabilidades. En primer lugar, una presencia insuficiente del sistema educativo y de salud en tanto instituciones que deben impartir educación acerca del desarrollo y la salud sexual y reproductiva de la población (Genolet et al., 2010). En segundo lugar, una contención escasa por parte de las familias para generar conocimiento y capacidad de decisión al respecto. En un solo caso aparecen figuras femeninas ubicadas como quienes deberían impartir educación sexual, pero es necesario considerar que

“quizás para ellas tampoco hubo un espacio para hablar sobre sus dudas, miedos, inquietudes y sentimientos” (Genolet et al., 2010: 88).

Así, es posible evidenciar, a partir del relato de las jóvenes, que no llegan a sus vidas programas, políticas y/o dispositivos eficaces donde poder informarse y crear conocimiento acerca de su sexualidad, sus riesgos, potencialidades y también del cuidado de su propio cuerpo. Sin esta base, diríamos que esencial, no sorprende que las jóvenes no hayan podido tomar decisiones reproductivas sólidas y que sus embarazos hayan sucedido “como un continuo donde no hay posibilidad de modificar el devenir de los hechos anticipadamente” (Genolet et al., 2010: 90). Prevalciendo así la “lógica del instante” a la “lógica de la anticipación” (Genolet et al., 2010).

Tal como mencioné anteriormente, sus embarazos ocurren de hecho, sin mediar una decisión anticipada. En expresiones como “*Yo le di para adelante y chau*” (Celina) o “*Se dio todo, como que todo para adelante. Yo no dije ni sí ni no.*” (Daiana), se ve claramente la pasividad con que las jóvenes de alguna forma aceptan la voluntad del destino de la maternidad (Genolet et al., 2010). Y habla de un nivel de desprotección significativo de las mismas, en tanto experimentan los embarazos “como algo que se produce y deben aceptar sin poder plantearse frente al mismo otras posibilidades que el propio devenir de lo biológico” (Genolet et al., 2010: 92). La reducción de sus posibilidades de decisión frente al hecho biológico de un embarazo, supone una reducción aún mayor de los umbrales de autonomía que son capaces de desarrollar a lo largo de sus vidas. Una vez consumado el embarazo, no hay más opciones para las jóvenes, la maternidad se constituye en un destino del que no escapan, ante el cual no se rebelan.

Incluso es posible observar que, en algunos casos (como el de Celina) el embarazo es bien recibido. Ella cuenta que cuando se enteraron que estaba embarazada se pusieron “*re contentos. La verdad que fue muy bueno*”. Por más que no hayan pensado, imaginado o proyectado ser madres, esto habla de cierto imaginario - del cual ella forma parte - para el cual la maternidad aparece como un proyecto de vida posible. El embarazo de María también fue bien recibido, dado que fue producto de una decisión y esto se observa en la minuciosa narración que hace acerca de cómo fue el embarazo y el parto³⁷, denotando una conexión mayor con la experiencia.

³⁷ El parto de María ilustra los niveles de precariedad material en que suceden estas experiencias. Ella cuenta que parió a Morena en la casa del papa (“*un rancho*” donde “*entra frío por la chapa*”), con ayuda de su hermana que ofició de partera. Cuenta que a la noche largó “*el tapón*”, después se durmió vencida de sueño y a la mañana siguiente sintió ganas de “*empujar*”. No pudieron llegar al Hospital Roque Saenz Peña, dado que no tenían dinero para un taxi (tampoco se les ocurrió una ambulancia). Y mientras Kevin salió a la calle a vender “*un cartón que había buscado mi papá*” para juntar el dinero para trasladarse al hospital, nació Morena.

En el caso de Carina, Natalia y Daiana aparecen algunas tensiones, conflictos y desconexiones con sus embarazos. Natalia ante mi pregunta acerca de qué sintió cuando se enteró, responde: *“sentí que se me iba a cortar todo, nada más”*. A las primeras personas que acudió para contarles fueron sus amigxs y después su mamá, quien se enojó *“un poquito pero después intentó, digamos, se lo tomó bien”*. Daiana, en cambio, no tuvo registro del embarazo hasta que su mamá se dio cuenta (*“ni yo me había enterado, mi mamá me había dicho”*, relata). En su caso, recibió apoyo de su papá y su mamá, quienes la acompañaron, pero cuenta también que solía tener *“ataques de locura”* durante el embarazo.

Carina, por su parte, expresa que no le contó a nadie de su embarazo, sólo a su cuñada. Su panza no creció hasta los cinco meses y medio y durante ese tiempo *“no sentía”* al feto, hasta que le *“saltó la panza de un día para el otro”*. En ese momento, no quería levantarse de la cama *“por la panza que tenía”*. Al indagar acerca de sus razones, ella cuenta que vivía todo el día enojada, que no quería comer, nada. Y cuenta que odiaba al hermano, que *“no lo podía ni ver. Y él nació y era igual a mi hermano”*, no desarrollando los motivos de este rechazo.

Respecto del nacimiento de su hijo, Carina no registra cómo fue. Sólo recuerda que: *“Yo lo único que hacía era... le decía a mi abuela “sacámelo, sacámelo”. Porque él era chiquitito y no lo quería alzar. (...) no lo quería ni ver. Me daba impresión”*. De lo cual puede inferirse nuevamente la inexistencia del supuesto “instinto materno”, que brindaría “naturalmente” la capacidad amorosa de las madres hacia sus hijxs. Aquí se evidencia el rechazo que también produce un embarazo no deseado y las emociones que experimentan las jóvenes en el camino.

IV.6.2. Aborto

Incluyo algunas reflexiones en torno al aborto, dado que una vez consumados los embarazos éste supone una opción viable para decidir no maternar. Me interesa remarcar aquí la concepción y valoración que las mismas jóvenes tienen acerca del aborto y si la interrupción de sus embarazos fue una opción para ellas. Cabe aclarar que el sistema de salud en nuestra ciudad ha incluido la posibilidad de acceder a la interrupción voluntaria del embarazo, enmarcada en las causales que así lo permiten. El Centro de Salud “El Gaucho” es una institución de referencia a la hora de informarse y acceder a esta práctica médica.

En los relatos de las jóvenes aparecen expresiones sumamente condenatorias de las personas que deciden interrumpir voluntariamente sus embarazos, reproduciendo en la mayoría de los casos la conservadora idea de que “si le gustó, ahora que se la banque”. Ante mi pregunta sobre si consideraron la opción de abortar y qué piensan del aborto, en algunos casos responden que no lo pensaron siquiera, y afirman su desacuerdo.

Así, Carina expresa: “*son unas asesinas. (...) No estoy de acuerdo*” y cuenta que no lo pensó siquiera, nunca fue una opción para ella al momento en que se enteró de su embarazo. Lo mismo ocurre con Natalia, quien manifiesta no haberlo considerado y afirma que no abortaría “*porque si tenés para cuidarte, ¿para qué?*”. Sin embargo, al repreguntar si tendría otra hijx ante algún posible accidente, aun utilizando métodos de anticoncepción, responde riendo: “*Mmm no, ya tengo dos*”, de lo que se infiere que el aborto podría ser considerado por ella para interrumpir un embarazo futuro.

María, por su parte, da cuenta de tener información al respecto, sabe que antes de los tres meses tenía posibilidades de realizarse un aborto, pero en su caso ella “*la quería tener. Entonces dejé que pase más tiempo y la tuve*”. María da cuenta de haber considerado esta opción pero su maternidad fue deseada, por lo que decidió darle continuidad.

Quienes pasaron por la experiencia de un aborto fueron Celina y Daiana. La primera de manera espontánea, por una malformación del feto, y la segunda, por decisión de su madre. Daiana refiere que en su primer embarazo no fue una opción abortar pero en su segundo embarazo cuenta: “*me hicieron abortar de esta pareja*”, refiriéndose a su pareja actual. En su relato no aparece valoración al respecto.

Celina, en cambio, guarda un recuerdo traumático de dicha experiencia, dado que para ella significó una pérdida y se pregunta por qué razón le ocurrió a ella. Aparecen en su relato expresiones como “*si nunca hice nada malo*”, asociando la pérdida del bebé a alguna conducta moralmente “mala” de su parte. Por lo que expresa haber sentido dolor y haber quedado “*shockeada*”, “*como en una nube, otra vez como que no me importaba nada*”, refiriéndose a que se encontraba deprimida, razón por la cual dejó de cuidarse (y evidentemente su pareja también). En este momento vuelve a quedar embarazada de su hijo más chico, a lo cual le otorga un sentido religioso: “*si Dios me dio el segundo, fue por algo, para que no venga al mundo a sufrir*”. Con esta carga, no sorprende que condene fuertemente a las mujeres que deciden no maternar e interrumpen sus embarazos. Le parece “*horrible*” y considera que: “*si vos tuviste una aventura con un chabón y quedaste embarazada, o sea, prevenilo. (...) Porque si vos quedás embarazada una criatura no tiene la culpa. O sea, si vos*

quedaste fue por un descuido que tuviste vos". Así, aparece nuevamente en su relato la desvinculación de la responsabilidad de los varones que participan en el acto sexual.

Parafraseando a Genolet et al. (2010), puede decirse que en sus narraciones queda al descubierto que la condena a la práctica del aborto y la consiguiente obligatoriedad de dar curso al embarazo, se torna una forma de castigo para aquellas mujeres que han transgredido la norma que este sistema les tiene reservada: la maternidad obligatoria. También puede arriesgarse la interpretación de que la decisión de las jóvenes de "darle para adelante" a sus embarazos, tuvo más que ver con esta condena moral hacia el aborto (y por ende, con la naturalización de la maternidad como destino), que a un deseo genuino por maternar.

IV.6.3. Sentido de la maternidad.

Para analizar el sentido que tiene la maternidad para las jóvenes, recupero de sus relatos las expresiones afectivas y cómo significan ellas mismas, actualmente, esta experiencia. Lo cierto es que estas jóvenes llegan a la maternidad de diferentes modos, pero teniendo como denominador común no haberlo elegido (con una excepción). Una vez que supieron de sus embarazos "le dieron para adelante" y en el transcurrir de la experiencia misma fueron resignificando sus maternidades. Hoy es posible afirmar que lo ven como "la oportunidad de tener algo propio, alguien a quien querer y quien las quiera" (Genolet et al., 2010: 96). Con excepción de Carina, esto se observa en sus relatos de la siguiente manera:

"Me gusta (ser madre) porque, que se yo, cómo son los chicos viste, re fantasiosos, me gusta viste charlar con ellos. (...) Me gusta cómo son"
(Daiana)

"... en algún momento quise terminar con mi vida, por todo lo que estaba pasando. Si me lo preguntás ahora, te digo que no lo pienso. Qué se yo, son mi todo, son mi felicidad eterna, son mi sostén de cada día, a pesar de todos los problemas." (Celina)

*"- Ahora sí me siento madre. Ahora que la tengo, la cuido, todo.
- ¿Qué sentís que te da Morena?
- Y... alegría, felicidad"* (María)

"Ellos me ayudan más a salir adelante, porque ellos siempre están conmigo. Me dan, no sé, cariño. (...) No tengo palabras para mis hijos, porque están conmigo siempre. Son mi única compañía. (...) Si no estuvieran ellos conmigo no sé qué sería yo de mi vida. Porque ellos directamente me cambiaron la vida" (Natalia)

Si bien se hace evidente que las jóvenes naturalizan la maternidad como destino una vez que ocurren sus embarazos, considero necesario situar dicha naturalización en trayectorias de vida que suceden en escenarios de alta vulnerabilidad y en los que no se generaron otras opciones posibles de desarrollo personal. Allí situadas, es comprensible el hecho de que consideren “darle para adelante” a sus embarazos, en tanto la posibilidad de un/a hijx les abre cierta perspectiva de futuro, les asigna un status (“ser madre”), a partir del cual proyectan mejorar en su vida.

Cipriati (2013) sostiene que un *proyecto*, en su acepción más simple, “se caracteriza por su temporalidad, en tanto deseo, reflexión o acción proyectada desde el presente y hacia el futuro” (2013: 164). En el relato de las jóvenes se evidencia la presencia de *proyectos* cuando hablan de terminar sus estudios, de mejorar sus casas o de tener una casa propia, de conseguir un trabajo. También aparece la crianza de sus hijxs como un *proyecto*, lo cual se evidencia en su deseo de que nazcan y se críen en ambientes sanos y así poder “darles lo mejor”. Incluso, algunas de ellas mencionan que quieren volver a ser madres cuando imaginan su futuro.

De lo dicho anteriormente, se hace evidente que el sentido de la maternidad para ellas se vincula a la gratificación que sienten con sus hijxs, con quienes experimentan “*felicidad*”, “*alegría*”, “*diversión*”. Puede decirse que se constituyen para ellas en un “cable a tierra” que les brinda un “colchón” afectivo ante los problemas, un “feedback” emocional en el que se sostienen frente al mundo. Las jóvenes no sólo sostienen a sus hijxs, brindándoles tiempo y dedicación, sino que sus hijxs también las sostienen a ellas, en tanto se apoyan en ellxs para “*salir adelante*”, para proyectar su futuro.

En tal sentido, las maternidades se constituyen para las jóvenes en *soportes afectivos* (Cipriati, 2013), desde los cuales se sostienen frente a un mundo que les ha recortado otras posibilidades de proyectarse y desarrollarse en otros ámbitos, sean estos laborales, profesionales, deportivos, educativos, creativos, entre otros. Así, puede afirmarse que la maternidad, a la vez que le restringe otras opciones de realización, les otorga un ancla existencial de vital importancia y les otorga un lugar, un rol, desde el cual proyectan un futuro posible.

REFLEXIONES FINALES

«Lo importante es negociar el derecho a hablar y asegurarse de que los que no tienen voz logran su derecho a hablar [...] ¿qué significa reivindicar derechos cuando no se tiene ninguno? Significa traducir al lenguaje dominante, pero no para ratificar su poder, sino para ponerlo en evidencia y resistir a su violencia diaria y para encontrar el lenguaje a través del cual reivindicar los derechos a los que uno no tiene todavía derecho»

Judith Butler, 2009

Al comenzar mi trabajo de tesis lo único que tenía en claro era que mi interés rondaba alrededor de las experiencias de maternidad de las jóvenes con las que había compartido el taller sobre “derechos humanos” en el “El Gaucho”. Me llamaba poderosamente la atención la denominación de “guerrera” que había utilizado una de ellas para referirse a la fuerza que le había conferido su experiencia de maternidad. Sabía que podía encontrar en sus relatos una complejidad que desconocía y que solía “englobar” desde mis prejuicios. Y efectivamente fue así.

Una vez que establecí el recorte hacia el “sentido” que tiene para ellas la maternidad, hice pie en la dimensión emocional (Cipriati, 2013) como un aspecto que se tornó central para mi trabajo y lo analicé en interacción a distintas áreas de la vida de las jóvenes. De esta forma, busqué darle prioridad a sus voces, a cómo ellas mismas relatan lo vivido y lo significan, pero sin disociarlo de aspectos estructurales que necesariamente enmarcan sus posibilidades de realización y sus grados de autonomía, limitándolos de alguna forma. Fue así que me dispuse a realizar un análisis que pueda enhebrar esa complejidad que intuía tan presente, buscando no excluir ninguno de sus elementos constitutivos.

Al comienzo de mi trabajo me propuse *reconocer el sentido de la maternidad en las experiencias de vida de mujeres jóvenes de barrios populares*. Teniendo como hipótesis que dicho sentido *oscila entre la tensión de ser una experiencia de contención ante la vida y, a su vez, de reproducción de las desigualdades*, en tanto dicha experiencia se configura subjetivamente en el cumplimiento de un mandato social que reproduce las desigualdades de género. Puede decirse que mi hipótesis se ve confirmada en tanto ambas dimensiones constituyen una misma realidad.

La recuperación histórica y política que realicé en el Capítulo I, en relación al lugar que ocupa la maternidad como destino obligatorio para las mujeres, me sirvió para poder observar cómo los estereotipos patriarcales socialmente hegemónicos operan configurando las

prácticas de las jóvenes entrevistadas. Así, ideales como el “amor romántico” y la “familia nuclear heterosexual” constituyen los imaginarios de base sobre los cuales las jóvenes fueron edificando sus experiencias. Puede decirse que fue el aprendizaje afectivo o “base emocional” desde la cual fueron sucediendo los acontecimientos.

Así, a lo largo de mi trabajo pude dimensionar la actualidad que todavía tiene el mandato de maternidad obligatoria y de domesticidad para las jóvenes y, a su vez, cómo el deseo y el mandato constituyen un híbrido de fronteras difusas. Esto se observa en los aprendizajes de género que fueron incorporando a lo largo de sus vidas (los cuales las ubicaron en general dentro del ámbito de “lo doméstico”), en su aceptación de los embarazos (los cuales siguieron su curso biológico así sin más) y en su dedicación casi completa a cumplir su “rol materno”. Sobre esto último, es patente la naturalidad con la que asumieron y asumen la mayor carga de responsabilidad en relación a sus hijos.

Otro elemento de peso a la hora de considerar los límites estructurales que experimentaron, tiene que ver con su condición de pobreza. En sus narraciones fue posible constatar que la desigualdad que atraviesa la vida cotidiana de los barrios en los que viven, también les ha recortado la posibilidad de acceder a proyectos de vida más diversificados. Estas jóvenes no han tenido la posibilidad de entusiasmarse ni dedicar tiempo de sus vidas a proyectarse laboralmente, en lo profesional, en ámbitos deportivos o creativos de cualquier índole. Así, no aparecen en sus trayectorias estímulos o espacios que las hayan llevado por otros rumbos en sus vidas, que no sea dedicarse casi completamente a la maternidad. Podría decirse que en contextos de vulnerabilidad estructural lo que nutre lo posible es lo inmediato y ante embarazos consumados las jóvenes sencillamente “le dan para adelante”.

En tal sentido, la condición de pobreza en la que nacieron y las desigualdades de género que aprendieron de pequeñas, se constituyeron en los “pisos” sobre los que nutrieron sus imaginarios, marcándoles los límites de lo posible y moldeando sus trayectorias. Así, las decisiones de irse a vivir con sus parejas a temprana edad e incluso la aceptación del devenir biológico una vez ocurridos sus embarazos, se vinculan a cierto “automatismo” y naturalización del rol que culturalmente se les asigna, pero también a la posibilidad de vislumbrar un futuro propio. Un futuro que bien podría entenderse como una adecuación a las mismas condiciones estructurales, pero pudiendo darle un tonalidad propia.

Ya desde pequeñas estas jóvenes dedicaron gran parte de su tiempo a asumir responsabilidades de envergadura, sea trabajar en sus casas, ocuparse de la limpieza, cuidar de sus sobrinos, salir a comprar en carro, garantizar que la comida llegue a la familia, etc. No han contado con ninguna “moratoria” (Benassi, 2017) para explorar sus deseos y así poder tomar

decisiones con mayor autonomía. Las necesidades básicas de subsistencia debieron ser cubiertas con su propio trabajo desde pequeñas. O dicho de otro modo, la carencia económica y material en que nacieron implicó para ellas una urgencia de la que debieron ocuparse - así sin más también -, sin importar su edad.

La desigualdad de género aparece con mayor nitidez en relación al tipo de tareas que cumplían y que cumplen, vinculadas fundamentalmente al ámbito doméstico y a tareas de cuidado propias de la “función social maternal” (Nari, 2004) adjudicada culturalmente a las mujeres hace siglos. Así, la introyección de los mandatos patriarcales se evidencia en las trayectorias de las jóvenes por “costumbre”, gota a gota. Les resulta “natural” ser ellas mismas, como madres, las que se ocupen casi completamente de las tareas de cuidado y de crianza de sus hijxs. Es un destino que aceptan sin fatalidad – aunque sea con angustia, “locura” y enojo -, y con el tiempo van encontrando satisfacción. Así, el recorte de su horizonte a “ser madres” y a quedar ancladas al ámbito doméstico en su cotidianidad (pasando la mayor cantidad de su tiempo dentro de sus casas y dedicándose a sus hijxs), fue delineando un proyecto de vida para ellas.

En ese sentido, los vínculos personales y la posibilidad de construir espacios afectivos que sirvan de contención y que otorguen un sentido de pertenencia, se constituyen en la columna alrededor de la cual vertebraron sus vidas. La afirmación identitaria que las jóvenes fueron agenciando en torno a su maternidad constituye un “ancla” existencial, lo cual queda evidenciado en el arsenal afectivo que tienen puesto en proyectos como construir nuevas familias con criterios propios, en erigirse como autoridad ante sus hijxs, en mejorar sus condiciones materiales de existencia, sus viviendas, retomar estudios y/o en conseguir trabajos que les brinden mejores ingresos.

También es posible observar que la crianza se torna un desafío para ellas y expresan el deseo de poder “darles lo mejor” a sus hijxs. Esto constituye una posibilidad evolutiva para ellas, les otorga un lugar en el mundo, un rol que cumplir, y eso se convierte en un sostén fundamental para superar dificultades en sus existencias haciendo pie en el vínculo con sus hijxs. Muchas de ellas recuerdan su pasado de manera dolorosa (ya sea por abandonos, violencia de género, “andanzas” riesgosas) o traen al relato dificultades actuales. Frente a esto, una vez que sus embarazos ya eran un hecho, se abrió la posibilidad para ellas de proyectar su vida a partir de esta experiencia, les permitió pensar en “el día de mañana”. Sus hijxs se convirtieron para ellas en un “cable a tierra” que las mantiene conectadas a su entorno y les otorga un sentido a su existencia.

Sin embargo, la otra parte de la misma realidad es que sus maternidades no fueron deseadas (con una excepción). Estas sucedieron no por una decisión consciente y buscada, sino que una vez consumados los embarazos, ellas simplemente “le dieron para adelante”. El nivel de vulnerabilidad con el que llegan a los embarazos se hace evidente en la ausencia de intervención de su voluntad. El poder sobre sus cuerpos no lo tuvieron ellas, la decisión no la tomaron ellas. A las jóvenes las embarazaron, no sabían cómo cuidarse, sus parejas se negaron o no consideraron usar métodos anticonceptivos durante el acto sexual. No existió reflexión, resistencia y/o duda acerca de lo que les estaba ocurriendo. Y en este punto es cuando se ve encarnado en sus cuerpos la desprotección que experimentan y la vigencia plena de la maternidad como destino obligatorio para ellas. Algunas lo recibieron como una especie de “bendición”, otras no consideraron la posibilidad de realizarse un aborto por creer que no es “moralmente” respetable. No decidieron continuar sus embarazos por decisión de la propia voluntad, sino porque no les quedaba otra opción una vez descartada la posibilidad de realizarse un aborto.

“Le di para adelante” creo que es la frase que mejor engloba la complejidad que atraviesa el sentido que tiene para ellas la maternidad. Por una parte porque da cuenta de que han resignificado sus experiencias de maternidad, encontrando gratificación en ello y sirviéndoles de sostén para proyectar sus vidas con una tonalidad propia, abriéndoles una perspectiva de futuro. Y por otro lado, porque muestra la vigencia que tiene la maternidad como destino obligatorio para ellas y la naturalidad con que llevan adelante embarazos no deseados, reproduciéndose así la sujeción de las mismas a un horizonte recortado políticamente: ser madres.

Así, como cierre de mi trabajo, puedo decir que la maternidad no puede ser analizada por fuera de las condiciones de existencia de las jóvenes, del entorno que las moldea y limita, y que, aun considerando la vulnerabilidad estructural en que viven, no puede negarse que dicha experiencia les otorga un “lugar” al que pertenecen. El hecho de que no hayan elegido la maternidad por voluntad del deseo, sino partiendo de una situación de vulneración, no anula el legítimo sentido que ellas mismas le otorgan al cumplimiento de este rol. La experiencia maternal les permitió enraizar sus trayectorias teniendo un lugar de pertenencia, estando acompañadas, teniendo afecto y pudiendo darle una tonalidad propia a un contexto de vida en el que no hay muchas más opciones para ellas, aun cuando ese mismo lugar las mantiene reproduciendo estereotipos patriarcales de domesticidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Paula Lucía (2011), *La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas*, en Revista Katálysis, vol. 14, núm. 1, Universidade Federal de Santa Catarina Santa Catarina, Brasil, 126-133, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179618775014>
- BENASSI, Eva (2017), *Plantate y boxeá: Jóvenes de sectores populares, circuitos y trabajo*, Tesis de Doctorado en Trabajo Social, Facultad de Ciencia Política y RRII, UNR.
- BURGOS FONSECA, María Isabel (2017), *Rita Segato: abordajes de género desde un pensamiento situado*, en Entredichos, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.
- BLEICHMAR, Silvia (2001), *La difícil tarea de ser joven*, en Revista Topia, disponible en <https://www.topia.com.ar/articulos/la-dif%C3%ADcil-tarea-de-ser-joven>
- BLEICHMAR, Silvia (2006), *Estallido del yo, desmantelamiento de la subjetividad*, en Revista Topia, disponible en <https://www.topia.com.ar/articulos/estallido-del-yo-desmantelamiento-de-la-subjetividad>
- BLEICHMAR, Silvia (2008), *Violencia Social-Violencia Escolar*, Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico, NOVEDUC, Buenos Aires.
- BURÍN, Mabel (1987), *Estudios de la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- BUTLER, Judith (2009), *Performatividad, precariedad y políticas sexuales*, en AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 4, núm. 3, pp. 321-336, Madrid, disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/623/62312914003.pdf>
- CAPARRÓS, Martín (2003), *Amor y Anarquía. La vida urgente de Soledad Rosas (1974-1998)*, Planeta, Buenos Aires.
- CATENA, Alberto (2005), *Un malestar que crece y nos invade. Entrevista con Silvia Bleichmar*, en Revista Cabal, disponible en http://www.silviableichmar.com/actualiz_09/RevistaCabal.htm
- CAVAROZZI, Marcelo (2002), *Autoritarismo y democracia*, Eudeba, Buenos Aires.
- DEL CASTAÑO, Aurora (1906), *El vademécum del hogar. Tratado práctico de economía doméstica y labores*, Buenos Aires, 3ª ed., 5.

CIPRIATI, Alejandro (2013), *Cómo salir del barrio sin morir en el intento: trayectorias juveniles y proyectos de vida*, en “*Quiero escribir mi historia*” *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 155-172.

Club de Investigaciones Urbanas (2013), *Rosario arde, a pura adrenalina arde*, disponible en <https://es.scribd.com/document/143237584/Club-de-Investigaciones-Urbanas-Rosario-Arde-A-Pura-Adrenalina-Arde>

DI LEO, Pablo Francisco y CAMAROTTI, Ana Clara (2013), *Introducción*, en “*Quiero escribir mi historia*” *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 15-30.

DONZELOT, Jacques (1998), *La policía de las familias*. Pre-Textos, Madrid.

FAUR, Eleonor (2017), *Hacete preñar*, en *Revista Anfibia*, disponible en <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/hacete-preñar/>

FAISNOD, Paula (2011), *Maternidades adolescentes en contextos de marginalización urbana*, en Karina Felitti (coordinadora), en *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 237-258.

FELITTI, Karina (2011), *Introducción*, en Karina Felitti (coordinadora), en *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 11-22.

FELITTI, Karina (2011), *Entre el deber y el derecho: maternidad y política en la Argentina del siglo XX*, en Karina Felitti (coordinadora), en *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 11-22.

FONSECA BURGOS, María Isabel (2017), *Rita Segato: abordajes de género desde un pensamiento situado*. <http://entredichos.trabajosocial.unlp.edu.ar/2017/10/20/rita-segato-abordajes-genero-desde-pensamiento-situado/>

FRAGANILLO, Virginia (1992), *Embarazo y maternidad adolescente*, Publicación del Consejo Nacional de la Mujer, Buenos Aires.

GENOLET, Alicia et al (2010), *Maternidades adolescentes en contextos de pobreza. Un enfoque desde el Trabajo Social*, EDUNER, Entre Ríos, Argentina.

GÜELMAN, Martín (2013), *Las potencialidades del enfoque biográfico en el análisis de los procesos de individuación*, en *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social* N° 5 Año 3, Argentina, 56-68.

HIRSCH, Silvia y AMADOR OSPINA, Marcela (2011), *La maternidad en mujeres jóvenes guaraníes del norte argentino. Encrucijadas de la familia, la salud pública y la etnicidad*, en Karina Felitti (coordinadora), *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, 155-178.

- LAGARDE, Marcela (1993), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Autónoma de México, México.
- LAGARDE, Marcela (2015), *Claves feministas para mis socias de la vida, Colección Feminismos Populares*, Editorial Batalla de Ideas, CABA, Argentina.
- MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (2008), *La juventud es más que una palabra*, en Margulis, Mario (Compilador), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Ediciones G.Gili, Colección MassMedia, México.
- MARTINEZ FRANZONI, Juliana (2007), *Regímenes del Bienestar en América Latina*, Fundación Carolina – CeALCI, Madrid, España, 55 a 84.
- MEDAN, Marina (2011), *Sociabilidad juvenil masculina y riesgo. Discrepancias y acuerdos entre un Programa de Prevención del Delito juvenil y sus beneficiarios*, en *Revista Última Década*, Volumen 18, N° 35, Valparaíso.
- MOLINA, María Elisa (2006), *Transformaciones histórico culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer*, en *Psyche*, Vol. 15, N° 2, 93-103.
- Municipalidad de Rosario (2018), *Presupuesto participativo*, disponible en <https://www.rosario.gov.ar/web/gobierno/presupuestos/presupuesto-participativo>
- OLOCCO DÍAZ, Dani (2018), *Todes les chiques, todes*, en *Revista La Tetera*, disponible en <https://latetera.com.ar/2018/08/17/todes-les-chiques-todes/>
- PEREZ, Patricia y RUSSO, Marlene (2008), *Repensar el lugar de las mujeres de sectores populares. Políticas sociales estatales: entre lo socialmente esperado y las posibilidades de autonomía*, en *Maternidades en el siglo XXI*, Editorial Espacio, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Cap. 6, 169-188.
- PEREZ SOTOMAYOR, Rodolfo (1936), *El embarazo y el parto desde el punto de vista espiritual*, en *Vida Natural*, año I, N° 8.
- RAMIREZ, Romina (2013), *El barrio, la Iglesia y la escuela: instituciones donde los jóvenes construyen sus biografías*, en “*Quiero escribir mi historia*” *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 69-86.
- SEGATO, Rita (2003), *Las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia*, en *Serie Antropológica*, Brasilia, disponible en http://www.escuelamagistratura.gov.ar/images/uploads/estructura_vg-rita_segato.pdf

SUSTAS, Sebastián y TOURIS, Ma. Cecilia (2013), *Refugios afectivos: el amor en los nuevos tiempos*, en “*Quiero escribir mi historia*” *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 33-50.

TARDUCCI, Mónica (2013), *Adopción y parentesco desde la antropología feminista*, en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-94362013000100006&script=sci_arttext

VALCÁRCEL, Amelia (2001), *La memoria colectiva y los retos del feminismo*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 13-47.

VAZQUEZ, Soledad y BORDA, Pablo (2013), *Madres e hijos: múltiples modos de construir y significar los vínculos filial-maternales*, en “*Quiero escribir mi historia*” *Vidas de jóvenes en barrios populares*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 51-68.